Francisco Espínola

CUENTOS

URU
863.6
ESP
cue

863.6
Esp
cu2
ej. 2

Francisco Espínola

CUENTOS

EDICION REVISADA POR EL AUTOR

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS
INSTITUTO DE FILOLOGIA
Entró el 9-VIII-61
N.o 4907

PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD
Montevideo - Uruguay
1961

"Letras Nacionales" 1

41315

INDICE (1)

	Págs.
El hombre pálido	5
Pedro Iglesias	13
Yerra	29
María del Carmen	35
Cosas de la vida	47
Visita de duelo	57
El angelito	63
Todavía, no	77
Lo inefable	99
Saltoncito	111
El rapto	147
Los cinco	163
¡Qué lástima!	171
Rancho en la noche	179
Las ratas	187
El milagro del Hermano Simplicio	193
Rodríguez	203

(1) Los nueve primeros cuentos integraron inicialmente un volumen bajo el titulo de "Raza Ciega". "Saltoncito" apareció durante años en ediciones ilustradas para niños. "El Rapto", "Los Cinco", "¡Qué Lástima!" y "Rancho en la Noche" se publicaron juntos en "El Rapto y otros cuentos". Los restante no habían sido recogidos hasta ahora.

Pedro Iglesias

A los pocos meses de morir Pedro Iglesias, la viuda se casó con Ignacio, el indio del Puesto de los Talas, que estaba en la Estancia desde hacía un año. Casamiento más triste no habrá otro. A Luis María, el gurí (1) hijo de Iglesias, lo mandaron una semana antes para la Estancia de Vergara; y el día fijado fueron llegando, con el juez y el cura, pocos, muy pocos de los muchos invitados.

(1) Gurí: niño.

Sobró de todo, hasta el vino, que se repartió entre la peonada cuando calcularon que ya no caería más gente. En la mesa larga, a la que habían agregado tablas fundadas en caballetes de recados, se sentaron los novios. Ella, muy sonriente; él, igual a toda su vida: seco, serio, como si nada sucediera. A la derecha de la pareja se puso el cura. A la izquierda, el juez. Los otros asientos los ocuparon los padrinos, ocho o nueve mujeres de los "puestos" ([2]) a quienes hubo que invitar a última hora para agrandar la rueda, y varios hombres, amigos, no más, algunos y, otros, apenas cuatro o cinco, de la parentela. Cuando sirvieron los lechones, el viejo Pascasio, tío de la novia, que ya estaba muy cargado, dijo:

—Che, Juana, ¿te acordás cuando te casastes la otra vez? Nunca he comido lechones más ricos. ¡Esos eran lechones!... ¡Una manteca!

La viuda tragó fuego. Y los concurrentes agacharon la cabeza como sintiéndose también culpables en aquella comilona hecha con la plata del muerto para festejar que se quedaba sin viuda. El cura, metiendo mucho ruido, comía cuanto le ponían delante y dejaba el plato tan como espejo que parecía adrede.

—¡Pero es cristiano que come! — exclamó espantada la vieja Liberata, que no le sacaba los ojos.

Como la admiración de su vecina lo agarró con la boca llena, no hizo más que sonreírse el buen cura. Mas, cuando casi sin masticar pudo tragar el pedazo de carne, arguyó, dulcemente:

—A conciencia tranquila, buen ap...et...ito.

El hipo le picoteó la palabra.

—¡Eso es una indireta! — saltó Liberata siempre

([2]) **Puesto:** casa donde vive el puestero, peón generalmente con familia, que cuida una parte de la estancia cuando ésta es muy grande.

temerosa de que todo el mundo estuviera enterado de sus relaciones con el viejo Pascasio.

Fue a contestar, disculpándose, el cura, pero no pudo. Salía un hipo y ya tenía al otro en puerta. Entonces, el indio Bonifacio se le fue encima, puñal en mano, gritándole al refregárselo por las costillas:

—¡Ahora te voy a dar, gringo!

—¡Jesús me ampare! — sollozó el de la sotana dando un salto.

—No se me asuste, don —tranquilizó el otro envainando a carcajadas—. Era pa que se le fuese el hipo. ¿No ve cómo se le pasó?

Resonó un coro de risas. Y el cura, todavía sintiendo las palpitaciones, sonrió también y dijo a una de las que servían:

—Hija mía, me has llevado el plato. Recién empezaba.

La tranquilidad volvió a reinar. Hasta que el viejo Pascasio, que eructaba seguido, exclamó de pronto, los ojos encapotados:

—¡Pucha, mire que lo bromiábamos al finao Pedro, el día que se casó! ¡También, con lo safao qu'era el finao Higiño, qu'estaba sentao juntito!

El novio le clavó los ojos como queriéndolo partir, y la vieja Liberata, con disimulo, le metió codo para hacerlo callar. Pascasio sintió los codazos y, no sabiendo por qué eran, protestó, mirándola duramente:

—¡Vamos! ¡No rempuje!

Todos se fijaron en Liberata, quien cerraba los ojos y fruncía la boca como diciendo:

—¡Caso perdido! ¡Está mamadazo!

Ignacio, el novio, grande, aindiado, con un pelo duro que le resbalaba por la frente en mechones y que a cada instante necesitaba de la mano para levantarlo, casi no hablaba. Más que comer, lo que hacía era beber. Las copas del Carlón se vaciaban de una sentada entre sus labios grandes y carnosos...

41315

Al traer las fuentes de arroz con leche, el novio sacó su daga de cabo de plata y empezó a limpiarse los dientes con ella. Los demás hombres, menos el cura, lo imitaron. Las mujeres fueron sacando de un vaso plumitas de perdiz. El cura tomó también una porque él, él no usaba cuchillo. Y ya se oía sólo el ruido de los labios sorbiendo el arroz con leche, cuando Pascasio exclamó entre dos eructos:

—¿Te acordás, Juana, cuando te casastes la otra vez? El azúcar del arroz se había quemao y...

—¡Bueno, hombre! —profirió, airado, el novio—. ¡Déjese de amolar con los recuerdos del otro casorio! ¿O se cré usté que no tenemos más qué pensar que cuando ella se casó la otra vuelta? ¡Avise!

—¡Pero don Inacio...! — empezó a decir Pascasio.

A Ignacio le gustó aquel don que le ponían por primera vez y al que desde ese día tenía derecho por las diez mil y pico de cuadras de la viuda. Pero siguió, para hacerse respetar, aunque el viejo había enmudecido:

—¡Qué don Inacio ni don Inacio!! Usté se calla la boca o se manda mudar. ¡Avise! Aquí no hay más que un casorio. Y al que no le guste... ¡ya sabe!

—Está bien, don Inacio. Yo siento haberlo incomodao.

—¡Callesé esa boca, digo!

El novio dio un puñetazo en la mesa y medio se quiso incorporar.

—¡Dejalo! ¡Dejalo! ¡Tranquilizate, Inacio! —imploraba la novia.

La frente cruzada por los negros mechones, turbios los ojos del beberaje, el labio inferior prominente, Ignacio volvió, dirigiéndose a la concurrencia:

—Aquí no hay más que un casorio. Y al que no le guste... ¡ya sabe!

Algunos vasos saltaron con el golpe que repitió en la mesa. El mantel, en partes, quedó teñido de rojo obscuro.

—¡Alegría! ¡Alegría! — exclamó Enriqueta, la del Puesto de los Sarandíes, con evidente propósito de distraer la atención.

Y mojando los dedos en el Carlón derramado, se los pasó en cruz por la frente.

Todos hicieron lo mismo. Hasta el cura se dejó pintar de vino, riendo desaprensivamente por obra del que tenía del lado de adentro.

El juez, con los ojos irritados y chiquitos, estaba encorvado, mirando cómo, poco a poco, el mantel iba quedando overo. A veces arrastraba algunas palabras hacia el novio. Pero el novio sólo le contestaba cabeceando.

Después de comer trajeron, para unos, mate de café y, de té, para otros. El cura abarajó de los dos y siguió pegándole al vino como hacían los demás hombres y algunas mujeres. Al rato largo, el juez se acercó para decirle:

—¿Qué le parece si fuéramos empezando?

—Bueno. ¡Cómo no!... —Furtivamente se persignó, agregando—: Le agradezco. ¡Me había olvidado! ¡Tengo una cabeza! Esté... ¿Gusta un poquito de vino? ¿No? ¿No toma? ¿Por qué no toma?

—¡Porque no se me antoja, so cargoso! — atajó el juez, molestado.

El cura lo miró muy extrañado. Y, después, quedó tristísimo.

El novio había desaparecido. Y lo buscaban inútilmente, cuando Liberata volvió hecha un asombro.

—¡Si está durmiendo la siesta en el cuarto de la patrona, ese cristiano! — alborotó.

La novia, seguida de dos o tres mujeres más, se dirigió apresuradamente a su pieza. Y tanto zamarreó a Ignacio, que éste, al fin, se enderezó en la cama preguntando alarmado:

—¿Qué hay?

—¡Pero no ves que es la hora de casarnos, mi querido!

Frunció él la frente, pensó un momento y, luego, sin decir palabra, se levantó. Mientras bostezaba y se despere-

zaba, ella le dió una cepillada, le anudó bien el blanco pañuelo de seda y le dijo, besándolo:

—Bueno, vamos, mi querido, que nos están esperando.

Al atardecer, los novios ya habían quedado solos.

II

La vida de Ignacio no cambió con la nueva posición. Comía lo mismo, siguió bebiendo caña en vez de otra bebida más fina, se vestía igual que antes... Alargó, eso sí, las siestas, porque lo despertaba Juana ansiosa siempre de caricias, e hizo trotar a Bonifacio veinte leguas con el coche para traerle del pueblo un buen recado con cabezadas y estribos de plata maciza, enchapados en oro, donde se prendían sus iniciales.

—El recao del finao —dispuso— le pertenece al hijo.

Y agregó:

—El recao y el caballo no se tocan.

No había empezado aún a ocuparse de la Estancia. Todo se hacía bajo el mando de Vicente, el capataz, quien, antes de comer, iba siempre a recibir alguna orden y no aparecía hasta la tardecita, en que volvía a conversar, mateando, con Ignacio. Pero si éste no cambió, la viuda había tenido gran levante. No hubo tela de la que no llevara un poco en alguno de sus trajes. Del pueblo vino una carga con toda clase de vestidos. La ropa blanca era tan primorosa, que a la muchacha del mate le metió una fogata en el cuerpo... Solito la ropa blanca —¡aquellas camisas bordadas a mano y con cintas de colores!, ¡aquellos calzones llenos de puntillas!—, sólo ella fue la culpante de que, al fin, Serapito, el peón consiguiera lo que deseaba. La pobre chiruza, al contemplar aquellas hermosuras que eran para verse cuando se sacaba la ropa de afuera, empezó a pensar, sobre todo por la noche, en cosas que nunca había pensado y que ahora le viboreaban en la carne. Suponiendo delante del marido a la patrona apenas cubierta por una de aquellas camisas tan casi sin tela,

puro puntilla y escote; imaginándosela así, adivinada toda, le vino un fuego, un fuego que, para matarlo, fue necesario que Serapito se le echara encima, pasando el alambrado, entre las chircas...

Para Juana no había polvos que blanquearan bastante, ni agua de olor que la perfumara como quería. Cumplía dos gustos: el de parecer mejor a los ojos de Ignacio, y el de derrochar la plata que siempre le "tironeó" su primer marido.

Y queriéndose todo el día, desde la mañana hasta la noche habían pasado ya dos semanas, cuando en el alma de Juana se atenuó el turbión al pensar en su hijo, en Luis María.

—¿No te parece, Ignacio, qu'es tiempo de traerlo? Si no ¿qué va a decir la gente? Y yo tengo ya también muchas ganas de verlo.

—Se traerá mañana mesmito —respondió su marido—. Yo, al gurí, lo quedré como si fuese mío.

—¡Ah, qué lindísimo vamos a estar los tres!

—Será ansina.

Al otro día, Ignacio ensilló su zaino y, llevando de tiro el lindo peticito de Luis María, enderezó a lo de Vergara, que quedaba casi a dos leguas. Antes del mediodía ya estaba de vuelta con el niño. Juana abrazó a su hijo. Este, sin decir palabra, sin contestar a las preguntas de ella, la besaba como con hambre de besos. Y cuando Ignacio, contento, arrimó también una caricia al niño, éste lo miró de una manera extraña, que pasó inadvertida.

—En todo el viaje a gatas si dijo dos palabras, y eso con cuarta ([1]) — comentó Ignacio a su mujer.

—¿Extrañaba mucho, m'hijo?

El dijo que sí con la cabeza y volvió a pegar su cara al cuello desnudo de su madre.

([1]) **Tirar una cuarta:** arrojar un cabo.

III

La tierra ardía bajo el sol terrible cubierta apenas por un ponchito de gramillas roto por todo lados como prenda de mendigo. En el horizonte negreaban las nubes; pero de allí no se movían, sin ánimo para avanzar hasta el sol y taparle el fuego. Abajo, los lanares se amontonaban alrededor de cualquier cosa que diera un poco de sombra, juntas las cabezas y las ancas afuera. Los pájaros, al lado de sus nidos, abrían el pico para juntar más aire; más de aquel aire que, por enrarecido, nada rendía. Súbitamente, uno de entre ellos temblaba con los ojos dilatados, fijos en dos chispas frías delante de las cuales, y más abajo, surgía vibrando una llamita negra. Quería huir, entonces, y apenas si daba un paso atrás, enlazado a los ojos y a la lengüilla que cada vez se acercaban más empujados por la cinta verdeoscura del tronco del ofidio. Entre las piedras ardiendo, el lagarto juntaba sol, inmóvil, despatarrado. Y bajo los pastos como de vidrio de tan chupados por el bochorno, la chicharra lanzaba insistente su chirrido.

Desde lejos, árboles, piedras, bestias, boyaban en aquella atmósfera que se veía ondular...

Guarecidos del día, en la glorieta, estaban sentados Juana y su marido. Ella lo había rodeado con sus brazos y, echada sobre él, lo besaba. Ignacio, al principio indiferente, fue poniéndose cada vez más enrojecido. En una, la abrazó también con fuerza, hasta el dolor. El ansia había quemado las palabras. Mudos, se apretaban los labios contra los labios. Una mano de Ignacio, que andaba sin rumbo recorriendo el cuerpo de la hembra, se detuvo en el escote y se metió por él, entre las carnes tibias y trémulas. Un jadeo de ansia salió del fondo de la garganta de ella. Y en ese momento, con los puños crispados y ahogado por los sollozos, apareció entre las ramas Luis María.

—¡Hijo'e mil...! — gritó.

La mano de Ignacio escapó del seno y, en su apuro, rasgó la seda de la bata. La carne que había estado contenida se echó afuera como retozando. Esto confundió más a Juana, que bajó los ojos y se cubrió como pudo. Ignacio, pálido, se perdió entre los árboles, sin mirar al gurí. Los puños todavía amenazantes, éste rugía a su madre con voz que ya no era de niño por lo amarga, por lo doliente, por lo rabiosa:

—¡Qué mala es, mamita!

—¡Pero m'hijito! — gimió la mujer.

—¡Sí, m'hijito!

—¿Crees que no te quiero? ¡Mirame! ¡Miremé, m'hijito!

El no contestó. Con la boca crispada por los sollozos, temblaba. Ahora había bajado los brazos, y sus manos, débilmente dobladas, parecían dos pichones muertos de frío.

—Yo te quiero mucho a vos, m'hijito. No sea malo con su madre. Yo lo quiero...

—¡Sí, si me quiere tanto como a tata!

—¿Pero y qué iba a hacer, solita?

Luis María no la oyó. Había dado vuelta y, sin rumbo, atravesaba las ramazones llorando sordamente.

Juana no podía más.

—¡Qué desgraciada, Dios mío! ¿Y qué iba a hacer, si yo quería a Ignacio? Y si la Iglesia consiente, ¿por qué es malo para m'hijo?

En su desconsuelo, en sus gemidos, en sus lágrimas, no advirtió que un seno se le había escapado otra vez por la rasgadura de la bata. El pelo se le caía en mechas, mojándose. De restregarse, los ojos cada vez se le ponían más irritados.

Ignacio volvió para tratar de calmarla. Al verla con el seno afuera, exclamó en voz baja, sombrío:

—¡Che, tapate!

Juana se cubrió. Y mientras seguía el llanto, con un alfiler prendió el pedazo de seda rota. Después, ella llo-

rando siempre, él mirándola con fijeza, permanecieron un rato.

—¡Bueno, bueno! —saltó Ignacio súbitamente—. ¿Y qué miércoles quiere el gurí? ¡No faltaba más! Con unos buenos lazazos, yo prontito le haré ir todo. ¡Avise, pues, amigo! ¡No faltaba más!

Juana lo abrazó, entonces.

—¡No, no, Ignacio, dejalo! —imploró—. No lo toqués. Se le irá pronto todo. Yo lo aconsejaré. Le mostraré todo bien claro. Y él es bueno. Verás vos que...

—¡Eh! Yo sé lo que hago. Que se descuide... y lo curto.

—¡No seas así! ¡Yo soy su madre! ¡Dejame a...!

—Y yo soy su marido. Y usté se me calla la boca aura mesmito o le rompo el alma. Aquí mando yo ¿comprende? ¡Y al que no le guste... ya sabe!

—¡Ah, m'hijito! —suspiró Juana—. ¡Parece esto un castigo!

—Callesé, reventada'e los diablos. ¿Pa eso me tendistes l'ala? ¿Pa salir después con las cosas de tu hijo, y con tus llantos? ¡Lindo casorio, éste! A los cuatro días, dijustos, cuestiones, y uno tiene que cruzarse de brazos. ¡Avisá! Aquí mando yo. Y me palpita que te voy a dejar overo el lomo, prontito no más, oveja'el diablo. ¿Qué quieren ahora? ¿No me casé? ¿No están todos los papeles en buena ley, y firmaos por el juez? ¡Avisá, avisá! Yo prontito, no más, te corto las alas. Mujeres sobran en este mundo.

—¡Pero no seas malo, Ignacio! ¿Yo qué te hago? ¡Me matás! ¡Yo te quiero mucho! ¡Mirá cómo te quiero! ¿No ves que yo te quiero mucho?

Ignacio se calmó. Y haciendo a un lado la cara para librarse de la lluvia de besos, exclamó:

—¡Dejate de empalagos!

Después, mientras Juana entre llantos lo seguía bendo por los ojos, por la frente, por el pescuezo, por donpudiera, él, sin darse cuenta, la fue estrechando. Bien gado a ella, le empezó a hablar, olvidado de su furia,

palabras dulces, buenas... Y, de repente, incorporándose, dijo:

—Vamos p'al cuarto.

Había en su rostro tal deseo de bestia y una expresión tan imperiosa, que Juana, secándose los ojos todavía, lo siguió.

En un galpón, tirado sobre una pila de cueros secos, lloraba Luis María.

IV

Pasaron muchos soles por encima de los campos de la Estancia, estirados hasta más allá del horizonte. Aquella noche de pesado calor, que en fija traería tormenta, se habían sentado en el patio Ignacio y Juana.

Lejos de ellos, en un banquito de ceibo, estaba Luis María, los codos en las rodillas, la cara en las manos. Su mirada se iba, se iba hacia el frente. Cuando llegaba a la borrosa unión de la tierra con el cielo, subíala por éste, la dejaba perder entre el estrellerío. El cielo combo semejaba un camoatí con sus avispas de brillantes alas; y una franja blanca que lo atravesaba por el medio parecía el humo de una fogata, la luna llena, encendida adrede para espantar el enjambre... El niño imaginaba así, y había seguido pensando que, en vista de que el humo no podía con tanta avispa, después encenderían otra fogata más fuerte, que acabaría con todas ellas.

—Y Dios es el que prende las fogatas; Dios, el de la barba blanca — soñaba.

Entonces pensó en su padre, que estaría allá arriba, lejísimos, al lado de Dios, tal vez ayudándole a hacer fuego...

—¡Ay, tatita! Al principio yo creía que el malo era él, no más. Pero ella, también. Se pasan besándose. Y ella lo busca, lo abraza. ¡Ella, tatita!

Su tata, a esas horas, andaría arrimando para la fogata del día siguiente, sin acordarse de él, sin poder oírlo,

siguiendo a Dios, el de las barbas blancas... Tapado por la noche, el gurí se sintió más solo que nunca. Y sin poderlo contener, le brotó un gemido.

Juana corrió hacia él.

—¡Ave María! ¡No seas así! ¡Te vas a agarrar una enfermedad, por Dios bendito!

Ignacio se había quedado mirando, sin moverse. Como hacía días que no se hablaban con el niño, no quiso dar el brazo a torcer.

—Bueno, vamos a la cama —rogaba la madre—. Y no sea así; que, si no, no lo voy a querer más.

Luis María se dejó llevar a la cama y desnudar; pero, después, metió la cabeza entre las cobijas para que su madre no lo besara.

Dándose cuenta, Juana salió con una desesperación que le trababa las piernas.

—¡Igualito al finao, caprichoso! — dijo suspirando.

Oyóla Ignacio y tuvo un sobresalto. Fue como chicotazo que se recibe a traición, sin sentirse más que el golpe.

Pero al acostarse, los ojos de Ignacio y los ojos de Juana, cerrados y todo, sintieron la cara huesosa, larga y altiva de Pedro Iglesias.

V

Librándose de unas nubes que lo ahogaban recién andaba haciendo fuerza el sol por treparse al cielo, cuando ya Ignacio estaba en la segunda cebadura. Y, al ratito, Juana entró a la cocina.

—Madrugastes hoy — observó ésta.

—¡También!... ¡Vos no hacías más revolcarte!

—¡Pero Inacio, si eras vos! Yo te sentí toda la noche.

—Entonces vos tampoco dormistes.

—No pegué los ojos.

—¿Y por qué, caray, ha sido eso?

—¡Yo qué sé!

—¿Cómo yo qué sé? Yo te voy a dar que contestés ansina a tu marido. Estabas mal enseñada, pero yo te voy a domar como pa que te monten hasta sin freno. Tu otro marido debió de ser maturrango y...

Iba a seguir, pero paró en seco. Habló adrede, para decir esa misma frase que tenía pensada y, al llegar a ella, se contuvo. Tuvo miedo, un miedo extraño, un miedo que se agrandó cuando vió los ojos dilatados de Juana mirarlo con el terror de quien teme que el mal aludido pueda estar oyendo.

Ignacio bajó la cabeza y empezó a pasearse chupando el mate. Al rato, preguntó con cautela:

—¿Y por qué no durmió usté?

La respuesta se hizo esperar, pero llegó, por fin.

—Pensaba en el finao.

Ignacio, que colegía, que ya sabía, confesó con la vista en el suelo:

—Yo también no dormí pensando en él.

Se quedaron callados.

De pronto, alzando la cabeza y mirándola, él habló:

—Decí, vos estás arrepentida de haberte casao conmigo?

—¡No, Inacio, al contrario!

—¡Ah!

Ignacio tomó un pequeño banco, lo acercó al de su mujer, y se sentó.

Chillaba la "pava". Oíase el ladrido de los perros persiguiendo algún bicho que por tonto se había dejado sorprender... El patio se llenaba de enfáticos gallos y de gallinas discretas que, conociéndolos muy bien, sólo les hacían caso cuando querían hijitos. Estos, caminando como con zancos detrás de las madres, se distraían constantemente, debido a lo cual, muchos tendrían que aprender por experiencia que no se debe saltar sobre los cuzcos dormidos ni acercarse a los patos, que se irritan cuando los sacan de sus cavilaciones... El día parecía empujar delante de la luz rumores claros.

—Entonces... no estás arrepentida. Y tiene que ser ansina. Yo soy bueno... te quiero... cuido tus intereses... No te falta nada; agacho el lomo como un pión...

—Yo estoy muy contenta con vos. Vos sos muy bueno.

—¡Si seré! Otro, ya hubiera tomao medidas y hubiera hecho tocar p'algún lao al gurí. Está muy insoportable. Antes era conmigo, sólo; ahora l'ha agarrao con vos, también...

Se calló porque vió a Luis María entrar en la cocina.

Dió éste los "Buenos días" y enderezó hacia el fogón a aprontar su matecito, mientras dejaba calentar la caldera, regalo con aquél, para su santo, del finado su padre.

—¡Es igualito! — pensó Juana. Y con un presentimiento se le acercó.

—¿Dormistes bien, m'hijo?

—No.

—¿Soñastes?

El niño miró sorprendido, desconfiado y, después, respondió secamente:

—Con tata.

Juana, que iba a seguir preguntando, se detuvo ante el tono brusco de la frase y volvió a sentarse junto a su marido. Por el niño, separó un poco el banco.

VI

Pasaron varios días, y ni Ignacio se acordó ya un momento del cuerpo todavía tentador de su mujer, ni ésta lo buscó, como antes, con ardientes caricias. Se habían vuelto reservados, lunáticos. Por cualquier cosita, la azotera de Ignacio caía machucando el lomo de Juana que —como tienen que hacer las mujeres— aguantaba llorando pero sin insubordinarse. El niño no los veía. De los galpones no salía más que para comer. Todo el día pasábalo con la vista perdida en la inmensa llanura del campo de los suyos.

Cuando el rebenque la castigaba, un violento deseo aparecía en el alma de Juana.

—¡Ah, si m'hijo fuese grande!

Pero se arrepentía en seguida. Pedir ayuda a su hijo, no, porque ella quería con todas las fuerzas de su carne y de sus huesos a Ignacio; a aquel que de bueno que era, se había vuelto extraño y malo de un tiempo a esa parte. Apoyar a su hijo y ponerse contra su marido, no podía ser. Luis María era muy gurí y, por eso, todo lo que hacía carecía de fundamento. No debía hacérsele caso. No fue delito haberse casado. Todo había sido decente. Un poco apurado el casamiento, era verdad, pero ¿qué iba a hacer sola en el mundo?

Sin embargo, a pesar de estos pensamientos tranquilizadores, algo en su interior la picoteaba con dureza, como "carpintero" (1). Flaca, pálida, ojerosa por el desvelo, Juana se sentía cada vez más acorralada. Y su alma loca iba de un lado a otro; tan pronto hacia Luis María como a fundirse ciegamente con el alma de Ignacio.

Este, tan ensimismado, tan sombrío y a veces tan manolarga para arrimarle rebenque, le producía un espanto singular, pues en vez de alejarla la atraía más y más a él, cual si encontrara en los brazos castigadores refugio contra algo que no comprendía... Y al tocar con su mirada la mirada de su hijo, sentía frío.

Ignacio también percibía en su alma ideas obscuras que se amigaban con otras para formar largas, extrañas colleras que terminaban siempre en el finado Iglesias. El recuerdo de éste, como un tábano, se le venía encima; para tenerlo en seguida, no había más que espantarlo. Y eso empezó a "cuartear" (1) un deseo: el de huir de la Estancia y de la viuda, el de perderse y no volver más nunca. Se empezó a acordar de su pago, cosa que no le ocurría

---

(1) **Carpintero:** Pájaro de agudo pico trepanador.

(1) **Cuartear:** tirar con una "cuarta", con un cabo.

desde muchos años. Clarito se le pintaban los lindos lugares donde se crió. Parecía que alguien, jugando con él, le mostraba cosas bonitas para engatusarlo. Veía los viejos ranchos de sus tatas, con aquellos ombúes enormes. Veía la laguna tirada atrás de los sarandíes; la pulpería endomingada con gente en la que reconocía a todas sus antiguas relaciones... Lo embargaban crecientemente unas ganas muy grandes de volver a la querencia. Y eran tan grandes las ansias, que no lo dejaban pensar en la contra, en quedarse...

Un amanecer, cuando todavía se mateaba en la cocina de los peones esperando la última vuelta del asado, Ignacio fue al corral, ensilló su zaino, sin desmontar abrió la portera... y le cerró piernas al flete, que salió al galope. A poco de vadear el arroyo lo contuvo largándolo al trote.

Juana, al levantarse y no hallarlo, miró hacia donde le indicaron los peones y lo vió en momentos en que parecía tocar a la vez la tierra y el cielo, todavía en sus campos, en la linde del horizonte. Presintiendo todo, delante de la peonada sorprendida lanzó un gemido desgarrador. Corrió al cuarto del niño, lo saco casi en brazos y, mostrándole lo que ya no era más que una manchita, sollozó:

—¡Míralo, ya se va!

El gurí clavó primero sus ojos achicados por la luz viva en los llorosos ojos de Juana; después, se puso a mirar el punto negro.

—¡A ver, Eugenio! ¡Ladiate p'al costao!... ¡No estás viendo que v'a salir derechito p'ahi?

—No me había fijao. Aflójenlén no más.

—¡Hupalalá! ¡Hupalalá!... ¡Juera! ¡Juera! ¡Juíjujujúi!

Al sentir flojo el lazo que lo había trabado, el novillo se pudo levantar y, con la llaga humeando todavía, huyó. Algunos aficionados lo corrieron para tantearse el brazo.

En una, sólo las patas de la bestia se levantaron. Las manos, rodeadas por la víbora de trenza, quedaron como

estacas en el suelo; y el cuerpo dió con todo su peso en tierra.

—¡Juá! ¡Juá!

—¡Hijo'e tigre! Me palpitó que errabas.

El animal se levantó rengueando malamente. Por debajo de la choquezuela le salía una astilla de hueso, blanca, resaltando en lo negro del pelaje.

—¡A la pucha! ¿Y aura?

—Estaremos de concuero. (1)

—¡Don Eulogio!... ¡Don Eulogio!

El capataz tornó su caballo y se acercó al galope.

—¡Han quebrao! — dijo.

—Es ansina. ¿Matamos?

—Bueno. Y otra vez tengan más cuidao. No maturrangueen.

Uno sacó entonces su daga y se la encajó al novillo en la "olla" (2), haciéndose a un lado, por las dudas.

El animal volvió a caer. Menos mal que esta vez sería la última. Temblequeando pasó la lengua por el pasto, alzó la cabeza con los abiertos ojos llenos de asombro, la dejó recostar.

Cuando el matador retiró la daga, tibia por el calor de la carne donde había hecho vaina, un chorro de sangre le empapó la mano.

Estaban de yerra. Y tendrían para rato porque la Estancia de don Tiburcio Martínez era mentada por lo grande...

En aquel entrevero, sólo dos cosas estaban quietas: la fogata en un lado y, en otro, el "tumbero" (3) al cual iban de cuando en cuando los peones porque allí, guarecida del sol, estaba la damajuana de caña; de ese fuego

---

(1) **Concuero:** asado de carne vacuna a la que no se le quita la piel.

(2) **Olla:** cavidad entre la garganta y el hueso del pecho.

(3) **Tumbero:** Carrito en que se llevan marcas, provisiones, etc.

líquido tan lindo y tan bueno para aguantar el otro fuego...

Eugenio se había corrido a la derecha, hacia el brasero, para agarrar uno de los hierros y relevar al que hasta ese momento marcaba. Habíase demorado un instante después que se bajó del caballo —estuvo enlazando un rato— porque, al ir por una botella de caña, encontró en el "tumbero" a Jesús, aquel de la cuestión en la pulpería, a quien, si no hubiese sido por los concurrentes, lo cose a puñaladas ese día. Tanto odio le tenía que esperó a que se fuera para acercarse. Por el lío con Jesús, él tendría que dejar el pago, pues el patrón, sabedor del rencor que a la fuerza medio apagado en cualquier momento reventaría en llamaradas, había ya determinado su marcha para la otra Estancia, la del Cebollatí, en cuanto terminara la yerra. Iría mejor, con más sueldo, de puestero, pero...

Un pardo venía con una vaquillona. Cuando estuvo cerca, le ganó de atrás y la atropelló. Disparó el animal hasta que el lazo certero de uno de a pie, arrojado cuando aquél levantaba las manos en el aire, pasó bajo de ellas y le rodeó las patas y lo tumbó. Mientras otro peón señalaba rajando a cuchillo una parte de la oreja, Eugenio puso el hierro ardiente en el "cuarto". Salió la humaza con olor a carne chamuscada, Eugenio retiró la marca y, en tanto que corría hacia el fuego a dejarla calentar, la vaquillona huyó a los mugidos.

Eugenio calculó cuál de las otras marcas que entre las brasas había estaba más caliente, la agarró y volvió a salir a escape, pues ya se aproximaba otro animal —un torito desarrollado al que había que dejar entero— enlazado por uno de los de a caballo. Y quien lo traía, de no ser tan baqueano, se las hubiera visto mal —estaba solo, el hombre, sin la ayuda de otro lazo que tirara en sentido contrario— porque el toro se le venía como leche hervida. ¡Pero de adónde alcanzarlo! Cuando quiso acordar, se hallaba en el suelo sintiendo en su carne la quemadura de la marca.

Eugenio le abrió cancha, en seguida, y fue a cambiar de fierro.

Aflojaron. El animal huyó campo afuera. Pero enredado en el lazo todavía, se fue de hocico. Y en vez de seguir derecho, torció para el lado del tumbero, yéndose sobre Jesús que volvía a la caña de espaldas al peligro.

—¡Guarda! ¡Epa! ¡Epa! ¡Guarda!

Era tarde. Cuando el mozo, oyendo, dió vuelta la cabeza, tenía al toro encima y no atinó más que a huír, con el redoble de las pezuñas detrás.

Ya contábanlo perdido —todo sucedió en un momento y nadie de los próximos tenía preparado el lazo, a no ser Norberto, que se había quedado frío— cuando Eugenio, que recién sacaba del fuego otra marca, se afirmó bien a la agarradera con las dos manos y, haciendo un tremendo esfuerzo, se la encajó a la bestia en el cogote al pasar ésta por su lado con las astas tocando ya a Jesús.

El animal desvió al sentir el dolor y el empuje, Eugenio se fue de vientre contra el suelo y, cuando se levantó, el pardo tenía enlazado al toro vuelto hacia el caído para deshacerlo a cornadas.

Jesús, resollando, se acercó a su salvador, que se levantaba dolorido por el golpazo.

—¡Me has salvado la vida, Eugenio! ¡Te agradezco!

Y le tendió la diestra.

El otro, haciendo como que no veía aquella mano alargada, contestó, sombrío:

—No tiene por qué agradecer.

Y se dió vuelta.

Jesús se quedó parado... bajó la mano... se puso pálido... después rojo... otra vez blanco... Y se fue hacia el tumbero.

Un grupo había rodeado a Eugenio. Atropellándose, decía:

—¡La pucha! ¡Lo qu'es si no andás tan pronto!

—¡Qué idea tuvistes!

—¡Te has portao, Eugenio!

—Dejenmén! —exclamó éste con voz sorda—. Yo qué sé... Un desgraciao d'esos... Un pillo... ¡Mucho mejor que le hubiera sumido las guampas! Fue una zoncera mía. Un desgraciao d'esos... Un pillo...

—¡Pero avisá, hermano, no seas bárbaro!

—¡Qué! Un desgraciao... Un pillo... ¡Pucha digo! ¡Una macana!

—¡Guarda! ¡Guarda la ronda! ¡Hupalalá! —cortó un enlazador, con otro animal del lazo.

Alguien lo pialó, trayéndolo al suelo.

—¡Marca! ¡Marca! ¡Apurensén!

Y siguió el entrevero de bestias que caían, de humo, de olor a cuero achicharrado... Y volvieron a oírse el griterío de los hombres y el mugir dolorido de los quemados por los fierros.

María del Carmen

NO había subido el sol a la mitad del cielo, cuando a los ranchos del viejo Nicanor Fernández llegó un gurí cortando campo, corriendo, por entre masiegas.

—Ña Casilda, manda decir madrina que vaya enseguidita, que la finadita María del Carmen se ha matao.

—¿Qué has dicho, muchacho? Que María del Carmen...

—Sí, se tiró al pozo. Padrino no estaba. La tuvimos que sacar entre nosotros, reciencito. Que vaya pronto, dice.

Y se fue el chiquilín a todo lo que daba, mientras la

vieja alborotaba a sus hijas, de amasijo en la mesa larga del comedor. Después, calzadas con apuro las alpargatas que llevaba en chancletas, salió disparando, seguida de las tres muchachas, que se demoraron por mirarse un instante al espejo.

Como a la media cuadra rodó la vieja y hubo que ayudarla a levantarse. Pero volvió a correr, mientras decía confundida por la noticia:

—¡Pobre comadre Remigia! ¡Qué espantoso! ¡Tan linda y tan buena, la pobrecita! Dios la haya perdonado y la tenga en su santa gloria... ¡Pucha que las tiró a las masiegas! ¡Casi me voy de lomo otra vez!... ¡Vean ustedes, aprendan! Lo que pasa por no confesar todo a las madres. Ya me maliceo que algo de safaduría será. ¡Aprendan, m'hijas!

Al llegar las recibió el griterío. No había más que mujeres. El viejo Rudecindo estaba en la pulpería, y para allá iba que se las pelaba el gurí de los mandados.

Entraron y el clamor se hizo más fuerte. ¡Claro! Había cuatro más a llorar, a desesperarse conformándose.

—¡Qué me dice, comadre! ¡M'hija! ¡Cuando la vea el padre! ¡La mimosa de él, la que le cebaba el mate, la que le hacía todo...

—¡Hay que tener resinación! ¡Dios lo ha dispuesto así, comadre querida!

Las muchachas se habían agrupado llorando y sin decir palabra. Juana, la menor de las Fernández, fue la primera que miró a la difunta.

—¡Está igualita! — dijo.

Y ella, que todavía no lloraba, largó el trapo por eso, porque la muerta estaba igualita y, sin embargo, ya no era más la María del Carmen de los nidos, de los macachines, de los huevos de terutero.

La pobre se hallaba arriba de una cama, con las ropas empapadas que se le pegaban a las carnes firmes, más duras aún por la muerte, que las aprieta primero y, después, las va aflojando, aflojando, hasta que las acaba dejando

el hueserío, al que también le llega el turno. Mojada como estaba, las piernas se le pintaban clarito, y se veían los pezones levantar con sus chuzas la zaraza. Su cara, tan bonita —nunca habrá cara más bonita en todo el pago— estaba machucada, seguramente de la caída. Un ojito lindo y verde como la hoja, ahora vidriado, había quedado solo y, angustiado, vichaba. El otro se había reventado en alguna piedra del fondo, o en alguna raíz dura, o en quién sabe qué cosa.

El pelo, rubio, se le pegaba al pescuezo en mechones que, más abajo, se mezclaban con las cobijas revueltas. La boca, entreabierta, parecía querer tragar todavía más agua o, a lo mejor, echarla toda afuera para no volver a probarla más nunca, arrepentida.

—¡Bueno, bueno, comadre! ¡Hay que tener fuerza de voluntá y no dejarse dominar! ¿Qué deja entonces para las muchachas? — intervino Casilda.

Palabras bobas que resbalaron en el alma de la otra vieja. ¿Quién sino ella iba a llorar a su hija, a aquella de ojos verdes que parió en una noche de tormenta, mientras su marido peleaba con los suyos, quién sabe adónde? Sin ayuda de nadie la echó al mundo, pues sus hijas eran muy niñas y las mandó a la cocina para que no vieran. Recién al rato cayó hecha sopa Jesusa, que había tenido que ir a asistir a la de Ibarra.

—La misma edá tiene Felicia que la mía —entremezclaba en su desesperación—. La misma...

Juana, mandada por su madre, fue a aprontar un mate de cedrón con ruda. Sin llegar a la cocina, regresó, trémula:

—¡Arriba de la cama de la finadita había esta carta!

—¡Dámela! — saltó la madre de la difunta.

Y aunque no sabía leer, rompió el sobre y remiró la escritura.

—Traiga, mama, traigalá para acá —dijo una de sus hijas—. ¡Y es para el juez! ¡No hay que abrirla! —agregó curiosa e irresoluta.

—¿Y porque sea p'al juez no se puede leer? Esas son bobadas. No hay que hacer caso — aconsejó Casilda.

La muchacha, entonces, empezó a leer en voz alta: "Señor Juez muy señor mío paso a decirle que me he matado por mi voluntá pero por lo malo que ha sido Pedro Fernández el de doña Casilda que me engañó sabiendo lo buena que yo era y..."

—¡Has leído mal! — gritó, horrorizada, Casilda.

—¡Jesús santo! —sostuvo la lectora—, así dice, aquí mismito...

La madre de la difunta, que se había puesto de pie, no se pudo contener más.

—¡Y ustedes aquí, en la casa d'ella, frente d'ella, bandidas! ¡Salgan ligerito, arrastradas!

—¡Pero nosotros qué culpa tenemos! — sollozó Casilda hincándose en el suelo.

—¡La de parir tigres, arrastrada de los diablos! ¡Salí que no te quiero ver más nunca! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Perdición! ¡Malditas!

Empujándose unas a otras salieron las cuatro desgraciadas. Y se apresuraron más cuando oyeron que, desde la puerta, con los ojos saltados, abriendo la boca sin dientes y ahogada por el hipo, gritaba la vieja:

—¡Tuca! ¡Tuca! ¡León! ¡Cacique! ¡Tuca! Túcaaá

Pero los perros, lejos, en el campo, no pudieron oírla. Fue una suerte.

Saltando masiegas de repente, en fila india, iban las Fernández agachadas de dolor.

II

No bien llegaron vieron a Nicanor con su hijo, que se acercaban para comer y volver en seguida al campo.

—¡Mal hombre! ¡Hijo de qué entrañas, que no las mías! — gritó Casilda a Pedro, yéndosele encima.

El mozo se puso pálido, como si supiese la verdad.

—¿Qué pasa, mujer, qué pasa? — preguntó el marido, sorprendido pero calmoso como siempre.

Y ella le contó lo ocurrido; le empezó a contar, porque Nicanor la interrumpió por un momento para ordenar a su hijo:

—Camine a la cocina.

—¡Si será mal alma! — fue todo el comentario del anciano cuando terminaron las pocas palabras de su mujer.

Dirigióse entonces a su recado, sacó el lazo y enderezó a la cocina donde se había apagado el fuego con las ollas arriba. Y le empezó a caer a su hijo por el lomo, ciego, temblándole la larga barba blanca al proferir:

—¡Nada menos que a la hija'e mi compadre! ¡Tomá! ¡Tomá este otro! ¡Donde no hay más que un viejo te fuistes a meter, cobarde!

Pedro no se quejaba ni se defendía. Guapo era, no había nada que hacerle.

La madre imploraba, ahora, abrazando de atrás al castigador:

—¡Hacelo por mí, Nicanor! ¿No ves que m'están matando?

—¡Quién iba a decir! ¡Lo contentos qu'estábamos cuando nació esta fiera! —sollozó Nicanor—. ¡Pobre viejo! ¡Mirá a tu madre! ¡Mirame a mí! ¡Matando a tus padres, canalla!

Hizo entonces un esfuerzo, se estiró con la cabeza levantada y rugió, enfurecido por aquel momento de debilidad:

—¡Que no te vea más nunca! ¡Ni muerto!

En eso, apareció otra vez el gurí con la lengua afuera.

—Dice padrino si puede ir, dice.

—Vaya no más, qu'ensegida voy yo. Y ya sabés vos: acomodá tus cacharpas y andate. ¡Que Dios te castigue! Maldito por tu padre, no vas a dir muy lejos sin que la desgracia te empiece a acertar con las bolas ([1]). ¡Que Dios te castigue!

([1]) **Bolas, boleadoras:** piedras arrojadizas atadas a tiras o cordones de cuero.

Al tranco largo, por entre las masiegas amarillas y apretadas, el viejo Nicanor, tirándose tembleque la ancha barba, llegó a lo de la difunta.

—¿Qué me cuenta, compadre —dijo Rudecindo—, ¡lo que ha pasao!

—¡Qué quiere que le diga! Casi lo hago pedazos. Lo he echao pa siempre de casa. Porque entregarlo preso... usté ve... es feo.

—¡No, que no se vaya todavía! Yo lo calculé, compadre, porque sé que usté es derecho, es de ley. Y he pensao que antes de enterrar a la finadita, con un poco'e buena voluntá, se pueden casar. Yo lo he oído. Se puede.

—¡Pero amigo! ¡Me parece imposible! ¿Quién va a querer casar a una difunta? Al viviente no lo cuento, porque, basta que usté lo quiera, hasta pa que lo mate se lo traigo'e las crines. Pero casarla a ella...

—¿Y no le van a hacer caso a un padre, el juez y el cura? ¡Avise! ¡No faltaba más! Ya mandé al gurí para que le diga a Serapio que vaya en el coche a buscar el cura al pueblo, sin decirle pa qué cosa. Y en cuanto vuelva le hago avisar al juez, que es tan cerquita. Después, yo me encargo. Lo hice ya, pensando que usté así lo aprobaría porque es hombre derecho. Y si usté no lo aprueba, lo mismo lo traigo a su hijo, aunque tenga que pelear con él y con usté.

Bruscamente los ojos parecieron querer salírsele de las órbitas.

—Hizo bien en pensar eso de mí. Así somos los machos de verdá, los antiguos. Ya de las pariciones nuevas no sale más que morralla, pa digustos. Me voy y, dentro de un rato, traigo a Pedro. Antes no, por no esperar tanto reunidos.

—Agradezco — dijo Rudecindo.

Cuando el otro se dió vuelta, pensó:

—¡Pucha que había sido macho, mi compadre! ¡Ansina da gusto tratar a los hombres! ¡Y tiene razón! Las pariciones de hoy no dan más que basura, morralla...

Y acordándose de la muerta sofocó un sollozo.

III

No bien volvió el gurí en su petizo bayo, después de haber avisado a Serapio para que trajera al cura, Rudecindo lo hizo ir en busca del juez que, como a cincuenta o sesenta cuadras, vivía atrás de un montecito.

—Decile qu'es de apuro, pero cuidate de hablarle de la finada, porque te deslomo. ¡Apurése!

Y se fue a los galpones a amarguear un rato, para no escuchar el llanto del mujerío. Allí, solo, en la intensa quietud, hizo esfuerzos por rehacer la niñez de la ahogada. Pero no pudo conseguirlo. Obtuvo, sí, algunos recuerdos demasiado confusos porque no precisaba los detalles y los mezclaba sin orden. Cuando él, de vuelta de la guerra, la vió por primera vez, dormidita en un "tercio" (1) de yerba que tenía por cuna; cuando casi la pica la crucera (2); cuando rodó en el petizo bayo... en el petizo bayo no podía ser porque todavía no se lo había regalado el padrino, su compadre Iglesias; en el overo, tenía que ser... Y, después, cuando aprendió a leer con la hija del juez anterior a don Jaime; cuando le leyó la carta que el mismísimo General le escribió para decirle: "Jefes como usté, coronel Rudecindo, van quedando pocos. Por eso mismo quiero que baje aquí p'arreglar el plan de la patriada (3) de que ya le habrá hablado por mi orden el comandante Fernández, que conferenció conmigo el mes pasado..."

—¡Esa sí fue patriada! ¡Mis lanceros eran el orgullo del General y de todo el ejército! ¡Si no hubiera sido por los dotores que se metieron a hacer la paz! ¡Mire que yo le decía al General! "¡Tenga ojo, compadre, qu'esta chamuchina'e puebleros nos va a boliar de parao! Mire qu'estos, al fin de cuentas, van a salir ganando aunque la patria y el partido queden metidos hasta..."

---

(1) **Tercio:** fardo de cuero crudo, cosido con tientos.
(2) **Crucera:** Víbora con signos de cruz en el lomo.
(3) **Patriada:** revolución.

En cosas de guerra pensaba ya, no más, cuando escuchó el trote del caballo prendido al volantín del juez.

—Bajesé, don Jaime.

Este ató las riendas al pescante y se saludaron.

—¿...?

—No se apure, pase p'acá.

Y lo llevó a la cocina.

—¿Se trata de algún litigio vecinal o de alguna consulta jurídica? — preguntó, enfático, el juez, aceptando un asiento.

—Se trata de que María del Carmen se me tiró al pozo esta mañanita — tembló la voz del viejo.

—¡Cómo! ¿Suicidio? ¿O pudieron sacarla con vida?

—¡Muerta, muerta la sacaron entre el mujerío! Se tiró por el pillo'e Fernández, que la engañó a la pobrecita...

—¡Dios mío! Lo acompaño en sentimiento. Comparto su dolor —balbuceó incorporándose don Jaime, sinceramente conmovido—. Para los que somos padres, esto es terrible. ¡Pero no la debieron sacar sin avisarme! Levantaremos actas con la policía; son los requisitos ordinarios.

—¡Mire, sientesé y dejesé de requisitos! Yo le pido a usté, qu'es padre también, que me haga un gusto.

—¿Cuál?

—Que me case a la muchacha con su novio. Mi compadre Nicanor está de acuerdo.

Fue a dar un paso don Jaime, pero el gesto enérgico del anciano lo obligó a permanecer quieto. Así y todo, habló:

—¿Se ha enloquecido, don Rudecindo? Comprendo que la desgracia es como para hacer perder la razón a cualquiera; pero hay que dominarse. ¿Cómo vamos a hacer eso?

—¡Yo quiero! ¡Yo quiero! — repetía el viejo en tono ahora suplicante.

—Siento mucho, pero es imposible. Usted ve...

—¡Pero cómo imposible! ¿No le puede hacer un gusto a este desgraciao pobre viejo?

—Le repito, imposible.

—¿Ah, sí? Bueno. Yo lo voy a hacer posible a rebencazos. Y si hay necesidá, a puñaladas. Conque ya sabe — rugió el anciano, la mirada extraviada.

Y saliendo de la cocina, se puso a pasear frente a la puerta como haciendo guardia.

—Caminá —gritó al gurí—, maniale el caballo a don Jaime.

Con los ojos saltados por el susto, el juez se arrinconó mirando al viejo. Y le vió patente que era capaz de hacer lo que decía.

En ese momento, aparecieron los seis Fernández. Nicanor adelante, con el hijo. Más atrás, en fila, las mujeres, endomingadas, temblando de miedo y desesperación.

—Entren para aquí —dijo Rudecindo señalando la cocina a los dos hombres mientras acompañaba a las mujeres adonde las otras seguían llorando.

Se abrazaron todas y, cuando él les dió la espalda, las muchachas lo miraron horrorizadas, al tiempo que las dos madres, sollozando, se cambiaban perdones, por los insultos, una, por la infamia del hijo, la otra, y por las brutales cosas que hacían sus maridos.

Al ver entrar a Rudecindo en la cocina con aquella barba blanca igual a la de su compadre Nicanor, Pedro bajó los ojos. Y así, mirando el suelo, se quedó, mientras los dos ancianos, sentados en bancos de ceibo, se pusieron a hablar del tiempo, del yuyo malo, de las heladas traicioneras.

En el mismo rincón, como un trasto viejo del que nadie hace caso, permanecía el juez maldiciendo el día en que le dieron el cargo.

—¡Tarda el cura, caray! — exclamó, de pronto, Rudecindo.

—Si no me equivoco, ahí llega — respondió el otro viejo.

Era el cura, sí, a quien, en coche de dos caballos, traía Serapio del pueblo a la disparada.

Los dos ancianos salieron a recibirlo. En pocas palabras, no más, le explicaron el asunto. Espantado, el cura quiso meterse otra vez en el coche sin hablar nada; pero Rudecindo lo agarró por la sotana y, puñal en mano, le dijo:

—Cura, yo lo respeto y respeto la religión. Pero si usté no me atiende, lo abro con sotana y todo. No hay tu tía, lo abro.

—¡Hijos queridos! Tienen a Satanás en el cuerpo —sollozaba el cura—. ¡Escúchenme un momento! ¡Escúchenme, gauchos queridos! ¡Me mandan de cabeza al Infierno!

—Entre y conformesé, que ya lo perdonará Dios si no tiene más culpa que ésta. Y no llore, amigo...! ¡Un hombre!

A Serapio se le paraba el pelo. Pero no dijo nada y los siguió.

—Cuide la puerta, compadre. Yo voy a acomodar a m'hija... ¡Por fin los he podido reunir a todos! ¡Gracias, Dios bendito!

IV

En la cama de matrimonio de sus padres, estaba la difunta, rígida ya y con el ojo asustado... El viejo quiso sentarla y no pudo por la dureza de la muerte. Entonces la alzó, le apoyó la cabeza en el respaldo, bastante arriba y, sosteniéndole con un brazo la espalda, hizo fuerza hacia abajo con el otro.

Sacó la mano como si la hubiera metido entre brasas. Había tocado una cosa dura en el vientre. ¡Era la infamia de Pedro, la causa de la desgracia!... Y siguió tratando de doblarla mientras dos grandes lágrimas, que temblaron un momento en las pestaña, caían sobre el cuerpo de la hija y desaparecían absorbidas por la zaraza.

Cuando quedó sentada y firmemente recostada contra la cabecera, el anciano salió.

El miedo cortó en seco el llanto de las mujeres.

—¡Entren, entren todos!

Entraron todos. Temblaba el juez. El cura lloraba a lágrima viva.

—¡No será válido! — guapeó, a media voz, don Jaime.

—¡Comiencen no más! ¡Prontito! — rugió Rudecindo.

Pedro, más pálido que la muerta, no se animó a mirar a su novia.

Las ropas estaban casi secas ya, pero se pegaban al cuerpo de la joven, todavía. Las piernas se dibujaban nítidas. Los pezones levantaban con sus chuzas la zaraza. Su cara, tan bonita, ¡ah!, no habrá otra más bonita en todo el pago, tenía los moretones de la caída. El ojo, lindo y verde como la hoja, ahora vidrioso, vichaba angustiado, solo. El otro, reventado en alguna piedra del fondo o en alguna raíz dura o en quién sabe qué cosa, no estaba en el hueco lleno de sangre. Como todavía no le habían atado ningún pañuelo, tenía la boca entreabierta cual si quisiera tragar más agua de la que había tragado o ¡a lo mejor! echarla toda afuera, arrepentida...

—La mujer —decía el juez con voz que le daba más miedo, y sin sacar los ojos de la asombrada pupila verde—, la mujer... debe... El hombre, a su vez...

Y volvía con creciente terror:

—El hombre... la... mujer...

No conseguía pasar de ahí. Una palabra se le había aparecido con fuerza tal, que alejaba las otras. Las sentía alrededor, pero no podía alcanzarlas. Sin saber por qué, aquella palabra absorbía toda su atención. Y, por verse libre, la largó.

—Protección — dijo.

El ojo verde lo miraba siempre.

—La protección...

Su cara se fue contrayendo como si diez dedos le empujaran los músculos hacia la boca. Y un chirrido rabioso resonó en el cuarto.

—¡Mi madre, no puedo! — sollozó.

Y huyó hacia su charret, gritando:

—¡Ya está todo!' ¡Ya está todo! ¡Todo lo que quieren!

El cura, entonces, no tuvo más remedio que intervenir también él. Empezó lentamente, estremeciéndose, como quien se mete en el agua y siente el frío que le va subiendo.

—Dense la mano...

—Agarrala, m'hijo — acudió Nicanor.

Pedro agarró con espanto, con rabia y con desesperación la manita fría de María del Carmen.

Al terminar un incomprensible barboteo, el cura dijo, ahogado por el miedo:

—¡Que sean muy felices!

Y dándose cuenta de sus palabras, soltó de nuevo el trapo.

Largaba la mano helada Pedro Fernández, cuando lanzó un corto gemido, dió media vuelta y cayó haciendo cruz con la finada. Sin que nadie se hubiese dado cuenta, Rudecindo le había sumido la daga hasta el cabo, que se metió también un poco, de la fuerza.

—¡Qué ha hecho, compadre! — gritó Nicanor manoteando su puñal.

—Lo que tenía que hacer. ¡Ahora, usté, si quiere, máteme!

Las manos atrás, el pecho afuera, se quedó mirándolo.

Nicanor aflojó la mano que había oprimido el mango de plata y, moviendo la cabeza, balbuceó, tembloroso:

—No hay nada que darle. Usté tenía derecho...

Luego, cambiando de tono, gritó con voz imperiosa a sus mujeres, entre las que se había metido, medio desmayado, el cura:

—Ahora nada tenemos que hacer aquí. Mandaré por el cuerpo. ¡Vámonos!

Por entre las masiegas, cortando campo, cinco Fernández volvieron a las casas. El viejo, adelante; más atrás, las hijas arrastrando a doña Casilda, a quien le había dado el mal.

El cielo se estaba cubriendo ya de negro.

Como enlutándose.

Cosas de la vida

CAYÓ la noche y el cielo siguió encapotado, amenazando lluvia. Soplaba un vientito que empujaba cuanta cosa hallaba en su camino como pidiendo cancha. ¡Y a qué! Lo que hacía era juntar hojas, briznas, basuras, para amontonarlas arremolinándolas, para alzarlas en giros hasta muy alto y, desde allí, dejarlas caer en todas direcciones... Y pararles rodeo otra vez, más adelante, y volverlas a alzar... Parecía que estaba haciendo tiempo, esperando algo.

—Si cambia el viento, vamos a tener agua — dijo un jinete al que llevaba trotando a su costado.

—Me palpita que aunque no cambie — respondió el otro haciendo saltar chispas a su yesquero para encender el cigarro.

—No fumés, Juan — volvió a hablar el primero. Y dando vuelta la cabeza, mandó a otro jinete que los seguía como a dos cuerpos: —Ché, tirá vos también. Ya estamos cerca.

—¡Dejate de amolar!...

—¡Tire, canejo! — bramó el de la orden con voz dura, medio queriendo tornar su caballo y alzando el rebenque.

—¡Está bien, José María! —exclamó el aludido arrojando el pucho y acercándose—. También vos —agregó después—, te calentás por...

—Es que estamos muy cerca, viejo, y una macana de éstas nos puede costar caro — respondió, ya sereno, José María.

—Sí, pero también vos...

—Bueno, ¿y qué? Ahora querés pelear? — preguntó aquél, riéndose.

El ofendido también se rió. Después, dijo:

—¡Pucha, vos sos locazo!

Envueltos en la obscuridad siguieron trotando.

El nombrado José María era un hombre joven, más bien alto que bajo, de cara huesosa y labios finos donde se agarraba a gatas un bigote de coya. El otro, tirando a indio, era flaco y largo. De no ser por los estribos, sus pies, en el caballito criollo, no andarían lejos del suelo. Y el que iba detrás, viejo como de sesenta años ya, cruzada la cara por un tajo que le debió de haber rayado las muelas, era bajo y delgado...

—Bueno, vamos a entrar por aquí — resolvió José María deteniendo su caballo frente a una tranquera que abrió sin desmontar.

Pasaron, la dejaron abierta adrede y, en vez de tomar por el camino que de allí salía hasta unas poblaciones de

las que los relámpagos empezaban a dejar ver el bulto, desviaron hacia unos ombúes. Al llegar a ellos, se apearon. Atados los caballos, esperaron con los ojos fijos en las casas. Reinaba profunda tranquilidad. Como el viento había calmado, hasta las hojas estaban quietas... Hacía rato que aguardaban, cuando una sombra se separó de la gran sombra de la Estancia, derecho a los ombúes.

Un hombre alto, era. Se acercaba cojeando. Al llegar, cuchicheó.

—Buenas, ¿vamos?

—¿Cuántos hay?

—Están los dos, no más. El patrón y los otros dos piones era verdá que se habían ido con la tropa.

—¿Y los perros?

—Apilaos. No ladró ninguno.

—Está bien... Bueno, vamos.

Y salieron los tres siguiendo al rengo que, cada vez más por lo bajo, íbales haciendo recomendaciones.

Entraron por un galpón. Al llegar frente al cuarto de los peones, ya estaba todo dispuesto en buena forma. José María y el rengo cargarían al más fuerte; Juan, al otro, que era casi un gurí. José María abrió un poco la puerta, puso el oído para orientarse... Después retiró la cabeza y, sin hablar, hizo señas. El muchacho dormía contra la pared, su compañero, en el medio del cuarto. Había desaparecido el rengo. Volvió de la cocina con una candileja que entregó al viejo. Como de otro lado no había peligro, la encendieron, no más y, un instante después, desenvainadas las dagas, todos irrumpieron en el cuarto súbitamente iluminado por la luz que el viejo llevaba en la mano alzada.

En ese momento, un tremendo trueno estremeció la tierra.

II

Amelia no podía dormir. Nunca se había quedado sola desde que se casó, ya hacía casi un año. Siempre que su marido salía de viaje, alguna de sus hermanas venía a

acompañarla; cuando no Eulogio, su hermano, o su mismo tata. Pero como se hallaban tan atareados con la faena de cerdos, había pensado que era mejor ir ella a la casa de su padre hasta que volviera el esposo, cuya ausencia no sería menor de dos semanas. Los Echebarne, que estaban en el pueblo y que al otro día regresaban, le enviarían el coche para salir en la misma tarde, ya que a caballo le era imposible porque la pobre andaba muy "pesada".

Ahora se arrepentía de no haber mandado buscar aunque fuera a una de las Banegas para acompañarla esa noche que iba a pasar solita. Ella, por no incomodar... Y como los dos peones que quedaban eran de tanta confianza... ¡Pero hubiera sido mejor! Se sentía bastante fatigada; el golpazo que se llevó al entrar al dormitorio le había hecho daño y tenía mal el cuerpo. Además, el cuarto le parecía tan extraño al encontrarse sola, la cama le parecía tan inmensa al moverse y no hallar el cuerpo de su compañero... Tuvo ganas de encender luz y, aunque más no fuera, ponerse a terminar los escarpincitos blancos; pero este deseo se fue apagando al traer la idea del niño que ya estaba tan cerquita y la de su marido, tan bueno, que trabajaba tanto para que no les faltase nada a ella y al hijo que ella le iba a dar...

—¡Dónde estará con este frío! —pensaba—. Al raso, rondando el ganado, ¡y el caprichoso no quiso ponerse camiseta de lana! ¡Qué hombre, Dios mío!

Un trueno pareció agarrar toda la casa y sacudirla. La aldaba de la ventana, demasiado floja, se bajó con la conmoción; y la hoja fue empujada con fuerza contra la pared. Unas gotas salpicaron de frío la cara de Amelia. Temblando cerró la ventana como pudo. Después, volvió a la cama y se sentó con el corazón que se le salía por la boca...

Y en eso escuchó un grito de angustia, un grito como el de quien se siente perdido y, no teniendo en qué agarrarse, así se prende todavía de la vida.

Toda su carne se estremeció. Inconscientemente, corrió a la puerta que daba al patio. Apoyó en ellas sus espaldas.

—¡Santa María! ¡Santa María! ¡Santa María! — se puso a implorar casi sin voz.

De ahí no pasaba, pero ella no se daba cuenta. Sus ojos dilatados por el miedo veían a la santa; y en su imaginación mirábase a sus pies, besándoselos e implorándole auxilio.

¿A qué más?

—¡Santa María! —resonaba apenas, tembloroso, en la obscuridad del cuarto—. ¡Santa María! —se mezclaba con el zumbido del viento que, ahora sí, soplaba fuerte—. ¡Santa María! — subía cada vez más alto y desgarrante en medio del chicotear del agua caída a baldes...

Un espanto nuevo le saltó al alma como yaguareté.

—¡Santa María queridita! — rugió entonces, fuera de sí.

Ya no era sólo el miedo. Un dolor hondo, terrible, le empezó a arañar el vientre como tirándole hacia abajo las entrañas.

Se calló un poco, fatigada. La boca no le daba abasto para respirar. Se ahogaba y una...

Y soltó un grito áspero, de esos que son más grandes que uno, cuando oyó:

—Aquí es — cuchicheado por alguien, afuera.

Un cuerpo se echó a plomo sobre la puerta. Las maderas crujieron, pero aguantaron.

—¡Vamos!

Ya no fue un cuerpo, fueron varios los que, empujando, hicieron temblar hasta la pared. Y la aldaba, con clavo y todo, saltó.

—Alce la luz, viejo.

—Sí, a ver, dame el candil.

En el silencio, dos o tres cuchillos ganaron las vainas, y José María se inclinó sobre Amelia, tirada de espaldas

en el suelo. En camisa, se veían sus piernas hasta la rodilla y parte del pecho de abultados senos.

—¡Preñadaza! —observó—.

Dio dos pasos atrás y se puso a mirarla.

—¿A ver? ¿A ver?

Todos quisieron observar bien.

Afuera, el cielo parecía enloquecido. Víboras de fuego mordían el nuberío como para abrirse paso huyendo a los truenos que las traían cerquita.

En el grupo de los tres agachados que miraban se estiró un brazo sucio de sangre, el del rengo, para levantar con insolencia la camisa de la caída. Pero el brazo nervudo de José María, también manchado de sangre, llegó primero a la cabeza del bárbaro, que cayó patas arriba.

—¡Hijo'e mil! — gritó el castigador tirándosele encima.

Los otros dos lo sujetaron. Y después, mientras los demás, en el rincón donde se había podido parar el rengo se inmovilizaban, José María siguió con los ojos fijos en el bulto misterioso donde esperaba una vida.

Se había quedado mudo, sin pensar en nada concreto, llena la mente de ideas confusas, pendiente de aquel vientre hinchado que estremecían los suspiros. Estaba como en un sueño, un sueño extraño, un sueño que no tenía más imágenes que sonidos, palabras cortadas...

Un gemido se escapó de los labios crispados de la muchacha.

—¡Bueno, hay que volverle el sentido! —intervino el viejo—. Esto no puede continuar ansina. Vamos a ponerle aunque sea un trapo con agua.

—Sí, sí. Un trapo con agua... — aprobó, sin moverse, José María.

Un relámpago iluminó vivamente y, en seguida, estalló el trueno.

El viejo agarró la toalla pendiente del lavatorio y la metió en la palangana. Al torcerla se miró instintivamente al espejo. Se volvió a mirar, pegándose casi al vidrio.

—¡Pucha que había tenido uñas largas, el finao! — exclamó viendo que manaba sangre de dos hondos rasguños en la frente. Y se inclinó sobre Amelia.

Se le ocurrió entonces una idea. Haciendo como que ya la tenía pensada, se incorporó con la toalla en la mano.

—¡A ver, ponganlán en la cama, pues. ¿No ven que hay que ponerla en la cama?

José María, pasándole un brazo por la espalda y el otro por las corvas, alzó a Amelia, que lanzó un quejido. Un líquido viscoso le mojaba los muslos.

—A ver, traigan p'aquí la palangana —volvió a doctorear el viejo—. La toalla tiene qu'estar siempre bien fresquita. Ahora va a ver cómo se mejora... ¿No ve?... ¿No ve, amiga?...

Los otros tres, arrimados también al lecho, buscaban en el rostro de la desgraciada señales de mejoría.

La joven empezó a gemir. Y sus manos se abrieron sobre el vientre como si desde la sombra de su desmayo quisiera proteger a su hijo.

—Vayansén ustedes a dar una vuelta, no sea cosa que nos sorprendan — ordenó José María saliendo de su ensimismamiento.

Apurándose por la lluvia, obedecieron. En medio del patio ya, los alcanzó para agregarles:

—Vean como están los caballos. Y vos, rengo, llevá ensillado el tuyo.

Parecía que tenía hambre la obscuridad. Luz que caía, se la tragaba. Y el trueno que venía atrás rezongaba en vano y rodaba por el cielo, buscándola...

José María volvió a entrar en el cuarto, que se llenaba de ayes.

—¡Así no, viejo, así no! — protestó al ver que de la cara de Amelia chorreaba agua hasta los hombros, empapando la almohada.

—¡Me vas a decir vos a mí!

—¡No, dejelá! ¡No ve que ya le viene la mente!

Era verdad. Con ojos extraviados, con mirada que se quedaba al ladito de ella, no más, Amelia se fijaba en aquellos dos desconocidos. Ya de lo sucedido no se acordaba. Ni el grito de agonía, ni el "Aquí es" condenador, ni el sacudón de la puerta le llamaban a la memoria. Sólo se daba cuenta de que en el cuarto estaban dos seres extraños, entrados quién sabe cómo, y de esto no pasaba porque ya sentía adentro desgajársele el hijo.

Como repelidos por una mano dura, los dos hombres retrocedieron.

La luz floja del candil posado sobre el lavatorio temblaba mirándose en el espejo, y de ahí retrocedía y caía sobre la cama ofreciendo a la madre su escaso calor. Esta, abiertas las piernas, haciendo fuerza, se arrollaba toda, de repente, apretando los ojos acobardada por el dolor, y volvía a abrirse, guapeando y estrujando las sábanas entre sus dedos como garras. Unas veces se alzaba quedando sólo sostenida por los codos y los pies. Otras, dejábase caer desfallecida. Pero un nuevo dolor la levantaba en peso.

Pasaba el tiempo. Los relámpagos y los truenos se empujaban unos con otros. Desde el rincón que sólo iluminaba, intermitentemente, la luz del cielo, los dos hombres parecían tener pegados los ojos, de tan fijos. En la mente de José María cruzaban viejos recuerdos cortados a cada momento por los quejidos que lo volvían a la realidad.

—¡Guacho! ¡Guacho en la estancia!... —pensaba.— Guacho... y déle lazo por cualquier cosa...— volvía a decirse como disculpándose con alguien...

Dióse vuelta al oír un susurro. El viejo, con los ojos clavados en el techo, rezaba.

*
* *

Las ropas de la cama chupaban sangre, ya. Los gemidos y los esfuerzos redoblaban. El sudor se mezclaba

con las lágrimas en la cara crispada de la mujer. Una palidez que tenía algo del amarillo de la luna le aparecía por momentos.

En una, como pudo, Amelia empezó a agarrar a su hijo y a ayudarse un poco, así...

Al rato, cortando el rezo, el viejo saltó de su rincón.

—¡Se ha desmayao!

—¡Sí! Mirá... ¡Mujer!

El viejo, con la voz más dulce que pudo, y acercándose miedoso de tocar el cuerpito todavía entre las piernas de la madre, exclamó:

—Una moza más p'al pago. Señorita, ¿como le va? ¿Eh? ¿Qué anda haciendo?

Entre los fragores del cielo empezaron a oírse unos débiles vagidos.

—M'hijita! ¡M'hijita! ¡No tenga miedo! — seguía el viejo, con la mano irresoluta cerca de la carita ensangrentada—. ¡No tenga miedo! ¡No ve que nosotros la queremos mucho y somos muy...

Iba a decir "muy buenos". Pero, de golpe, se detuvo. Y como si una mano helada, puesta en su frente, le levantara la cabeza, se incorporó.

—¡Maulota! ¡Maulota! — dijo por decir algo, completamente abstraído.

—Bueno, vamos —se oyó la voz de José María, que había recobrado de nuevo su dominio.

—Pero, ¿y a esta alma'e Dios la dejamos así?

—¡Vamos! — tronó otra vez la voz, ya desde la puerta.

El viejo, agachando la cabeza, lo siguió.

Atravesaron el patio, chapaleando.

—¿No ve que ahora avisamos a algún vecino? — enteró José María con acento casi afectuoso.

—¡Ah! ¡Es claro! Yo también pensaba eso — exclamó el otro, que no había pensado nada—, porque si nadie viniera... vos ves que...

—¡Claro!

Llegados a los ombúes, hallaron a sus compañeros, que los esperaban con los caballos de la rienda.

—Vos, rengo, qu'estás mejor montao qu'éstos y no te conocen —dijo José María— cuando lleguemos al bajo'e lo de Banegas te cortás y les decís que si puede venir alguna en seguida, qu'ella está por salir de cuidao esta misma noche.

Y cerró piernas.

Al llegar al lugar indicado, José María recomendó:

—Nosotros seguimos al trote. Vos, metele talón, cosa de que el día no nos agarre afuera del monte.

III

Alto ya el triste día sin sol, en lo más profundo del Arazatí mateaban los forajidos. Reían, se hacían pullas pesadas con las cosas que vieron esa noche, bromeaban fuerte...

Pero, en el fondo, ninguno estaba contento. Y nadie se acordó de la plata que fueron a buscar a la casa de la parida.

Visita de duelo

DESPUÉS de sestear hizo traer el tostado y él mismo lo ensilló despacio, hablándole.

—¡Que lo tiró al reumatismo! ¡Ya creía que no te iba a montar más!... ¡Estás gordazo! En cuanto caliente un poquito la primavera te voy a bajar esa barriga porque la cincha se refala como con grasa...

De repente, el tostado tornó la cabeza y empezó a refregarse en el hombro del viejo, que exclamó, sonriendo:

—Si te pica... rascate.

Salió al trote corto. Como a las veinte cuadras pasó al lado de una osamenta y recordó a lo que iba.

—¡Pobre compadre Indalecio! ¡L'único hijo, puro mujerío!

Vadeó un arroyito de mala muerte, bordeado por unos sauces llorones que otra vez lo volvieron a hacer pensar en su compadre, y poco después, llegó a las casas.

—¡Ave María purísima!

—¡Sin pecado concebida! ¡Abajesé!

—¡Buenas! Lo acompaño en sentimiento, compadre. M'hijo le habrá dicho lo del reumatismo, que me tenía embarao en la cama. No pude venir a la desgracia.

—Sí, me dijo. Sientesé. Lucinda, calentá l'agua.

—¿La vieja?

—Acostada. Le dió el mal otra vez, anoche. Yo ando también con ganitas d'entregar la guardia. Van ya pa setenta, compañero, y siempre a los guascazos.

—Hay que tener pasencia.

—¡Sí, pasencia!... Pasencia cuando las cosas, aunque malas, le vienen derecho a uno; pero no ansina. Yo soy fuerte, ¡pero la pucha!... Me hubiera muerto yo... ¡pero m'hijo, el único, tan bueno!...

—¡El destino del hombre!

—El destino lo que hace es amolar. ¿A que nunca oye hablar de él pa bien, pa suerte, pa felicidad? ¡El destino!

—¿Pero sabe qu'está lindo el ganao? Pasé costiando el potrero del frente. ¡Es un gusto! Pero fijesé bien, porque me pareció que había un novillo de la marca de Gutiérrez, que tiene apestada la hacienda.

—¡Pobre!

—¿Gutiérrez?

—¡M'hijo, compadre! ¡Tan bueno! Bueno derecho; guapo, cariñoso... No volvía de la pulpería sin llenar las maletas con chucherías pa la madre y pa las hermanas. ¡Y guapo!... Cuando no tenía quince años lo pillé pitan-

do atrás del galpón. Le hice volar el pucho de un revés, y se me vino ciego. Se sofrenó y me gritó, llorando: "¡Tata, lo abro si no fuera mi tata!". Yo casi lo deslomo a rebencazos. Pero contento, compadre, orgulloso. Y a cada golpe, que él aguantaba sin dar un quejido, yo pensaba: "¡Esto sí es macho!" "¡Hasta cuando aguantarás, m'hijito lindo!" Y me cansé, y lo dejé, y él se quedó todavía un rato parao, sin moverse, como diciéndome: "¡Seguí, canejo, seguí!"

—¡Si sería guapo! Cuando la yerra en lo de Pérez... Y ahora que digo Pérez, ¿en qué quedó lo de la venta de las mil cuadras, que me dijeron que se las había ofrecido al gringo Moretti pa levantar la hipoteca del resto?

—No sé. Algo le oí ayer a Eusebio. El estuvo pa'l entierro. Todo el pago empezó a caer en cuanto se corrió la noticia. Hasta los Morales, que hacía añares que no pisaban, después de la cuestión del alambrao, ¿se acuerda?

—¡Cómo no! Y también me recuerdo que...

—Todo el mundo quería a m'hijo. Los Morales han venido por la muchacha, segurito. Andaba ennoviado con la menor. Colegía qu'esos amores no tenían fundamento, pero ella lo quería, se ve, porque dicen que se le va un mal y le viene otro y que desvaría y habla de matarse... ¡Esta yerba no tiene gusto a nada! Dalo vuelta, Lucinda.

Hubo un silencio profundo. Afuera, en el patio, varios patitos marchaban a paso de infante, de uno en uno, rumbo al tajamar. El charabón, criado guacho, abarajaba en el aire las moscas, muy escasas, ya que el frío era grande, y ni basuras de bichos había por el aseo de la casa. En el ombú los pájaros entraban y salían. Daban vueltas por alrededor, tiritando y muertos de hambre...

—¡Está bien!... ¿Y pa cuando es el casorio, moza?

—Todavía no hemos fijado fecha, don.

—¡Todos se van! ¡Y nosotros no nos vamos! ¡La cosa es fiera, compadre!

—Dios sabe lo que hace.

—¡Se ve! ¡Mire que llevarse a m'hijo! ¡Y la muerte que me le mandó! ¡Abichao, como animal! No era enfer-

medá'e cristianos. ¡Hasta eso! Le salían por el oído gusanos así. Y se revolcaba, lloraba, mordía. ¡No era enfermedá'e cristianos, compadre!

—¡Qué se le va a hacer!

—Le dimos vuelta la pisada; trajimos a la negra Remigia pa que lo santiguara; le pusimos creolina... ¡Nada! Con la creolina salieron muchos, pero los otros seguían comiendo, comiendoló vivo, ¿se da cuenta? "¡Matemé, tatita, matemé! ¡Sea bueno, tatita!" La madre me sujetó cuando le iba a sumir la daga. Le juro que lo mataba. ¡Pobrecito! Y si no me desarman, puede que me la hubiera encajao yo, pa n'oírlo. Murió al aclarar. ¡Yo estaba deseando, deseando! Lo enterramos recién al otro día. Yo quería en seguida, pero tanto amolaron las mujeres, que aflojé. Y era mejor en seguida. La pardita'el Puesto vomitó al rezar el rosario, y vino el desbande. ¡Pucha, cuasi le meto fuego al rancho p'asarnos todos con él! Cuando lo sepultamos no querían abrir el cajón, para que no lo besara. ¡Avisen, canejo! ¿Porque estuviera así? ¿A m'hijo no lo voy a besar? Alcé la tapa... ¡Pobrecito, estaba... estaba... ¡ah!... Lo besé como nunca. Yo creo que si lo besé alguna vez fue cuando muy gurí... ¡Pucha, es que somos una manga'e bárbaros! Reservaos, secos con la mujer, con los hijos. Nos da como una vergüenza cuando sentimos que vamos a ser blandos... ¿no halla? A lo mejor se creen que no los queremos. Siempre con sequedá, sin mostrarles los dientes nunca... El pobre quién sabe qué se creería. ¡Pucha, qué bárbaros!

Afuera, en el patio, los patitos volvían de uno en uno, a paso de infante. El charabón, de travieso, les llevó la carga. Y hubo un desparramo que contuvo la pata madre apareciéndose de entre unas matas con las alas abiertas y los ojos como chispas.

—¡Solito en el campo quedó, solito!... ¡Usté ve!

Hubo un silencio.

—Voy a esperar a la patrona. Después, después me voy aunque sea de arriba.

—¡Esas cosas no dicen los hombres, compadre! Todo está escrito, todo está escrito. Es al ñudo empacarse y ponerse a corcoviar. Seguir, seguir siempre. ¿P'ande? P'ande sea. Hay que seguir, hay que seguir...

El otro se quedó mudo. Y como no daba pie a la conversación, su visitante, cuidando de no encontrarle los ojos, miraba al techo, miraba al suelo, volvía a mirar al techo. De pronto golpeaba la caña de la bota con el rebenque y entreabría el penoso silencio con un prolongado:

—¡Ta bien...!

Al rato, se incorporó.

—Bueno. Ya i'hecho una visita. Rabona porque estoy como en el cepo con este reumatismo. ¿Siempre va a mandar la tropa?

—Sí, estoy comprometidazo con el del saladero.

—Entonces le mando a Eufrasio.

Salió al trote. El montecito de sauces llorones y la osamenta lo volvieron a hacer pensar en la muerte. No soplaba viento; y un calorcito traicionero se pegaba a las cosas. Esa noche iba a helar, seguramente.

El angelito

MÁS gente no cabía en el gran cuarto. Y como la luna se asomaba ya, los concurrentes empezaron a salir al patio, donde varios faroles proyectaban su chica luz. Los guitarreros dejaban oír desde adentro una musiquita monótona, a cuyo compás resonaban las espuelas de los bailarines. Cuando se detenía la danza, una negra vieja servía a las mujeres pasteles y copas de licores. Los hombres pasaban de mano en mano botellas de caña.

—¡Metanlén! ¡Métanlén! ¡Yo pago todo! ¡Por falta'e plata no va a ser! —azuzaba, incorporándose a me-

dias en su silla Frutos Pareja, el dueño de la Estancia a la que pertenecía el "puesto" de fiesta—. Y vos, Carola —gritó dirigiéndose a la morena que servía—, aprontá esas tabas, qu'ésta que viene es pa nosotros.

—¡Así me gusta! ¡Ah, criollo! — exclamó un peoncito, muy borracho ya, palmeando confianzudo a su patrón.

—¡No te pasés al patio...! ¡Mirá que hay pollitos chicos...! — sentenció un viejo que no salía de al lado de Frutos Pareja adulándolo a su manera.

Frutos Pareja se dió cuenta de que el viejo tenía razón cuando ya iba a abrazar, sonriendo, al muchacho. Y dijo, severo, ladeándole la cara:

—¡Hum!

Volvió a sentarse. Se empinó la botella.

—Diga, esté... ¿tiene tabaco? — inquirió el viejo.

—¡Cómo no! —Y alargando la tabaquera— sacá, no más —siguió—, de éste no se fuma todos los días... Ché, Isidro, vení, pues! ¿Dónde andabas?

Isidro, el puestero, alto, flaco, medio borracho también, se aproximó. El viejo le dió su silla, obsequioso, y se puso en cuclillas para permanecer bien cerca.

—¿Dónde andabas? — repitió Frutos Pareja.

—Y... con ella... Está medio llorisqueando. Dice que somos una manga de animales.

—Es qu'estas mujeres... ¡Tienen cosas! ¡Claro! Ellas... Metéle un traguito. Tienen sus cosas porque, como quiera que sea...

En eso, los músicos volvieron a tocar.

—¡Que baile don Frutos! ¡Esta es la'e don Frutos!

—¡Carola! —llamó éste.

—¿Patrón?

—A ver, que te voy a sacudir esos percales.

Y en medio del patio comenzó la danza, que contemplaron sonrientes y jaraneantes los demás, menos una pareja que aprovechó la oportunidad para alejarse sin ser vista hacia las chilcas.

La negra, con la gracia de una niña, pisando menudito a compás de las guitarras, se acercaba y se alejaba del hombre, que zapateaba furiosamente haciendo sonar las espuelas, alzando por momentos la cabeza y metiéndola en el pecho al embestir como toro bravo a la compañera. Era la lucha entre la gracia y la fuerza, entre la coquetería que dice a la vez, ¡Sí! y ¡No!, y el deseo urgente y bárbaro que quiere en seguida y todo.

—¡Eso es lindo! ¡Eso es lindo! — gritaban los jóvenes, entusiasmados de verdad.

El, grande, ventrudo, con barba ancha, negra todavía, empezó a seguir en zapateo frenético a su pareja que, tornando la cara a la vez sonriente y como cohibida, huía esponjando la pollera en sus tenues movimientos rápidos. De pronto se encontraban frente a frente. Entonces, mientras ella permanecía inmóvil, siguiendo apenas con contoneos los monótonos sones, el hombre, mirando al suelo, como presa de desesperada locura, avivaba más la danza, moviendo los pies, convulso, clavando la punta y el taco de las botas que dejaban el pozo de la espuela...

—¡Ay, no puedo más! — exclamó él, deteniéndose. Es de balde, uno ya... no sirve. ¡Uno ya no sirve!

Jadeante volvió a su silla, ahora ocupada por el viejo que, al verlo, la abandonó poniéndose de nuevo en cuclillas.

—¡Pucha, usté en sus tiempos...! — halagó éste.

—¡Uff! —acordó Frutos Pareja empinando la botella.— ¡Me hubieras visto!

—Y todavía, a lo mejor, ¿eh? — volvió a decir, sin aludir a nada concreto, con sonrisa melosa, el viejo.

Y como diciendo que todavía sí a cualquier cosa que pudiese haber sido aludida, el otro contestó:

—¡No!... ¡Eh!... ya estoy... ¿Y vos no tomás?

—Por no despreciarlo, don.

El viejo, limpiando la boca con el dorso de la mano, se prendió de la botella.

Buscando el fresco, los músicos se habían sentado en el patio. Y volvieron a tocar y el baile continuó.

—Che —interpeló de pronto Frutos Pareja al dueño de casa siempre sentado a su costado— hoy me estabas diciendo que ella...

—Sí... ¡Qué sé yo!

—Voy a verla, entonces. Mirá, llenate la botella, que ya está en las últimas.

Y agachándose para no darse contra el marco de la puerta entró en una pieza vivamente iluminada por dos lámparas. En un costado, sobre una mesa pequeña, había un cajoncito de los de fideos cubierto burdamente con un paño blanco. Frutos Parejas se aproximó y miró cariñosamente dentro.

—¡Pucha mi ahijao, caramba! — exclamó.

Acariciándose su ancha barba, se puso a contemplarlo. El muerto, un niño de tres meses, a lo sumo, parecía mirar el techo con los ojos extrañamente blancuzcos. Tenía los labios entreabiertos como si fuese a respirar de nuevo. Estaba cubierto de flores cuyo fuerte olor también entristeció a Frutos Pareja.

—¡Pucha mi ahijao, caramba! —repitió ahora en un susurro, como se le habla a un dormido al que, sin embargo, no se quiere despertar—. ¡Todavía no se han acordado!... — Y metiendo la mano en el cinto, sacó dos libras esterlinas y las colocó sobre los abiertos ojos.

Una cinta celeste rodeaba la cintura del cuerpito y caía por el costado del cajón. Ese extremo pendiente tenía infinidad de pequeños y apretados nudos. Frutos Pareja agregó uno y, diciendo:

—Rogá por mí, angelito — se persignó. (1)

Después, empujó una puerta y se introdujo en la habitación vecina.

---

(1) Al pedirle algo para el cielo al "angelito" se le hace un nudo en la cinta a fin de que no lo olvide.

—¡Pero comadre! ¿Cómo llorando? ¿Usté no sabe que no puede, comadre?

—¡Sí, voy a estar de fiesta! — gimoteó ella incorporándose a medias en el lecho.

—¡Pero m'hija! ¡Qué se le va a hacer! ¡En vez de estar contenta! El se va al cielo, con los angelitos. Los otros angelitos lo han llamao a él pa que se fuera... ¡Y bueno! ¡Usté lo que hace, usté lo sabe bien, es estarle mojando las alas! (1)

La mujer callaba.

—Bueno, ¿no quiere venir con nosotros? ¿No? ¿Le han traído guindao, anís, alguna cosa? ¿Quiere que yo le traiga?

—L'anís no me gusta.

—Bueno, guindao, si quiere, se le puede traer.

—Bueno, guindao, sí.

Frutos Pareja, con las abiertas piernas vacilantes, salió. Fue a la cocina, donde estaban depositadas las bebidas, cogió una botella llena y destapada, volvió a salir.

—¡Metanlén, metanlén no más! ¡Yo pago todito! Por falta'e plata, no va a ser — gritó calmosamente, como si pensara en otra cosa, atravesando por entre la concurrencia. Y tornó al rancho.

La mujer se sentó en la cama. El acercó con un cuidado inútil una mesita. La puso entre los dos. Como no tenía en qué sentarse, volvió al patio, hizo por segunda vez levantar al viejo, que le había ganado la silla, la tomó, cogió también su botella y regresó.

—¡Pucha los pasteles!

Tuvo que tornar por los olvidados pasteles. En el viaje sintió hambre y le metió diente a uno.

—¡Qué mi comadre! — exclamó sentándose.

Y bostezó largamente.

---

(1) La madre no debe llorar. Su dolor retiene al alma del "angelito" y no lo deja volar al cielo.

—¡Pucha —continuó—, lo qu'es no estar acostumbrao a pasar malas noches! Mire, antes, le garanto, era una cosa que yo no perdía fiesta. ¡Claro, qué iba a hacer! Joven uno, con plata... ¿Se da cuenta? Metalé, no más. ¡Pero ahora! Mire, si no hubiera sido porque era mi ahijao, lo que es a mí, esta noche, ni me ven la cara. ¡Ah, no, se lo garanto!

La mujer comía ruidosamente y, con bastante frecuencia, empinaba la copa llenada en seguida solícitamente por Frutos Pareja, que no olvidaba por eso su botella.

Recomenzó la música. Llegaba a la habitación el ruido de las espuelas, las risas, frases cortadas...

—¡Qué hojadre! — ponderó la mujer—. ¿Los hizo doña Carola?

—Sí, pa eso es especial —respondió, encantado, el estanciero con la boca llena.— ¡Tiene una mano, comadre, le garanto!... Tome no más, tome. Le garanto que queda una infinidá de botellas. A mí las cosas me gustan como la gente. En una cosa de éstas, a mí no m'importa la plata. Yo siempre digo que...

En eso se oyó un alboroto, y la música cesó.

—¡Yo te voy a dar pechadas! ¡Te voy a coser a puñaladas...!

—¡Venite! ¡Venite! ¡Venite, desgraciao!

Frutos Pareja salió corriendo. En la puerta del patio tropezó con el tropel de mujeres que huían hacia adentro, despavoridas.

—¡Qué hay! ¡Qué hay!

—¡Medardo y Eusebio que se están peleando!

Frutos Pareja, seguido por la curiosa mirada de las mujeres que, con miedo y todo, querían ver, avanzó hacia un grupo donde todos gritaban sin entenderse.

—¡Respeten! ¡Respeten! — rugió abriéndose cancha a manotazos. Y encarándose con los peleadores, a quienes sujetaban a duras penas, ordenó:

—¡Guarden esas armas, caracho! ¡Cómo ha sido eso, caramba!

—¡Este, que a cada momento me empuja la compañera!

—¡Yo no he empujado a nadie!

—¡Callesé esa boca!—. Frutos Pareja estaba fuera de sí—. ¡Parece mentira! ¡Vengan p'acá ustedes dos! ¡Y a ver, músicos, sigan tocando!

Entraron en la cocina. El dueño de casa, que estaba entre los apartadores, entró también. Y más tarde Medardo y Eusebito, amigados ya, siguieron el baile muy cuidadosos y con sus respectivas compañeras, las cuales todavía no las tenían todas consigo.

Frutos Pareja, olvidado de su comadre, se sentó en el patio, en el asiento que le ofrecieron. El viejo, que ahora quedaba lejos, le sonreía y le hacía señas picarescas para las parejas, a las que poco caso hacía el padrino con la mente hecha un enredo.

En una, el viejo se aproximó para pedirle un cigarro. Y como viera una silla desocupada, se apoderó de ella y la puso junto a la del estanciero. Este, con las piernas estiradas y las manos cruzadas sobre el vientre, ni caso le hizo por seguir mirando sin parpadeos la luna amarillenta y baja, aún.

El padre de la criatura, como una sombra, vagaba entre la concurrencia chupando aquí y allá, de la botella que le ofrecieran.

Las muchachas, encendidas por la danza, por los licores y por los hombres, no hacían más que reirse de cualquier cosa con risas estridentes. Cuatro o cinco viejas, que arrearían después con todas ellas, estaban medio mareadas y medio dormidas entre las achiras de un rincón obscuro. Al frente, sobre un banco, ellas también tenían botellas, copas y platos con pasteles.

—¡Pucha, quién lo viera hace diez años a usté! —decía el viejo a Frutos Pareja.— Mire, le garanto que yo... ¡pagaría por verlo!

—No... yo... ¡eh!... —balbuceaba éste, un poco halagado y otro poco aburrido por el viejo.— A ver, venite

más para acá, Jesusa, que no te puedo ver bien... Así... Otra vueltita... ¡También, tenés un compañero! ¡Ah Maneco! ¡Qué piernas, carancho!

—Vení, sentante, pues —se dirigió al dueño de casa que pasaba como un sonámbulo.

El viejo se levantó para entregar la silla.

—Metelé —siguió don Frutos, brindando la botella a su compadre— ¿o ya estás aflojando?

—¡Qué voy a aflojar! —exclamó el otro sentándose, empinándosela y poniendo cara angustiosa.— ¡He chupao! ¡Y bueno, meta! Un día de vida es vida, ¿noverdá?

—¡Claro! —aprobó Frutos Pareja adoptando de nuevo su cómoda postura—. ¡Hay que meterle! Y si se acaba, se manda buscar más, aunque sea al pueblo. Y se trae más, y se chupa, y siga para adelante. Por falta de plata no va a ser.

—¡Oh! —terció, en cuclillas, el viejo, que era todo oídos—, ¡lo que es por eso!

—Metele vos también.

El viejo no se hizo ordenar dos veces.

Frutos Pareja volvió a clavar los ojos en el cielo. Desplegada, su mano acariciaba la barba de arriba a abajo, cada vez más lenta y levemente a medida que se hundía en su ensimismamiento. Miraba y miraba la luna, esforzándose por encontrar en sus manchas al Niño Dios, a José y a la Virgen y al burrito. Recordaba que desde que dejó de ser gurí no los pudo ver más. Y, ahora, le había dado por entristecerse con eso. Ya no veía nada. Tuco, el finadito su hermano, decía que veía patente hasta el apero del burrito. "Buena cabezada'e plata y oro; cojinillo'e chivo"... El, tanto, no vió nunca... El, lo que veía siempre... siempre...

—Es al cohete —suspiró con tristeza—. Uno se va quedando cada vez más abajo, más abajo, hasta que se pone rente con la tierra, como ofertandosé pa la tragada. Antes...

—Le garanto que por verlo a usté en un baile, cuando era joven...

—¡Callesé, canejo, so cargoso'e diablos! — rugió Frutos Pareja.

El viejo, siempre en cuclillas, casi pega con los fondillos en el suelo.

Frutos Pareja se sacudió un momento, todavía. Luego volvió a entrar en la correntada de sus pensamientos.

—Antes, antes... ¡Si yo me hubiera muerto de gurí!... Tata Dios, sentao en una nube, muy serio —sonrió—. Nosotros, una bandada de angelitos, campeando las estrellas... La Virgen cuidandonós, no sea cosa que nos fuéramos muy lejos... Y después, a la nochecita... Así creíamos todos nosotros.

Mientras tanto, la madre del angelito, sola en su cuarto, bebía también y comía pasteles. ¡Le producía tanto bien aquel licor rojizo! La cabeza parecía habérsele hecho grande y liviana. Ella se iba sintiendo distinta, cada vez más distinta a medida que, como empujada, se hundía en sí misma y se encontraba con cosas extrañas, sin formas definidas ni colores, pero hermosas y buenas. Escuchaba en su interior una música arrobadora que fibra por fibra la estremecía dulcemente. Parecía que alguien hubiera levantado de pronto un denso velo ante sus ojos inmóviles y afiebrados, mostrándole visiones que se movían en su conciencia como hojas en un cauce. Se distraía entre aquellas sensaciones que no podía fijar. Súbitamente, una idea más viva empezaba a girar cubriéndole las otras; a girar como tizón ardiendo, en veinte desiguales aros de luz que se unían después hechos hilos de agua y se le deslizaban hacia algo donde ella sabía que ya no los podía seguir...

Un cuchicheo del lado de la ventana opuesta al patio la volvió a la realidad. Vaciló un momento. Como el rumor persistiera, se levantó sin hacer ruido y se acercó a la ventana. En la obscuridad, a través de los arbustos, distinguió a un hombre y a una muchacha.

—"¡No! ¡No!

—"¡Dejate de partes!

—"¡No, no, dejame!" — escuchó.

Acercó más el oído...

—¿Quienes serán? ¿Quienes serán? ¡Parece mentira! ¡No respetan a m'hijito! — sollozaba ella—. ¡Están en el ombú! ¡Todos son iguales!

Se tumbó violentamente en la cama. Y pronto los dulces ensueños la volvieron a llevar lejísimo de la fiesta y de lo que en ella sucedía. De cuando en cuando bebía una copa.

—¿Qué tal? —se oyó la voz del marido que se había detenido en la puerta con los párpados cayéndosele—. ¿Se durmió, amiga?

Ella se incorporó a medias.

—Vení, sentate. Sentate aquí — le dijo.

El se sentó en la cama, la cabeza sobre el pecho, mirando el suelo.

—¡He chupao! —exclamó de pronto—. ¡Estamos toditos mamaos! ¡Toditos! ¡Meta! ¡Hay que meterle! ¡Qué padrino, compañera! ¡Esos son padrinos! ¡Todo el mundo mamao!

—Callate, callate la boca —rogó ella—. ¿Pa qué hablás? ¿No estamos lindo, así, sin hablar nada?

El, sin hacer caso, continuó:

—¡Y todo bueno! Buen pastel, buena empanada, buena caña, buenos licores... ¡Y todo a bocha! Se ha traído casi medio tercio de yerba; y azúcar, café, tabaco... El así dice: "A mí, las cosas, derecho viejo, no más. Yo soy padrino, yo pago todo, y no quiero que después salgan con habladurías de que escaseó esto y lo otro". Lo qu'es, le garanto, amiga, que todo el mundo está encantao.

—¡Respeten! ¡Respeten! —se oyó gritar a Frutos Pareja en el patio—. ¡Guarden esas armas, mocosos! ¡Aquí tiene que haber orden o curto a todo el mundo a rebencazos! ¡Guarde esa daga, so atrevido!

Hubo un confuso rumor de voces. En seguida, se escuchó de nuevo la voz ronca, despaciosa de Frutos Pareja.

—¡A ver, músicos, sigan!

Al rato, Isidro, tambaleando, abandonó el cuarto.

Junto al pequeño ataúd se detuvo y arregló inútilmente la flores, puesto que estaban bien. Advirtiendo sobre los ojos las dos monedas de oro, que daban aspecto terrible a la carita pálida del niño, exclamó, sin sombra de codicia, sinceramente admirado:

—¡Esto sí es padrino!

Salió. Los músicos descansaban. Bajo la ya alta luna la concurrencia ocupaba bancos, sillas, cajones diseminados por el patio. Algunos hombres hablaban en alta voz y jaraneaban; otros decían al oído de la compañera palabras que nadie sino ella debía escuchar... Dos novios, a la sombra del ceibo, no hacían más que mirarse apretándose las manos, a escondidas. El sueño rondaba cerca. Sueño que despertaba en cada cual deseos grandes de no acostarse solo aquella noche...

Isidoro buscó con la vista a Frutos Pareja. Al no hallarlo, enderezó a la cocina. Allí lo encontró muy ufano, mateando con varios viejos de largas y anchas barbas, serios como toros.

—¿Qué tal, qué tal? —le dijo don Frutos—. Está buena la fiesta, ¿eh? A mí las cosas me gustan así.

Y dirigiéndose a los viejos, preguntó:

—¿Noverdá?

Sólo las barbas se conmovieron cuando los cuatro, muy tiesamente sentados, respondieron, a una:

—¡No hay nada que hacerle!

Carola, la vieja negra, entró a retirar un plato de pasteles.

—¿Y Margara? ¿Le han llevao algo? —inquirió ella—. A nosotras no nos deja entrar.

—Sí, ya se le ha llevao. Yo mismito le he llevao de todo.

—Hoy nos sacó pisando a mí y a las otras.

—¡Y... la pobre...! —disculpó Frutos Pareja mirando a los ancianos— ella siempre ha sido medio chiflada... Y ahora... con esta...

—Nosotras no queremos entrar más, por eso, patrón.

—Sí, dejenlán tranquila, no la anden amolando.

El marido repitió:

—Dejenlán. Dejenlán —y quedó de nuevo vacío.

—Hacé venir a los músicos p'acá, Carola —ordenó Frutos Pareja cuando ésta salía—. Que dejen sus bártulos y que vengan, los pobres.

Al verlos llegar, les dijo:

—Entren señores, y sirvansén de lo que gusten y no anden con cumplimientos. ¿Están de descanso?

—Es verdá. Tuvimos que dejarlos un rato con las ganas, pa descansar. Porque si es por ellos, siguen bailando sin parar hasta el día — contestó uno de los guitarreros.

—¡La joventú! —suspiró Frutos Pareja—. ¡Tan linda qu'es, tan linda!...

El menos borracho de los viejos, aprobó:

—¡Sí, cómo no!

Y los otros tres exclamaron en coro, graves y como obligados.

—¡Sí, cómo no!

Claramente llegaban a la cocina las voces del patio.

—¡Pague prenda!... ¡Pague prenda!...

—Amigo, la juventú... — musitó otra vez Frutos Pareja, con la vista en el suelo.

—El dueño d'esta prenda ¿qué pena merece?

—Que cante como el gallo.

—¡Muy bien!... ¡Como el gallo...! ¡Como el gallo...!

Una voz varonil, bronca del beberaje, gritó de manera horripilante:

—¡Kikirikí! ¡Kikirikí!

—El dueño d'esta prend...

La palabra no terminó. Se hizo un silencio profundo, interrumpido por cortados cuchicheos.

—¿Qué ha pasao? — se preguntó Frutos Pareja incorporándose y saliendo de la cocina.

Los ancianos permanecieron como estacas. Pero los demás lo siguieron, viendo entonces que la gente del patio se había agrupado frente a la pieza mortuoria.

Al llegar Frutos Pareja, alguien se le acercó.

—¡El angelito no está! ¡Ha desaparecido! Es alguna judiada de alguno!

Las mujeres temblaban como si un viento frío hubiera llegado de repente. El grupo se abrió para dejar pasar a los que arrastraban a una vieja, a la que le había dado el mal...

Mudo, con los ojos saltados por la indignación, Frutos Pareja entró solo en el cuarto, pisando flores derramadas del ataúd vacío. Iba a darse vuelta para increpar a los concurrentes cuando, al oír algo, se acercó a la puerta de la vecina habitación. La entreabrió y se quedó helado. Sentada en la cama, plegados los labios por una sonrisa extática, los ojos en el techo, estaba la madre con su niño en brazos. No bajaba la vista como para no posarla en donde no quería.

—¡Ah, ah, ah!... ¡Ah, ah, ah!... — canturreaba, meciéndolo.

—¡Pero comadre! —exclamó Frutos Pareja—. ¡Qué hace, comadre!

La mujer, lanzando un grito de pavor, se arrojó sobre el lecho y ocultó con su cuerpo el rígido cuerpito.

Todavía, no

AL pararse el carro que llevaba el cajón, el cortejo se paró, también. Alguien agarró las riendas del caballo del único doliente. Este, recién entonces, se bajó. El sombrero sobre los ojos, la barba descuidada, envuelto en el poncho negro, dió algunos pasos como dormido, sin saber dónde debía situarse.

Cavaban ya con la pala traída en el carro. Dos hombres, cogiendo el cajón por los extremos, lo bajaron y lo pusieron en el suelo. Advirtiendo lo liviano que era, uno de ellos exclamó:

—¡La pobre estaba ya como un pajarito!

Y cortó la frase, tornándose como todos menos el doliente, al oír un galope.

—Son los Pérez — dijo uno.

Eran los Pérez que, demorados quién sabe por qué cosa, llegaban recién al entierro.

—Te acompaño en sentimiento, Vicente —dijeron a su vez los dos hermanos.

Vicente, sin mirarlos, sacó de abajo del pecho la mano para que se la estrecharan. Después, volvió a esconderla, con los ojos siempre fijos en el suelo. Allí, al ladito, entre el pasto verde, el pozo se estaba haciendo cada vez más grande. Pero crecía con lentitud desesperante. Los hombres se turnaban y no acababan nunca. Vicente de buena gana se hubiera retirado unos pasos para no sentir el olor a tierra, que le hacía el efecto de estarla comiendo, de tenerla en la garganta. Y no quitaba los ojos del hueco donde, hasta las rodillas ya, se metía el que poceaba.

—Deme, le voy a dar una mano — se ofertaba alguno arrebatando la pala. Y la dejaba caer y la hundía más, a fuerza de pierna.

Todos se fueron amontonando alrededor de Vicente y del pozo, daban indicaciones, hablaban de cualquier cosa. Junto al carro, el cajón quedó abandonado.

Cuando la fosa estuvo dispuesta, alguien miró para todos lados sobrecogido de inquietud al acordarse del "cuerpo" y no hallarlo...

El cajón fue puesto sobre un maneador doblado. Todo el mundo, entonces, se llevó la mano al sombrero.

La cara de Vicente estaba blanca; blanca como si el corazón, cuyo frío sentía, le hubiera negado sangre.

—¿Destapamos, hermano? — consultó en voz baja Pedro Ibarra.

Con los ojos tan abiertos que parecían no ver nada, Vicente alzó los hombros lentamente y los dejó caer de golpe, con fuerza, echando atrás la cabeza. Y los volvió a alzar y se quedó así, sin hablar palabra.

—Bueno, mejor no destapamos — resolvió Pedro.— Mejor no detapamos.

El cajón quedó metido en la fosa.

Pedro, el primero, besó un terrón y lo arrojó sobre el ataúd. Vicente se llevó otro a los labios y lo dejó caer. Todos siguieron tirando tierra. Aquello resonaba como sordo tambor. Hasta que apenas sonó ya porque los terrones caían ahora sobre terrones. Entonces, a fuerza de pala, se acabó de tapar.

Los que iban a tomar otro rumbo que el de Vicente, a quien se llevaban los Ibarra, antes de montar se despidieron. Los demás, mientras les venía bien el camino, fueron acompañando al doliente. Los Bacino se abrieron en el "bajo'e Cuevas"; don Reinaldo y Eusebio, antes de pasar el arroyo; después que lo vadearon los cinco Echeverry. De ahí que cuando llegaron a lo de Ibarra sólo iban con ellos los peones, el pardo Luna, el viejo Eustaquio y don Marcial.

—¿No gustan abajarse a amarguiar? — invitó uno de los Ibarra.

Agradecieron los jinetes y, ofreciéndose a Vicente para lo que precisara, se despidieron y siguieron trotando.

*
* *

Los Ibarra, que eran como hermanos con Vicente, habían decidido que pasara allí los primeros días. El había aceptado por no hablar, por no negarse, sabiendo que le iban a hacer instancia. Al principio, creyó que era lo mismo estar en su casa que en la de sus amigos. Después, vió bien claro que lo que él quería y necesitaba era estar solo. Pero...

En cuanto se sentaron, la madre de los Ibarra, Jesusa recién llegada después de deber cerrado todo, de la casa de la difunta, sirvió a Vicente una gran taza de leche caliente y un pedazo de pan con grasa.

—Tomá, m'hijo. Desde ayer casi no probás nada. Con eso, lo que harás es agarrarte una enfermedá.

La boca de Vicente se crispó como para llorar, los ojos le ardieron al brillar llenos de agua, pero se contuvo. Cuando inclinó la cabeza sobre la taza, mirándola sin verla, dos lágrimas cayeron en la leche.

—¡Tome, m'hijo! ¡No sea así! — insitía la señora.

Sin ganas ningunas, pero también sin voluntad para nada, Vicente fue, despacio, tomando toda la leche, comiendo todo el pan. Después, cuando doña Jesusa pasó a su lado, le entregó la taza.

El menor de los Ibarra, Pedro, que mateaba con la caldera entre las piernas, le ofreció:

—¿Querés un mate?

—Bueno.

—Mirá, tenés nata en el bigote.

Vicente buscó torpemente en sus bolsillos y sacó todo lo que en ellos había. Hasta que encontró el pañuelo y se limpió. Luego, empezó a sorber el mate.

—¿Querés armar?

—No, yo tengo.

—Pero negro. Mejor fumá blanco.

—No, blanco no; no le siento gusto.

Armó un cigarro y se puso a fumar.

¡Ah, si no le hablaran!, ¡si no le preguntaran nada!, ¡si lo dejaran quieto! ¡El se sentía envolver por tantos recuerdos...! Y a cada momento le cortaban los hilos: "Mama... mama... tan buena ¡y qué vida llevó...!". "..Y esos ojos que tenía siempre... Ojos de... ¡Sí, igualitos, igualitos! De oveja desangrándose, de ovejita...".

—¿Pero y Alberto? ¿Qué se ha hecho? —interrumpió Pedro.— Quedó desensillando y... ¿Mama, y Alberto?

—Agarró para el bajo.

—¿De a pie?

—No, en el oscuro.

—Pero, ¿y qué diablos fue a hacer?

El pobre Pedro, no encontrando de qué hablar, decía cualquier cosa porque le inquietaba el silencio al lado de

su amigo. Quería distraerlo, hacerlo mover... Y, al momento, volvía:

—¡Pucha, mire que este Alberto!

—¡Tan santa! — pensaba Vicente—. Yo con ella fuí un sabandija. El finao, no digo... Tenía sus preocupaciones y... se olvidaba de cómo tenía que ser con ella. ¡Pero yo! ¡Yo, de gusto! ¡Qué cosa! ¡Qué cosa!

—¿Está frión?

—No, todavía...

—Sí, está. Vamos a traer la otra caldera, y lo damos vuelta.

Sin alzar la cabeza, Vicente miró hacia la puerta para ver quien entraba. Y vió a Carmen, la hermana de los Ibarra.

—¿No quiere un poco de leche, Vicente? — preguntó la joven, acercándose compasiva.

—No. Recién me dió doña Jesusa.

—¿Ah, sí?... Pero mal no le va a hacer otro poco.

—No, gracias.

—¿Y un poco de pan y queso? Se va a pasar de debilidá. Desde ayer no prueba nada. Quiere, ¿eh?

—No gracia. Estoy mateando...

Y tuvo que hacer un esfuerzo tremendo, un esfuerzo que lo hizo temblar, para no incorporarse y echarlos a la puta a todos y salir campo afuera. Pero este arranque injusto lo aplastó más. No había nada que hacerle: él era malísimo. "¡Mire que enojarme con los Ibarra! ¡Si soy peor que tigre!".

—Tome, está como nuevo — dijo Pedro alargándole el mate.

Ante lo cariñoso de la voz, Vicente exclamó ahogadamente:

—¡Yo les agradezco, hermano, cómo son ustedes conmigo!

—Pero dejesé de amolar, pues. — Y palmeándole el hombro: —Bueno— agregó el amigo—, hay que ser fuerte, hermano. Hay que dominarse.

—¡Pucha que son buenos ustedes conmigo!

La tarde caía insensiblemente. Balaban los terneros encerrados en el corral, separados de las madres, que andaban por el campo tragando para la leche. De cuando en cuando, alguna, al toparse entre los balidos con el de su hijo, daba un mugido hondo, resignado.

Como gasas violetas caían sobre el mundo.

Alberto llegó por fin.

—El azulejo anda manco.

—¿Eh?

—Sí. Estaba desensillado y lo ví de lejos y me pareció. Fuí, y está manco, no más. Seguramente alguna patada.

—Ha sido el rosillo. Es un animal idioso. En fija que fue él. ¡Pucha, mire qu'es idioso!... — seguía Pedro, dando al hecho, con tal de hablar, una importancia que no tenía.

—Y ¿qué tal? — dijo Alberto dirigiéndose a Vicente.

Este, sin saber qué decir, alzando los hombros respondió:

—Aquí andamos, caminando.

Cada vez sentía ganas más grandes de estar solo. El dolor de cabeza le empezaba a zumbar, seguramente de tanto fumar y matear toda la noche y todo el día. Como la cocina estaba demasiado obscura, habían encendido un candil. El olor que desde el velorio Vicente tenía como pegado a las narices, olor a sebo, se acentuó más, entonces, y le hacía daño.

La vieja Jesusa, disponiéndose a preparar la comida, arrimó al fogón unos troncos y animó el fuego a soplidos por una larga caña hueca.

—¿Vamo a salir para afuera? ¡Aquí hace un calor!...

—Por mí, vamos.

Se sentaron en el patio. Los hermanos charlaban tratando de mezclar a Vicente en la conversación. La muchacha y Jesusa también se sentaban a ocasiones. Vicente decía a veces cualquier cosa porque le parecía que estaba mal permanecer tan callado; pero en cuanto hablaba le parecía que él no debía hablar. Además, se oía extrañamente, como

si por su boca saliera la voz de alguien que no era él...

Cuando la comida estuvo pronta se sentaron a la mesa en la misma cocina, porque Vicente no era de cumplimiento.

Comieron en silencio. Arrepentido de su arranque de rabia contra los Ibarra, Vicente se sentía incapaz de contradecirlos en nada. Aguantando el estómago que se le rebelaba, repitió la sopa, repitió el asado y los fideos con leche.

El silencio sólo lo turbaba alguno de la familia para decir:

—Che, Vicente, metele a esta presa. Esa está medio crudona.

—Si te gusta más gordo, avisá.

—¡Tome, m'hijo, otro poco!

Vicente hacía caso a todos. Comía gordo y flaco, crudo y tostado. Todo era lo mismo para su estómago revuelto. De cuando en cuando alzaba la vista, y al que mirara lo encontraba con los ojos compasivos clavados en él. Sentía entonces un escalofrío. Y aunque con eso se mortificaba, volvía a fijarse de repente en otro, esperanzado en que no lo mirara. Pero sus ojos se cruzaban siempre con otros ojos tristes que se ladeaban al verse sorprendidos.

Por fin se acostaron.

Y al poco rato la carne fatigada de tanto ajetreo le paró las ideas y lo hundió en el sueño.

*
* *

Ya estaba alto el sol cuando se despertó. Al principio se extrañó de ver una guitarra colgada en la pared; de hallar dos camas más, al lado de la suya. Después, se acordó de todo.

La señora, que lo espiaba de vez en cuando, al sentirlo despierto entró con un mate de leche.

—¡Pero caramba, se fue a incomodar, doña Jesusa!

—¡Valiente!

Se sentó en la cama. Mientras sorbía el mate, seguía la charla a doña Jesusa.

—Ahí abajo tenés unas alpargatas. Ansina no te ponés las botas y estás más cómodo.

—Sí, es mejor. ¡Pucha, deben de ser... como las ocho!

—No, m'hijo. Y con las malas noches que has pasao...

—Caí a la cama como plomo, le garanto.

—¡Me figuro, hijo de Dios!

Carmen también entró en el cuarto. Vicente sonrió al oír sus palabras.

—¡Dormilón! ¡Mire que horas!

—Me palpita que usté recién se levanta.

—¿Yo, mal agradecido? ¡Si ordeñé la leche que está tomando!

—Salí, mentirosa, haragana — terció Jesusa, riendo. — Bueno, vamos — ordenó cuando Vicente le entregó el mate—. Dejá que se levante.

El se empezó a vestir. Se había calzado una bota, pero se la sacó al acordarse de la recomendación de doña Jesusa y se puso las alpargatas. Después se lavó, se peinó y, recogiendo el sombrero, salió del cuarto.

El sol amarilleaba y daba a todo un temblor de oro. A lo lejos se veía el ganado, el río, los montes. Más cerca, las majadas adelgazadas por la esquila. Sintiendo un claro ¡Rrrr! ¡Rrrr!... miró hacia el patio. Carmen se rodeaba de patos y de gallinas, a los que echaba puñados del maíz que llevaba en su delantal recogido por las puntas.

—¡Rrrr...! ¡Rrrr!

A galope tendido llegaban más gallos y gallinas y patos desde el campo. Estos últimos se desesperaban sintiendo que su pesadez los dejaba a retaguardia, y tornaban la cabeza para ver si se podían alegrar con llevarle la delantera a alguno.

—¡Rrrr!... ¡Rrrr!... ¡Rrrr!... ¡No seas mala, ceniza, no piques!... ¡Rrrr!... Rrrr!... Bataraza ¡corré que te quedás afuera! ¡Salí gandul, glotón!... ¡Rrrr!... ¡Rrrr!...

Cuando ya le quedaba poco maíz, se dirigió hacia el

ombú, donde una blanca gallinita ciega la esperaba sin moverse, sabiendo que llegaría. Carmen tomó un puñado y, acercándole la mano, la dejó comer.

—¡Pobrecita! ¡Lo que es allí no se puede estar! Se empujan, se pican... ¡Pobrecita, si vas allí, te matan!

El pico de la ciega, cuando erraba el grano, le hacía cosquillas en la palma. Carmen reía.

—¡Chocha, estás chocha, mi querida!

Vicente se había quedado a unos pasos de la puerta. Ante aquello tan claro que veía, las tinieblas que el sueño ahuyentó empezaron a caer lentamente en su alma. Desde bien abajo, como cuando se pulsa despacito, una por una, las cuerdas de una guitarra, así le fue viniendo la tristeza; grave, honda, confusa, cada vez más nítida, después, hasta hacerse agudísima, desgarrante. De todos lados le subía el dolor para definírsele en la conciencia. Como en nubes espesas se elevaba hasta condensarse arriba...

—¡Yo me tengo que ir a casa! ¡Yo me tengo que ir a casa! — sollozó.

Toda la mañana pasó repitiéndose lo mismo.

E, imponiéndose a todos, esa noche ya durmió en su casa.

*

* *

Los primeros días recorría el campito, curaba alguna oveja, ordeñaba, hasta buscó y rebuscó unas hormas de hacer queso, que halló cuando ya había decidido no hacerlos... Pero se empezó a abandonar poco a poco, desentendiéndose de todo. Parecía que tenía dentro otro hombre que le examinaba su vida y que no lo dejaba un momento a solas. Cosas que antes habían impreso huellas en su espíritu, aparecían ahora extrañamente evocadas por un deseo que se gozaba en mortificarlo.

Desde niño le llamó la atención la mirada de su madre, mirada que no tenía la madre de los Ibarra —él, una

vez, la fue a ver adrede— ni la del finado Tuquito, aquel tan compañero suyo. Al revés de las otras, su madre no le pegó nunca por ninguna diablura, y le ocultaba todo a su padre que, de pegar, pegaría con el rebenque, sin duda alguna. Desde gurí, pues, le pareció que su madre lo quería más que otras madres a sus hijos, porque a Pedro y a Alberto doña Jesusa les sacudía la badana vuelta a vuelta. ¡Y en cuanto a Tuquito!... El niño se empezó a sentir atado a aquella mirada doliente que lo seguía a todas partes, hasta cuando estaba lejos de los ojos de su madre; a sentirse atraído con ese motivo a pensar en algo, como los círculos del agua agitada atraen hacia un punto invisible en lo hondo.

Cuando su padre llegaba del campo y pedía el mate; cuando estando en las casas le gritaba que le trajese cualquier cosa, ella se atolondraba toda y se desesperaba por andar pronto. Vicente, un día, apenas andaría en los siete años, le preguntó, a solas, mientras ella lo tenía en las faldas cosiéndole un trabón:

—Mama ¿usté le tiene miedo a tata?

—¡Pero m'hijito! ¡Por qué dice eso! — exclamó la madre con los ojos brillantes. — ¡Eso no se dice! ¡Si no, Dios lo castiga! ¡Ya sabe, cuidadito! ¿Por qué dice eso, m'hijo querido!

—No — tranquilizó sonriendo, el gurí —, porque, si usté quiere, cuando yo sea grande lo dejamos solo y yo me la llevo para mi casa.

Ella, muda, lo apretó contra su pecho, con la cabeza erguida y los ojos en lo alto, para no mirarlo. Un rato estuvieron así; él, prendiendo y desprendiendo un botón de la bata de su madre; ésta, la vista opaca perdida en el azul profundísimo del cielo. Después, sin mirarlo todavía, musitó:

—¡Si usté vuelve a decir esto, yo no lo voy a querer más!

Cierta vez, desde un rincón, vió que su padre, porque

ella no le traía ligero los escarpines, le arrojó una bota a la cabeza. El niño soltó el llanto. Su madre, tapándose la herida con el pelo, corrió y lo alzó, conteniendo las lágrimas. El hombre, entonces, se acercó también, mostrando los dientes en una sonrisa forzada y horrible.

—¿Por qué llora, amigo? — dijo —. ¡No llore! ¡No sea bobo! No ve qu'es jugando?

—¡Sí, jug...ando! ¡Cómo no! — sollozaba el gurí.

—¡Sí, m'hijo! ¡No sea bobo! ¡Jugando! — murmuró la madre—. Vaya y lavesé la cara! ¡Y no sea así!

Vicente salió. Mientras se dirigía al barril del patio, oyó a su padre:

—¡Pucha!... también... yo tengo un genio!

Y.. la dulce voz de la madre disculpaba:

—¡No seas bobo! ¡Demasiado sé yo!

Su madre no era feliz. "Tata será bueno, pero con eso no se saca nada" — pensaba el niño—. "El genio es una cosa...".

A veces sentado, apoyada la mejilla en la mano, con esa seriedad prematura de los que van a sufrir mucho, pensaba largamente sobre el "genio". Don Ibarra, con ser ya viejo, solía hacer morir de risa a la gurisada. La atropellaba fingiéndose toro, le prendía una cola a doña Jesusa y empezaba a hacerle ¡Cuac! ¡Cuac!, como un zorro, o, cuando los niños organizaban bailes, vistiendo a Tuquito de mujer para acompañar a Carmen, se les aparecía con doña Jesusa a rastras como a participar del jolgorio... Y a don Juan (1) lo contaba lindísimo. ¡Pero su padre, nada! Siempre ceñudo y reservado, siempre seco. ¡Tan pocas veces lo vió reír el niño! En su casa la risa no se oía nunca. "Nosotros no nos reímos", pensó muchas veces. "Somos muy serios, ¡de más!". "Bueno, como los Ibarra son ricos y nosotros somos pobres...". "Pero ¿y Tuquito, que está siempre con los dientes afuera? Ellos son más pobres, todavía...".

---

(1) **Don Juan:** así se designa al zorro en las fábulas del campo.

Poco a poco fue dándose cuenta de que no sentía cariño por su padre. Su presencia enfriaba la alegría. Había en él algo que alejaba al mismo tiempo que infundía respeto o miedo. Estando él en "las casas", el niño dejaba de jugar, no hablaba. Se tenía que quedar quieto... Su madre, a cada paso, repetíale, entonces: — "Tenga juicio, m'hijo, qu'está tata". "No meta bulla, que a él le incomoda...". Por eso, Vicente se ponía contentísimo cuando su padre hacía aquellas salidas que duraban varios días "pa recorrer la gente", como le oía decir. El gurí no se explicaba qué era esto; pero deseaba tales recorridas que le permitían estar a su antojo y dormir con su madre y hacer visitas, sintiéndose ambos más libres.

Su padre se iba transformando para él en algo aborrecible, cuando una circunstancia vino a cambiar por completo sus sentimientos. Estalló la tan esperada revolución. Al salir con la gurisada al camino para ver a los guerreros que dejaban el monte, Vicente distinguió a su padre a la cabeza de la columna, espléndido en el tostado de gran alzada, echado hacia atrás, flotante el poncho, el sombrero a la nuca, y se le ocurrió en seguida:

—¿Cómo no va a ser tata como es, si es un jefe?

Su padre, alzando el brazo, le gritó:

—¡Adiós, m'hijo!

Y él, erguido en puntas de pie por una fuerza interior, gritó con toda su alma:

—¡Vívaa!

Pedro, Alberto, Tuquito, empezaron también a dar vivas. Pero ninguno tuvo, del único de Vicente, el acento fiero.

Corriendo loco de alegría, volvió a su casa. Al entrar, encontró a su madre de duelo. El la acarició, le apartó el pelo de la cara y le dijo, contrariado:

—El de jefe y usté llorando! ¡No hay que llorar, mamita!

Esa misma tarde le dió un susto a su madre. El hijo del

gallego quintero de los Ibarra, quizá repitiendo lo oído al peninsular, dijo que los que iban a la guerra eran unos brutos y "atrasados". Vicente, ciego de rabia, se le fue encima clavándole las uñas; pero el otro, con un palo, lo trajo al suelo.

Cuando volvió en sí, su madre, llorando y besándolo, lo tenía en brazos. Sus tres amigos los rodeaban. Y, ya solos los cuatro, Tuquito le dijo, mostrando sus dientitos en la constante sonrisa:

—¿Vistes? Tata iba en el doradillo de don Ibarra.

—Sí, se lo regaló tata, que iba en el zaino — atestiguaban los otros.

—Sí, sí — mentía Vicente, que no había visto a nadie más que a su padre.

La guerra, terrible, sin cuartel, devastaba el país. De cuando en cuando llegaba la noticia de que en tal parte habían peleado, de que habían ganado, de que habían perdido... Todas las noches, de rodillas junto a la cama de su madre, donde entonces dormía, el gurí rogaba con ella por el guerrero ausente.

—Pa que no le pase nada; pa que no lo vayan a herir... — decía su madre, primero.

Y brotaba luego el murmullo de los dos:

—Padre nuestro qu'estás en los cielos, santificao sea tu nombre...

—Pa que se acabe pronto la guerra — volvía a alzarse la voz.

Y recomenzaban:

—Padre nuestro que estás en los cielos...

Luego, la madre lo arrebujaba bien.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

Besábalo en la frente y el gurí, cansado de potrear todo el día, se dormía acurrucado, como un cuzquito, a la tibieza del cuerpo de su madre.

Una noche obscurísima y fría estaban por acostarse ya,

cuando sintieron como que mucha gente pasaba por el camino.

—¿Cuálos serán, mama? ¿No andará tata?

—No, m'hijo. Son la gente de Fernández, que estaba acampada en el río.

—¡Ah, si los agarra tata! ¡Qué se apronten!

Dormía desde largo tiempo, cuando lo despertó su madre al saltar de la cama. A lo obscuro, no la pudo distinguir. El niño escuchó el ladrido del cuzco, y oyó casi junto a la puerta, un '¡'Fuera, perro!", muy bajito.

—No se mueva, m'hijo, no tenga miedo — lo recomendó la madre al oído. Y la sintió registrar el cajón de la mesa.

Con el mango de un rebenque, golpearon.

—¡Abran! ¡Buenas noches!

—¿Quién es? — oyó a su madre con voz entera.

—¡Abran! ¡Abran!

—¡Vayansén! ¡Aquí no tienen nadita que hacer!

Por toda contestación, alguien se echó sobre la puerta...

Y en eso resonó un estampido, y a la luz que hizo, Vicente vió a su madre junto a la puerta con una pistola en la mano.

Afuera se oyó un alboroto; en seguida, galope desenfrenado.

Al otro día, cerca de la puerta y por el patio había manchas de sangre.

Para estar más seguros se fueron a vivir a lo de Ibarra, a la vieja Estancia de gruesas paredes de piedra y puertas con trancas de fierro que, en tiempos del virreinato, resistió más de una vez el malón de la indiana.

Los tres niños —Pedro, Alberto y Vicente— dormían juntos. Y, algunas noches, hubo que dejar quedar a Tuquito, que todas las tardecitas se iba de duelo.

Por fin se acabó la guerra. Como al mes cayó la gente al pago. El día anterior se hicieron pasteles, tortas, empa-

nadas; se guardaban bien, "por los ratones", y las mujeres marchaban apuradas a la casa de Tuquito, de donde salían gemidos y gritos desgarradores.

Antes de acudir ella también, Doña Jesusa improvisó a éste una blusa negra y lo dejó en la Estancia para que no anduviera incomodando en su casa.

*
* *

De vuelta de la guerra su padre siguió siendo el mismo. Por cualquier cosa se encolerizaba con su mujer, que si a veces no lloraba era por el niño. Siempre pálida, siempre con aquellos ojos tristes cuya mirada parecía tener una extraña, lejana querencia, la madre volvió a ser una sombra en la casa.

Vicente fue perdiendo el miedo a su padre. Un día le alzó no más la voz, con gesto duro. Y, al rato, al mirarlo Vicente de reojo, lo sorprendió con la vista clavada en él, apagado entre los labios el cigarro, sonriente, embobado.

El niño tendría entonces once años.

Después, un domingo de elecciones, en un coche trajeron muerto a su padre. En medio del llanto de su madre y de las mujeres que la acompañaban, resonó la voz del gurí, ahogada por el dolor y la rabia:

—¡Me la van a pagar! ¡Que yo los agarre, malditos!

Y al sentarlo su madre en las faldas, él se acurrucó en ella sollozando infantilmente, extenuado por el furioso esfuerzo.

Cuando él pudo trabajar, quedó sólo uno de los peones que se habían tomado. Vicente era patrón. Ya no hubo otra voluntad que la suya. Su madre volvió a ser lo de antes: una sombra.

Poco a poco, Vicente se fue dando cuenta de que era igual a su padre; indomable hasta por él mismo. Cualquier

cosa producíale violentos arranques. Después se tranquilizaba, mimaba a su madre si le había hecho algo, y sufría porque hacía sufrir. "¡Pero caramba — se decía de repente — yo... yo tengo buenos sentimientos, y hago cada cosa!...". Pasaba días hecho una seda. Cariñoso, atento... Volvió de la pulpería con cuanta cosa hallaba que pudiera gustar a su madre... Pero una circunstancia cualquiera hacía brotar otra vez en llamaradas el fuego que tenía adentro.

Una mañana, a mediodía, volvió del campo indignado porque el zaino se le había mancado en una vizcachera. Renegó un rato con los bichos, con los pozos, hasta con el caballo y, ya casi desahogado, desensilló. Se sentó a la mesa. Su madre sirvió la sopa. Al llevarse la cuchara a los labios, Vicente sintió que el caldo estaba demasiado caliente. Tiró lejos la cuchara, hizo volar el plato, y se incorporó con los ojos saltados, mudo de rabia.

—¡Ah, se quemó, m'hijito! — tembló la voz de la madre con el doble susto de que su hijo se hubiera hecho daño y de las consecuencias de su ira. No se animaba a moverse. Sus ojos, donde se pintaban el dolor y el miedo, lo miraban rodeados por el mar de arrugas de la cara en pucheros.

Vicente la vió. Tuvo ganas de caer de rodillas. Y salió hacia su cuarto vuelta contra él la rabia.

Al rato entró su madre llevando una taza por la que asomaba una bombilla rodeada de amarillenta espuma.

—Vicente, tomá este candialcito. ¡No has comido nada!...

Dijo esto con recelo, esperando algún manotazo, alguna contestación dura. No alzaba los ojos del suelo como culpándose de todo.

El cogió la tasa y empezó a sorber.

—¿Está bien de azúcar? — preguntó ella, más animosa, buscándole los ojos.

—Sí, mama.

Vicente quería hablar y no podía. No sabía cómo ni de qué. De pronto alargó la mano hacia su madre, diciendo en voz baja:

—Mire, tiene una hebra — y retiró un hilito blanco de la negra bata de ella.

Eso no fue una caricia, pero como tal lo sintieron los dos. Una alegría intensa, una infinita ternura inundaban el alma de Vicente. Tenía ganas de abrazar a su madre, de darle un beso... Y, de pronto, salió con:

—¿Y qué le parece, mama, si fuéramos a hacer una visita a los Monduteises?

—¡Pero muchacho!...

—¡Sí, sí, vamos! Siempre está encerrada... Hay que pasear. ¿Eh? ¿Vamos?

—¡Pero muchacho!...

—Bueno, apróntese. Yo voy a ir ensillando. Aprontesé.

Bien próximos, al trotecito, charlando, riendo...

Más tarde, madre e hijo atravesaban los campos.

La evocación de estos episodios, que siempre dejaban amargo fondaje, era constante en él. Y un desaliento obscuro pero poderoso fue aprisionando como en tupida malla su voluntad.

*

* *

Con el tiempo la imagen entristecida de su madre se fue borrando. Sin embargo, nunca faltaba alguna idea doliente que lo hundía en sí mismo y daba a su cara un aspecto sombrío. Era desaliento por él mismo lo que lo embargaba; como si se achacara algo que no sabía y que no podía saber. En su alma sentía a veces temblar cosas extrañas que no caían apresadas por el pensamiento. Las veía, en el borde mismo, asomarse, balancearse, y retroceder. Había días en que percibía muy claramente esas subidas y bajadas. A veces, podía pensar con firmeza y se aproximaba a aquel abismo de su alma; mas, al rato, un manto obscuro y pesado le cerraba el paso...

No lo visitaban con gusto sus antiguas amistades. Con "cuarta" había que sacarle las palabras. Y las noticias que le trajeron para avispar la conversación: negocios de conocidos, peleas en la pulpería, parición de tal o cual, resultaban lo mismo para él. Sólo los Ibarra iban todos los días. Pero detenidos por el aire de Vicente, no se animaban a preguntarle nada.

Les había arrendado el campo, después que vendió el ganado. Ahora, no hacía más que revolverse en aquellos ranchos que el descuido iba bajando y deshaciendo. Por la quincha podrida pasaban el sol y la lluvia, en muchos lados. El patio se había llenado de yuyos y las paredes de gruesas telarañas. Un olor fuerte a humedad, a cenizas, a mugre, apartaba la respiración de quien entrara. Los Ibarra varias veces quisieron arreglar algo; pero él siempre los detuvo.

—No. ¡No faltaba más! Eso lo hago yo. Yo... en cualquier... ¡Sí, está todo... patas arriba! Yo...

Un día, el mercachifle que lo surtía le dijo, alarmadísimo:

—¿No sabe lo que se murmura por ahí?

—Si usté no lo dice...

—¡Que se viene otra vez la guerra!

—¿Ah, sí?

—Parece que de ésta...

Cuando quedó solo, Vicente se sintió lleno de energías. No preguntó, ni le hubiera podido enterar el mercachifle, el por qué de la guerra. ¿A qué? ¡El enemigo, el enemigo de siempre! Había que pelear. La idea de la guerra lo enardecía. Se veía con la lanza de su padre, al frente de una columna, cerrar piernas al flete, agachar la cabeza y atropellar.

Hizo planes. El convocaría a la gente de su padre. ¿Quién sino él la mandaría?...

Mas el fuego se fue apagando. Y cuando don Marcial cayó una tarde a invitarlo para la "patriada", un helado "lo voy a pensar", fue la respuesta.

Los Ibarra se alegraron de verlo tan manso. Ellos tampoco irían. No querían dejar solas a las mujeres. Pero Vicente no lo había decidido reflexivamente. Lo hizo porque sí, porque se le habían ido las ganas, nada más. Y después, los triunfos o las derrotas de los suyos no lo conmovieron.

—Estoy frío... — se decía una vez. Iba a agregar "como muerto" y se sobresaltó. Y por miedo extraño, desconocido, repitió en voz alta, corrigiendo:

—¡Estoy frío... helao!

La guerra terminó. Volvieron las gentes y al trabajo se dedicaron otra vez con empeño, sin pensar que otra revolución volvería a parar en seco todo, y a maltratar y a devastar y a deshacer. Había hambre de olvido. Aquellos esfuerzos eran para echárselo arriba.

Cierto atardecer de verano, después de matear con Vicente, y ya por irse, Pedro Ibarra dijo a su amigo:

—Che ¿no sabés que Carmen se casa?

—¿Eh?

—Sí, con el hijo del vasco Iturbe, con José.

—Me alegro.

—Sí, el hombre es bueno. Y es una gente que está bien. Tienen amores hace seis meses.

Dando vuelta a la segunda cebadura, que todavía estaba buena, Vicente repitió:

—Me alegro... Me alegro mucho.

Lo que nunca, acompañó a su amigo hasta más allá del patio. Pronto lo vió perderse entre las chircas y las sombras. A sus espaldas, el sol había entrado. El cielo, para ese lado claro y medio amarillento, estaba al frente muy obscuro, ya.

Inmóvil, con la vista perdida Vicente fue sintiendo como que la noche lo emponchaba. Las manos en la espalda se agarraban sin fuerza. El viento le movía la melena como mueve las llamas.

—¡Carmen! — dijo.

Profunda y dulce a la vez, la tristeza lo envolvía, acariciante. Veía los ojos vivos de la muchacha, la constante expresión alegre de su cara; medía más que nunca ahora todo lo buena y lo bonita que era, recordaba la mañana en que él, hombrecito ya, al volverla a ver después de la larga estada de ella en lo de los Barceló, la trató de "usté" para siempre, cambiando el "vos" y el "che" que usara desde niño...

—¡Carmen!

La luna tuvo acostada un largo rato la sombra de Vicente sobre los yuyos. Movidos por el viento, ellos parecían acunarla.

*
* *

Tiempo después, en un despacioso atardecer de primavera, mateaban junto a la puerta de la cocina Vicente y Pedro. Este, que contínuamente se distraía en la conversación pensando en algo, dijo de pronto, cuando ya estaba por irse:

—Ché, Vicente, mirá... nosotros hemos estao pensando... con mama... que vos no debés estar aquí sino en casa.

—¿Qué? ¿Qué?

—Sí, dejate de partes. Vos ves qu'estás mal. ¿Qué vas a estar haciendo, solo? No tenés necesidá. En casa, además de estar mejor, nos hacés falta. Mama está vieja; nosotros, de repente, tenemos que andar de un lado para otro. Ella necesita compaña. Vos allí no vas a estar de agregao... Tenés con qué vivir... Sí, animate. Mirá, a mama le das un alegrón... y, a nosotros, ¡figurate! Sí, dejate de partes. Animate. Mama está loca de contenta con la esperanza de que vayas. ¿Un día estas aburrido? Pues montás a caballo y te pasás unos días donde quieras, recorriendo las amistades. La visitás a Carmen, que te quiere tanto, y les das un alegrón a ella y al marido... Estás lo que se te antoje y, después, volvés con nosotros... ¿eh?

Vicente, con la cabeza agachada, no contestaba.

—Bueno, mirá — seguía Pedro—, ya te tenemos el cuarto pronto, y todo... ¿Te acordás cuando se fueron a vivir con la finada, cuando la guerra? ¿Te acordás? ¡Qué tiempos! Bueno ¿y por qué no podemos ahora volver a vivir juntos? No te vas a negar. Faltarán muchos de aquella reunión: la finada tu mama, el finao Tuquito, Carmen que ya tiene su dueño... Pero la vida es así y no hay más remedio que conformarse con lo que ella dispone. Con empacarse no se saca nada. Gracias a Dios, todavía podemos ser felices, ¡qué caracho!

Como Vicente ni levantaba la cabeza ni hablaba, Pedro pensó que lo mejor sería dejar allí las cosas. Tenía la esperanza de que, insistiendo podría sacarlo de sus taperas y llevárselo. Se despidió, entonces. Y se fue.

Vicente siguió un rato en el banco; mucho, un rato largo. Sentía en su interior como ya muertos para siempre los fuegos que solieron devorarlo. Y se daba cuenta de que, sin embargo, aquéllos habían sido su apoyo y que, ahora, se sentía como nunca solo.

Las lágrimas empezaron a rodarle por la cara. Apenas si alteraba sus facciones aquel llanto manso, sin convulsiones ni gemidos.

*
* *

A la mañana siguiente, Pedro volvió mandado por su madre para tratar de ablandarlo. Ella misma iría más tarde a seguir la conquista.

Pedro llegó a la cocina y no lo encontró. Al entrar en un cuarto, se detuvo, sorprendido. Arrodillado frente a un baúl, sacando ropa de éste y poniéndola sobre una sábana, estaba Vicente, de espaldas a la puerta.

—Hermano!

—¡Ah, eras vos! — murmuró Vicente. Y siguió reti-

rando ropa y plegándola lento, prolijo; demasiado prolija y lentamente.

Sin decir palabra, Pedro lo dejó hacer. Cuando el baúl quedó vacío, Vicente ató las puntas de las sábanas y, alzando el fardo al hombro, dijo:

—Lo demás lo llevamos en otros viajes. Vamos.

De lejos, sólo el bulto blanco veíase alejarse sobre las altas chilcas. Parecía una nube que se quería cortar sola de la tierra y no podía.

Lo inefable

PEDRIN era sirviente en casa del caudillo. ¿Cuándo entró a su servicio? Hacía ya tiempo. Pedrín siempre sintió devoción por Pedro Gutiérrez, aunque suponía que éste ni siquiera reparaba en él. ¡Era tan grave Pedro Gutiérrez!... Pero un día se encontraron en la calle. Pedrín vestía un traje deshecho y descolorido, y sus pies mostraban los dedos por las abiertas zapatillas.

—Pedrín, ven conmigo. Yo te llevo a casa — le dijo. — Ya no estás para sentirte solo en el mundo.

Pedrín quedó mudo. Miró a los ojos al viejo caudillo

como buscando en ellos lo que le parecía una verdad imposible y, luego, todavía dudando, exclamó:

—Si me lleva!...

Después de cenar, al salir hacia el Centro a reunirse con sus amigos, Pedro Gutiérrez le dió algunas monedas. Pedrín fue a su nueva habitación, se puso la ropa recién regalada y las flamantes zapatillas blancas, se peinó frente al pequeño espejo con mucho cuidado, y salió, también. Entró a un bodegón. Al rato, desde la calle, se oyó su voz forzadamente alta por el exceso de alcohol que lo encendía. La patria, la divisa, los hombres que sufren, se mezclaban confusamente en su discurso.

Algunos hombres, que escuchaban riendo, le hicieron beber más. Pero, pronto, Pedrín fue poniéndose taciturno.

Regresó con el alma profundamente conmovida. Se quitó la ropa, se acostó. A los pocos momentos, sollozaba.

El llanto, como a un niño, le trajo el sueño.

*
* *

Pedrín se hizo imprescindible en la casa. Nadie hacía las cosas tan bien y tan rápidamente como él, y nadie era más atento y bondadoso. Sonreía cuando le hablaban o respondía, y a la señora o a las hijas de Pedro Gutiérrez les daba el mate o lo que fuere con la delicadeza y la cortesía que un caballero emplea con las damas. Además, el caballo favorito del caudillo no podía recibir sino sus tratos. Manso como cordero con Pedrín, se ponía incómodo con otro que se le acercara. El tostado, de gran estampa y reluciente, hacía extraño contraste con la pequeñez de Pedrín... Porque Pedrín era pequeño, y tenía un pequeño bigote rubio y una boca pequeña y unos pequeños ojos claros. Todo era pequeño en Pedrín; todo menos el corazón y la sed; tan grande ésta, que lo obligaba frecuentemente a tomar más caña de lo aconsejable. Dos o tres veces por semana Pedrín se emborrachaba. Advertíase en seguida por la alegría que

se transparentaba en su rostro, por el brillo de su conversación y por su inquietud que lo obligaba a entrar y a salir, a mezclarse en todo. Pero nunca dejaba de ser amable y correcto. Y cuando el efecto del alcohol empezaba a atenuarse, caía en una profunda tristeza que no se le percibía en el rostro sino en la velada inflexión de la voz.

*
* *

Aquel día de invierno, Pedrín estaba atareadísimo y, además, molestado. A cada momento se acercaba a la señora para decirle con energía:

—¡Este hombre no sirve para nada! ¡Mejor lo hago yo solo!

Quien para Pedrín no servía era Bonifacio, el enorme Bonifacio, otro protegido del caudillo que solía comer allí y que ganaba su vida con changas. Entre los dos sacaban de la sala los muebles que serían sustituídos por otros nuevos. Habían llegado ya los carros con la carga, pero la sala estaba sin desocupar, aún. Y Pedrín consideraba que él solo habría arrastrado, alzado y transportado todo mucho mejor y más rápidamente que con la ayuda del demasiado cachazudo colaborador...

Este, oyendo por repetidas veces las quejas de Pedrín, le dijo por lo bajo, para no enterar a la señora:

—¡Vos estás loco! ¡Vos estás loco!

—¿El qué? — bramó el aludido, eructando alcohol.

Bonifacio, al ver a su compañero tan enfurecido, agachó la cabeza, calló y siguió empujando un pesado sofá con tal fuerza, que casi aplasta a Pedrín contra la pared.

—¡A la derecha! ¡A la izquierda! — exclamaba Pedrín, asumiendo por propia cuenta papel director.

Bonifacio, aturdido, se miraba las manos antes de impulsar el mueble y, aún así, se confundía.

Cuando la sala quedó vacía se comenzó a descargar. Los mozos de cordel que venían con los carreros hicieron esa

tarea. Mientras, Pedrín y Bonifacio abrieron varios cajones. Finas porcelanas... una Venus de alabastro...

Pedrín con su propio pañuelo quitaba el polvo de la Venus para hacer tiempo contemplándola, cuando oyó que a pocos pasos, en voz baja y misteriosa, Bonifacio la llamaba.

—¡Mirá! ¡Mirá que cosa!

Pedrín tornó la cabeza y vió un cuadro a los pies de Bonifacio. Representaba a una joven de cabellos castaños, divididos al medio, que descendían a los lados del cuello, hacia el pecho de dulces combas. Sonreía melancólica, abstraída, y un capricho del artista proyectó mucha luz sobre sus labios entreabiertos; sobre los labios húmedos, que parecían iniciar una palabra. De los ojos profundos, castaños como el pelo, fluía una fuerza misteriosa que infundía a todo el rostro aire de infinito candor, de dulzura suprema, de piedad pronta a manifestarse; el aire de ese algo, irreal casi, que, cuando se llega a encontrar, si es que una vez se encuentra, no sorprende sino que hace exclamar: "Yo te conocía antes", porque en ello se sueña siempre. Superpuestas las manos, los brazos desnudos y el pecho eran cercados por el tono azul celeste del traje de seda.

Pedrín y Bonifacio, tan pequeño el uno, tan grande el otro, se inclinaron en cuclillas para ver el cuadro de más cerca. Los dos desgraciados se habían conmovido. Bonifacio, como empujado, se puso de rodillas, fundando las manos en el suelo y, así, acercó su cara hasta casi tocar la tela. Sonrió a la imagen; sonrió con una sonrisa tan intensa, tan intensa que daba miedo. Había alargado un dedo; pero éste quedó próximo a los cabellos de la joven, sin animarse a tocarlos.

Pedrín estaba de ceño fruncido. Como quien, asomado a un profundo pozo, insiste con la mirada buscando el fondo lejano...

—¿Pero qué hacen ahí? ¡Salgan! ¡Salgan! ¡Cuidado!... ¡Cuidado con el espejo, que van a tropezar!

Pedrín y Bonifacio se incorporaron saliendo de su ensimismamiento. Al poco rato trabajaban los dos a cual mejor. Y ese atardecer, lo que nunca, fueron juntos al bodegón. Apenas si hablaron mientras bebían caña. Pero cuando lo hacían era fraternamente, sin discutir como cada vez que se hablaban, por cualquier cosa.

Pedrín, de pronto, rompió el gran silencio.

—¿Y la niña bonita? — dijo sonriendo.

—¡Ah! — exclamó Bonifacio sonriendo a su vez y posando la mirada en el suelo.

Y los dos se quedaron como bajo una caricia.

*
* *

Aquella noche Pedrín fue muy tarde a su cuarto porque tuvo muchísimo que hacer. Se durmió y soñó que Ella vivía en la casa del caudillo, que él le cebaba mate y que Ella le decía frecuentemente, con dulzura:

—Pedrín, yo estoy segura de que tú sí eres un hombre que... ¡eh!... estoy segura...

Y soñó también que un día, en momentos en que él cepillaba el tostado de su jefe, ella llegó y le dijo:

—Pedrín, yo quiero que le lleves esta carta a mi novio.

Pedrín recibió la carta, sin miedo montó de un salto el brioso animal — él nunca se había animado a hacerlo y sólo ebrio hablaba de ello — y salió como luz por un camino desconocido. Después de atravesar un bosque llegó frente a un gran edificio blanco en cuya portada lo esperaba un joven. Era el hijo de Pedro Gutiérrez, que le dió un abrazo como la cosa más natural del mundo, y le preguntó por la Niña Bonita.

Pedrín volvió a montar y salió al galope. Pero al llegar al bosque, lo encontró ardiendo...

Despertó. La luz del sol que entraba por la ventana le bañaba el rostro.

Todo el día lo pasó tristísimo. Pensaba en Carlos, el hijo del caudillo, y lo veía mirándolo, como siempre, con melancólicos, cariñosos ojos; los únicos para Pedrín, en el mundo, firmes en esa adhesión. Pedrín quería a Carlos. Sus celos con Bonifacio se debían a que Carlos conversaba mucho con él. Pedrín y todos los humildes que rodeaban al caudillo, experimentaban un profundo bienestar junto a Carlos porque le solían escuchar palabras que despertaban en el alma sentimientos conmovedores, infundiéndoles la sensación de que no estaban tan solos en el mundo y de que no eran tan desgraciados. "Llegará un día en que todos seremos felices. Sí, yo me estoy preparando para poderlos hacer felices. Todos tendrán qué comer y dónde dormir tranquilos. Y todos nos querremos mucho y nos ayudaremos mutuamente. ¿A ustedes les parece que eso es imposible, que es difícil? ¿Eh?". Ellos no contestaban. Bajaban la cabeza confusos, enternecidos. Pero al levantar de nuevo la vista, el joven se estremecía viendo que, como náufragos, ellos se agarraban a él con una profunda e infinita esperanza...

Así, pensando en Carlos, pasó varias veces frente a la puerta de la sala y miró el cuadro ya colgado. Ahora se veía mejor. La luz tenue de la estancia realzaba, además, la suavidad del rostro bello. Pedrín sentía que un manto angustioso le envolvía el corazón, apretándoselo. Dos seres en su vida habían producido en él una sensación vaga, obscura, profunda; algo que despertaba en su alma anhelos dormidos, que a la vez le daba la sensación de que existían en el mundo enternecedoras cosas desconocidas y de que esas cosas se podían alcanzar; sólo dos seres: Carlos y la joven del cuadro. Pero Carlos, cuando llegaba por breves temporadas de la ciudad lejana donde estudiaba, tenía raptos bruscos, violentos. A veces se irritaba con Pedrín. El perdonaba, ¡vaya si perdonaría! Más, se olvidaba de todo. Sin embargo, eso quedaba como una manchita obscura, perceptible por lo blanco del fondo... ¡La joven del cuadro! ¡La Niña Bonita! ¡Esa sí, dulce y triste, sonreía siempre; ésa sí

comprendía que él era puro y le decía con los ojos como en el sueño: "Pedrín, tú... yo estoy segura de que tú...

—Y ella es triste — comenzó a preocuparse—. ¿Por qué? ¿Por qué es triste siendo tan así?... Seguramente todos los como ella son tristes porque... Y Carlos también es triste... Si ella... pudiera vivir... y fueran novios... ¡Qué lindo, caramba!

Sin saber por qué, los ojos le brillaron de lágrimas.

—¡Pedrín! — oyó gritar.

Reconociendo la voz de Pedro Gutiérrez que llegaba, Pedrín se sobresaltó. Corrió a la cocina, aprontó el mate y salió hacia el fondo, donde el caudillo contemplaba dos caballos recién tusados.

Pedro Gutiérrez ejercía una atracción poderosa sobre los hombres. Entraba en el alma de la muchedumbre y la dominaba. La mirada viva, penetrante, de Pedro Gutiérrez, no admitía réplicas. Los hombres agachaban la cabeza y se sentían dispuestos a seguirle sin saber adónde. Pero Pedro Gutiérrez era parco, seco. Los hombres, aquellos hombres de botas, de tamangos, de alpargatas, o de pie desnudo de los campos y de los suburbios del pueblo, se dejarían morir de hambre escuchando una voz que les cantara palabras de amor, de bondad, de fé. Y el caudillo era acción; acción violenta y silenciosa. Antes los llevó a la guerra. Ahora, esperaba él mismo no sabía bien qué.

Pedrín, sin explicársela, era consciente de la fuerza que se imponía a su espíritu. La aceptaba pero no sin sentirle un fondaje amargo. Aquello que le entraba hasta lo íntimo y lo hacía amar frenéticamente a su protector, a la vez lo contenía obligándolo a comprender que nunca podría ser su amigo, ¡oh, amigo!, y contarle lo que sentía, lo que soñaba o darle un abrazo y sonreírle sin motivo. Carlos... también penetraba en su alma. Y eran hermanos, y mientras él le cebaba el mate, solía hablarle de cosas nobles y bellas; pero Pedrín no podía decirle nada. ¿Cómo le iba a decir si no sabía, si no era con las palabras conocidas que se dicen ciertas cosas?...

Pedrín derramó el mate. Pedro Gutiérrez lo regañó con sorna. Después le dió unas monedas y se fue al comedor, donde lo esperaba la familia.

Pedrín comió poco. Le molestaba la conversación de las dos ancianas negras que almorzaban con él en la cocina. Además, la cocinera adoptaba un chocante aire de superioridad sobre él, y la chiquilla que atendía la puerta tenía mucha tos.

Después de comer tuvo que hacer muchos mandados porque, al día siguiente, Pedro Gutiérrez y su familia irían a pasar unos días al campo. A última hora a las mujeres les faltaba todo.

La noche lo sorprendió rendido.

*
* *

Cuando subieron al coche, las señoritas gritaban:

—¡Adiós, Pedrín! ¡Adiós, Pedrín! ¡Cuida mucho los zorzales!

Al acercarse, la señora le recomendó que se comportara bien, lo que significaba que no bebiera. Pedro Gutiérrez le alargó la mano y subió también. El coche se perdió rápidamente de vista.

Por la noche Pedrín salió a la calle, disgustado. Las negras seguían alborotando en la cocina; la cocinera, libre ahora de los patrones, demostraba claramente que ella mandaba, y la chiquilla estaba insufrible con su tos. Entró al bodegón. Vió a Bonifacio en un extremo lejano, pero no quiso acercarse. Se sentó en una mesa solitaria. Pidió de beber. Poco a poco íbase enfureciendo.

—Se fueron todos y me dejaron solo —pensaba—. Irse y dejarme, ¿eh? ¡Yo, déle no más, es claro!... ¡Carlos debió venir para el primero y ya estamos a quince!

Y al pensar en Carlos, pensó en la Niña Bonita. El ceño de Pedrín se desarrugó como si estuviera en su pre-

sencia. Inclinó la frente, clavó los ojos en el suelo, y quedó manso.

*
* *

Al día siguiente se levantó con la cabeza dolorida, pues tuvo una terrible pesadilla. Se había caído en un pozo hondísimo y no podía salir. Hasta que encontró una cuerda que se rompió cuando él llegaba ya a la superficie.

Después de la siesta se sintió bien. Se sentó a tomar mate en la cocina, distraído en otras cosas mientras conversaba con la criada. Poco a poco su pensamiento se absorbía en la joven del cuadro. Quiso verla. Aprovechando el momento en que la cocinera fue al fondo, cruzó el patio, hacia la sala. Al empujar la puerta advirtió desalentado que estaba cerrada con llave. Entonces, desolado, volvió a la cocina y, abandonando el mate, salió a la calle.

Caminaba sin rumbo. Sentía una infinita tristeza porque él quería hasta la desesperación mirar el cuadro. Tomó por la carretera. De un rancho lindero le gritaron:

—¡Adiós, Pedrín!

El saludó con la cabeza pero siguió su marcha. Al llegar frente a los blancos y altos muros del cementerio se detuvo y torció a la izquierda, por una calleja bordeada de ranchos y casuchas de lata. Frente a una choza más mísera que las otras, más sucia y más agachada, se detuvo y golpeó las manos.

—¡Buenas, mi tía!

De una cocinilla negra salió una vieja vestida con un traje negriverde. Se apoyaba en un palo a guisa de bastón.

Pedrín entró. Tomaron mate dulce. La tía Marica lo enteró de muchos sucedidos en el barrio. El oía sin atender, ensimismado. Cuando Pedrín se despedía, la anciana le pidió "para el pucherito".

Pedrín escogió en el bolsillo las monedas pequeñas y retiró la mano, dándoselas. Pero, en seguida, presa de un

arrepentimiento que le dolió como si hubiera sido por algo más grave, sacó su moneda de cincuenta centésimos y se la entregó, también.

La tía Marica lanzó una exclamación de júbilo.

Pedrín, ya en la calle, oyó la voz de la vieja:

—¡Pedrín, no se pierda tanto por aquí, m'hijo!

Volvió a tomar la carretera, en dirección a la ciudad. Cada vez se sentía más oprimido. El necesitaba mirar el cuadro como necesitaba tomar caña. Más, mucho más que el beber.

—¡Y ahora — pensaba — mientras no vengan!... También ¡Dejar cerrado! ¿Por qué cerraron la puerta, ¿eh?

Y lenta y como cautelosamente, una idea fue embargando su alma.

—Con un clavo... se.. puede abrir.

Pero se asustó como si pensara en algo gravísimo. Sin embargo, la idea no se iba. Algo en su alma la hacía girar sobre sí misma, mostrándole cosas halagadoras...

Cuando llegó, se sentó a cenar. Después, se dirigió al bodegón. Desde la puerta vió a Bonifacio de pie junto al mostrador. Como él necesitaba estar solo, decidió ir a otro lado para beber tranquilo. Poco después, en un despacho de bebidas más sucio y miserable, Pedrín tomaba caña mirando al suelo. Pesada sensación de desaliento le caía encima como un manto ahogador. El no sabía qué ni por qué cosa; pero sentía, y con eso bastaba para dolerse. Sentía dentro de sí la existencia de un ansia infinita, jamás sospechada por nadie, jamás satisfecha. Y él quería decir algo de eso; hablar y llorar y gritar eso. Sólo dos seres "sabían"...

—Carlos... pero ¡ah! ¡Carlos, también! ¡Y sin venir... ¡La Niña Bonita! ¡Ella! Ella sola!

Dos grandes lágrimas rodaron por las mejillas de Pedrín. Al notarlas, se conmovió más. Sacando su pañuelo,

tocó algo frío en el bolsillo. Lo oprimió como diciendo: "Espera", y se enjugó el llanto. Luego pagó y salió.

En la diestra oprimía un clavo.

*

* *

Entró por la puerta de servicio. Las criadas dormían. Se encaminó por un pasillo hacia la sala. Los reproches que su conciencia le hiciera anteriormente habían sido borrados por el alcohol. Lo que antes le parecía más grave de lo que era, ahora resultaba nada para él.

Anhelante, forcejó con el clavo en la cerradura. Empujada, la puerta se abrió sin ruido.

En un suspiro profundo Pedrín aspiró el aire tibio de la habitación. Después, palpando la pared, hizo girar la llave de la luz.

Un momento miró en éxtasis; un momento su alma se embargó de ternura y se sintió feliz; un momento, durante unos segundos, sus ojos se fijaron en los ojos melancólicamente velados de la joven, anhelantes por decir de alguna manera lo que él no podía decir con palabras. Segundos, nada más. Porque la luz, de súbito, tembló vivamente y se extinguió. Pedrín lanzó entonces un gemido ahogado y rompió a llorar. Mansamente rodaban las lágrimas. El no las enjugaba. Sus manos permanecían inmóviles a los lados del cuerpo. Es que Pedrín sentía que aquel manso llorar decía, por fin. Decía todo lo suyo, inexplicable para él mismo. Y como una caricia, percibía en la obscuridad la noble mirada de la joven diciéndole siempre: "¡Tú... yo estoy segura de que tú... Pedrín!".

De pronto, Pedrín cruzó las manos sobre el pecho. Ahora, interrogaba. Dolorosamente tiernas, dos palabras brotaron, repitiéndose constantes. Subieron, se hicieron potentes hasta el grito y volvieron luego como a replegarse, temblando, sobre sí mismas:

—¿Por qué?... ¿Por qué?... ¿Por qué?...

En el profundo silencio exterior, desde la iglesia vecina cayeron como piedras en el agua, haciendo círculos, las doce campanadas de la media noche.

Saltoncito

(Cuento para niños)

A raíz de su desaparición corrieron varios rumores por el charco: alguien afirmó que Ojos de Chispa, la gran víbora que vivía cerca del bosque, se lo había devorado; otro trajo la noticia de que fue visto entre las rocas del arroyo, y el anciano Glu-Glu, el Patriarca, supo que Cabeza Giratoria, la lechuza, estuvo con él conversando en el llano...

Pero lo cierto es que se fue el invierno y vino la primavera sin que Mángoa, la esposa del desgraciado sapo, ni Saltoncito, su hijo, volvieran a verlo más.

Mángoa resignóse con su triste suerte y se dedicó a la buena crianza de Saltoncito. Todas las tardes lo llevaba a tomar el aire, conduciéndolo hasta unas rocas desde donde se veían los verdes campos. Y mientras ella, sacando su cesta de costura, se ponía a repasar la ropa, Saltoncito brincaba entre las piedrezuelas y las hierbas, bajo los tibios rayos del sol.

Muchas veces, al volver de sus correrías, encontraba a su madre muy triste, con la vista perdida en los campos y los ojos velados por las lágrimas. Saltoncito, comprendiendo el motivo de esta pena, se trepaba a las rodillas de su madre y la besaba.

En el afán de no disgustarla, se comportaba muy bien y le ahorraba las tareas que podía. A riesgo de que no lo creáis, os digo que él mismo se lavaba y se vestía, y que fue muy feliz cuando consiguió hacerse solo el lazo de la corbata.

Glu-Glu, el Patriarca, aseguró un día a Mángoa:

—Tu hijo, amiga mía, será un sapo que llegará lejos por su inteligencia y su bondad.

Y sonriendo dulcemente al pequeño, le propuso:

—Saltoncito, si pides permiso a tu madre, yo te llevaré a pasear por el bosque.

Mángoa accedió, recomendándole que obedeciera al venerable anciano.

Pronto ambos salieron del charco y, cruzando el llano, llegaron al bosque.

Saltoncito, prendido de la mano de Glu-Glu, tembló al sentirse debajo de los gigantescos árboles.

—¿No nos harán daño, abuelo?

Glu-Glu le explicó la bondad de los árboles, cómo extienden sus ramas para que en ellas los pájaros sostengan sus nidos y cómo dan dulces frutos y sombra reconfortante.

—¡Ay, abuelo, qué buenos son! —exclamó el pequeño—. Suéltame un momento la mano que quiero darles un beso.

—Es inútil, hijo mío —afirmó el anciano.

—¿Por qué?

—Porque ellos no te sentirán, preocupados por otras cosas. ¿No ves cómo miran al cielo?

—Sí, señor —contestó Saltoncito.

—¡Bueno! —repuso el viejo sapo.

Y en vano el otro esperó que continuara, porque no habló más.

Cuando regresaron del lindo paseo era ya noche. El cielo estaba radiante de estrellas y alrededor de ambos todo parecía descansar confiado en ellas. Habíase detenido el viento, los árboles permanecían con las copas inmóviles y en sus tibios nidos de pajita y pluma dormían los pájaros.

—¡No hay casi luz! ¡Nos perderemos, abuelo! —alarmó Saltoncito.

—Ve cómo todas las cosas, hasta las que parecen más lejanas e indiferentes, nos son útiles. Yo me sé guiar por las estrellas.

—¡Yo quiero aprender, abuelo!

Mientras andaban Saltoncito recibió su primera lección de Astronomía, ciencia que, ya lo veremos más adelante, de mucho le sirvió.

Cuando llegaron, Mángoa estaba muy inquieta:

—Temí que les hubiera pasado algo. ¿Cómo se comportó Saltoncito?

—Muy bien. Puedes estar orgulloso de él.

El anciano acarició a Saltoncito y agregó:

—Este irá lejos. ¡Lo digo yo!

El Patriarca se retiró. Entonces ellos se pusieron a la mesa. Saltoncito comió con gran apetito y, a cada momento, su madre tenía que recomendarle:

—No comas tan de prisa porque no te hará provecho.

En cuanto se metió en la cama quedó dormido.

Y pasó la noche soñando con estrellas.

Llegó el invierno. Apenas si algún pájaro atravesaba el aire, triste y silencioso. La pradera había perdido sus hijas, las flores, y, por consolarla, la lluvia tendía alfom-

britas de charcas donde posasen sus delicados pies las estrellas que bajaban a engañar piadosamente a la madre.

Saltoncito salía solo por los campos. Cuando regresaba a su casa, toda la melancolía de la Naturaleza parecía inundar su corazón.

"Esto que ves no es nada comparado con el resto del mundo" —habíale advertido en cierta ocasión el anciano Patriarca. "Cuando yo era joven conocí a un sapo de mucho mundo, hijo mío, y le oí contar cosas maravillosas: reinos inmensos y riquísimos, con ciudades más grandes que cien charcos de éstos, juntos; palacios de piedras preciosas y de oro; reyes poderosos...".

Y en el alma de Saltoncito nació e iba creciendo, hasta empujarlo, el deseo de abandonar la comarca y salir por el mundo.

¿Por qué no podría encontrar una hermosa ciudad donde trabajar conquistándose una holgada posición que le permitiera llevar con él a su madre y librarla de los continuos sobresaltos experimentados durante el verano, cuando la charca se seca hasta casi desaparecer?

Un día comunicó a su madre sus firmes deseos.

Ella lloró silenciosamente, sin tratar de disuadirlo, porque sabía que era imposible, dado el carácter tenaz del jovenzuelo. Luego, secándose las lágrimas, buscó entre las ropas algunas de su perdido esposo para achicarlas y vestir así un poco mejor a Saltoncito. Sacó un traje azul, que en sus tiempos fue muy bonito por los botones dorados, pero que estaba demasiado descolorido; luego otro, negro, ¡ay! el que llevaba puesto cuando se conocieron. Por fin encontró uno de pana gris, muy abrigado. Al mirarlo mejor, notó que tenía, aún sin zurcir, un gran rasgón en la solapa. Su esposo habíaselo hecho al resbalar de una roca y engancharse en su afilada punta.

Mángoa achicó el traje, cosió el trozo de solapa roto y, luego, preparó el almuerzo.

Por la tarde, Saltoncito fue a despedirse de sus amistades, retornando, ya al anochecer, en compañía de Glu-

Glu. Besó a su madre, asegurándole que volvería por ella en cuanto obtuviera su bienestar, alzó un bulto —donde llevaba alimentos y algo de ropa interior— y salió de la charca con el anciano.

Al llegar a las rocas, éste lo abrazó. Luego, sin decir palabra, lo dejó partir.

Era ya noche. Las estrellas se asomaban desde le cielo buscando charquitos. Y la luna apareció en seguida y tendió sobre el mundo su plateado resplandor.

En la paz de los campos, dos sombras se alejaban en contrarias direcciones: cojeando, inclinado sobre su bastón, el anciano Patriarca, rumbo a su charca que bruñía la luna; y hacia lo desconocido, hacia el misterio, el pequeño Saltoncito con ágil y resuelto paso.

Marchó toda la noche. Como conocía las estrellas se dirigía con una orientación determinada. Primeramente había sentido mucho frío; pero, luego, el caminar lo hizo entrar en calor. Ya se habían borrado los astros y el oriente se teñía de vivos colores, cuando hizo alto entre unas hierbas empapadas de rocío. Sacando de su hatillo algunos manjares, comió con buen apetito. Y así, sentado como estaba, lo sorprendió el sueño.

Despertó al oír un rumor. Abrió los ojos y notó que atardecía.

—¡Cuánto he dormido! —se dijo Saltoncito.

En eso volvió a escuchar el rumor que percibiera anteriormente. Asomó la cabeza por entre las hierbas y vió con terror un feo lechuzón de piernas combadas y ojos fríos que tenía una garra extendida hacia él como para deshacerlo.

—¿Qué andas haciendo aquí? —rugió el desconocido con voz chirriante.

—¡Recorro el mundo, señor! —contestó asustado e inocentemente el joven sapo.

Ante el tono candoroso de esta frase, el extraño ser se sonrió con dulzura y retiró lentamente la espantosa garra.

—¡Me haces gracia! ¡A tu edad!... ¡Tú!... ¡El mundo!... ¿Pero tú tienes una idea de lo que es el mundo?

—No, señor. Y por eso es que quiero conocerlo.

—¡Bien contestado! —aprobó con creciente entusiasmo su interlocutor—. Veo que eres inteligente y que quiza... ¿eh? tengas algunos estudios... Pero siento un tufillo agradable. ¿Me convidas a cenar, hijo mío?

—¡Señor! ¡Aquí tengo esto! ¡Lo hizo mi madre! ¡Es riquísimo!

—¡Muy bien, muy bien! Conque ¿tú tienes madre?

—Y también tenía padre, pero ahora no lo tengo. ¡Murió!

—Pequeño mío, recién te conozco y siento que te quiero mucho, ya. Yo me llamo Conversa con la Noche, ¿y tú?

—A mí me dicen Saltoncito.

—Pues bien, Saltoncito, debes saber que el mundo es inmenso y que existen en él grandes peligros. He estado pensando, ahora, al verte tan indefenso, en qué podría serte útil. Acompáñame, te llevaré a mi casa y allí veré lo que puedo ofrecerte.

Juntos se perdieron entre los pastos.

—Yo he volado mucho, hijo mío. Pero tuve mala suerte y aquí me tienes, ¡pobre y olvidado! ¡Y tengo mala fama, Saltoncito!

—¡Usted, tan bueno!

—Sí, sí, muy mala fama. Dicen que salgo de noche a robar, a asaltar transeúntes... ¿Tú no lo crees, verdad, hijo mío?

—¿Cómo lo voy a creer, señor Conversa con la Noche?

—Bueno, que tú no lo creas, a mí me basta. Te lo aseguro. Y si alguna vez oyes hablar mal de mí, desmiente.

—Lo haré, ¡vaya si lo haré! —prometió resueltamente Saltoncito.

Llegaron a un obscuro agujero y penetraron en él.

—Yo tengo muchos enemigos —previno Conversa con la Noche abriendo una puerta—. Debemos encontrar dos puertas más antes de llegar a mis habitaciones. Me quieren mal, pero injustamente. Si tú oyes hablar mal de mí, ¿lo creerás, tierna criatura?

—¡No, señor! ¡Y los desmentiré!

—¡Eres un encanto! Entra. Entra. Esta es tu casa. Pobre, como ves. Aquí no hay riquezas. ¡Mira qué pobre lecho! ¡Mira qué pobre lavatorio!... Si yo robara, ¿he? Aquí todo es igual, hijo mío. Pero en mis buenos tiempos yo fuí otra cosa y tuve grandes relaciones. Recorrí mucho el mundo junto a Todo lo Puede, junto a él, con él, ¡socio de él!

—¿Y quién era, abuelo?

—Era un zorro, el más genial de los zorros, brujo y con distintos poderes. Instalamos consultorio en diversos lugares: en las Rocas Verdes, en el Bosque de los Ceibos... ¡Oh!, y en todos lados nos persiguió la calumnia. Y mis enemigos llegaron hasta a hacerlo enojar conmigo. Una noche desaparecieron sus pantalones de terciopelo azul...

Al decir esto, el viejo se turbó. Luego continuó, señalando los pantalones de terciopelo azul, ya deteriorados, que llevaba puestos:

—Parecidos a éstos eran, hijo mío, aunque no éstos, como comprenderás. Fue inútil la búsqueda y me acusaron de ser el ladrón. ¡A mí! ¡A mí! Pero tú, Saltoncito, ¿eh?...

—¡No creo, no creeré nunca, señor Conversa con la Noche!

Este, rascándose la cabeza, se decía:

—¡Es extraño! ¡Yo jamás había querido a los jovenzuelos!

Conversa con la Noche púsose a pasear por la habitación, preocupadísimo.

¿Con qué?

El quería levantar la alfombra tendida sobre el pavimento y, abriendo la oculta puerta del subterráneo, llevar a Saltoncito a la sala donde estaban los tesoros sin cuento, fruto de sus rapiñas. Y contemplar el asombro de su joven amigo y decirle, después, para colmar su felicidad: "Hijo mío, todo esto es tuyo. Lleva lo que más te guste".

—Pero, entonces, ¿qué pensará de mí? —barruntaba el lechuzón—. ¡Ay, qué desgraciado soy! ¡Mis fabulosas riquezas no pueden hacer ni la alegría de Saltoncito!

—Saltoncito, hijo mío —dijo el anciano, alzando la voz—, escúchame bien. Si yo fuera malo, si yo fuera un poquito egoísta, nada más, te diría: "Saltoncito, yo tengo algunos ahorrillos que me permiten mantenerte y mantener a tu madre. Ve en su busca y tráela a vivir aquí. No os faltará nada y llenaréis la triste soledad de mi vida". Pero yo soy bueno, Saltoncito. Yo sé que, dejándote partir, llegarán para ti días de gloria y grandeza. Por eso no te detengo, a pesar de que esta separación me hace sufrir. Salgamos a la noche, hijo mío. Yo te llevaré un trecho en mis alas. Después... después sigue adelante, a donde te guía tu brillante destino.

—¡Abuelo, abuelito, yo no me iría de aquí!

—No. El mundo te espera. Sube.

El pequeño se trepó sobre Conversa con la Noche que, abandonando la cueva, corrió un breve trecho por el llano y se elevó majestuosamente con su preciosa carga...

—Cógete a mi cuello, Saltoncito —recomendaba mimosamente el viejo Conversa con la Noche—. Apoya en él tu cabecita. Así, así, hijo mío...

—No tenemos apuro, querido Conversa con la Noche. Y como ya nunca subiré más, juguemos un poco en el cielo, ¿quieres? —rogó el pequeño, tratándolo con confianza.

El viejo se sentía condescendiente.

—Bueno —accedió— ¿qué te parece si persiguiéramos aquella nube blanca?...

—¡Bien! ¡A la nube! ¡A la nube!

La nubecilla era empujada velozmente por el viento; pero Conversa con la Noche movió sus poderosas alas y pronto se hallaron junto a ella.

—Vamos a atravesarla —gritó Saltoncito.

Y se hundieron en la masa gaseosa, que les prendió miríadas de gotitas brillantes.

—Abuelito, la nube ha quedado debajo de nosotros. ¡Ay, abuelo, estás resplandeciente! ¡Estás hecho un ángel!

—¿Y recién lo percibes? —suspiró el anicano, conmovido.

El viento se había detenido y todas las nubecillas quedáronse inmóviles. Mas, de pronto, volvió a soplar el viento y las nubes se dirigieron velozmente hacia los juguetones a participar del juego.

—¡Mira! ¡Mira! ¡Vienen todas, abuelo!

Azuladas, verdosas, rojas, blancas; tomando forma de aves, de flores, de monstruos, las nubes empezaron a rodearlos y a girar.

—¡Juguemos! ¡Juguemos!

Conversa con la Noche saltaba en el aire, se metía entre una nubecilla, salía persiguiendo a la que huía en giros alocados, tornábase de pronto y se iba sobre otra desprevenida, mientras la luz de la luna, quebrándose en las gotitas que los cubrían, hacía brillar extrañamente al anciano y al pequeño.

Saltoncito, abrazado al cuello del viejo, reía con estridencia, y Conversa con la Noche sentía sus piernitas golpeándole nerviosamente el pecho.

El viejo jadeaba, mas no quería detener el juego. Sus alas le dolían y le pesaban, y un temblor convulsivo empezó a agitarlo. Pero continuaba persiguiendo a las nubecillas que venían hacia ellos y, ya próximas, subían velozmente, fugitivas...

—¡Mira aquella altísima, rosada, la que parece una garza! ¡A ella, abuelo!

Conversa con la Noche hizo un esfuerzo supremo. Abrió inmensamente sus ojos, que comenzaban a empa-

ñársele sin saber por qué, y tendió hacia la bellísima nube sus alas brilladoras.

Pero pronto empezó a descender.

—¿Por qué, abuelo?

—Bajemos. Estoy mal. No sé qué me pasa.

Tardaron en llegar a la tierra porque, distraídos en el juego, se habían alejado mucho.

—¿Qué tienes, abuelito?

El viejo, sin contestar, se tendió entre la hierba, temblando. Y, de pronto, dijo con apagada y trémula voz:

—¡Perdóname, Saltoncito!

—¿Por qué? —preguntó, aterrado, éste.

—Porque no podemos seguir jugando. Me muero. Adiós. Sé bien bueno.

Conversa con la Noche quedó inmóvil.

Saltoncito rompió a llorar.

Y allá lejos, en el cielo, las nubecillas azuladas, verdes, rojas, blancas; las que habían tomado forma de aves, de flores, de monstruos, miraban hacia abajo con asombro, esperando que se acercaran otra vez.

El viento bajó a ver lo que pasaba y, comprendiendo todo, subió y las alejó con velocidad.

Tristemente, Saltoncito siguió solo su camino.

Moría la noche. El oriente se encendía de lindos colores que avanzaban lentamente por el cielo. El sol no tardaría en subir.

Saltoncito marchaba con rápido paso, deseoso por llegar hasta unas altas colinas donde había decidido descansar. Atravesaba un espeso matorral cuando, de súbito, se detuvo asombrado. Un lago enorme se tendía ante sus ojos. Reflejando el cielo, estaba celeste, rosa y veteado de gris. En sus orillas se alzaban airosos juncos a cuyos pies balanceábanse dulcemente abiertos nenúfares. Y allá lejos, en el centro, sobre las rocas que emergían del agua, dos blancas garzas contemplaban absortas el nacimiento del día.

—¡Qué lugar tan hermoso! ¡Quién pudiera vivir aquí con su madre! —se dijo Saltoncito—. Pero, seguramente, esto ha de ser el reino de algún poderoso monstruo... ¡Qué hermosura, qué...!

Desaforados gritos interrumpieron la frase.

—¡Estás preso! ¡Estás preso!

Y de todas partes aparecieron soldados-sapos armados hasta los dientes.

—¿Qué hacíais aquí? —rugió el jefe, acomodándose el casco de oro.

—¡Nada! ¡Ya me iba, señor! —respondió, temblando, Saltoncito.

—No, no te irás. Eres nuestro prisionero. Y la muerte te espera, atrevido jovenzuelo.

Luego, tornándose hacia sus soldados, ordenó con imperio:

—¡Atad a este pillastre y seguidme!

Se hundieron en el agua y tomaron por un camino tallado en la roca. Contrariamente a lo que hubiera debido suceder, cuanto más se hundían mayor claridad se notaba. Era que, colgadas entre las madréporas y las algas, brillaban extrañas luces que aumentaban su fulgor sobre las piedras finas colocadas a intervalos regulares, en el siguiente orden: un rubí, dos esmeraldas, dos diamantes, dos amatistas, otro rubí y, así, hasta llegar a una inmensa ciudad cuyos pobladores salían a las puertas, al alboroto que hacía Saltoncito.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Glu-Glu! ¡Socorro!

¡Cómo sería su espanto que, olvidado de todo, clamó hasta por el desgraciado Conversa con la Noche!

Al llegar frente a un palacio de amplias escalinatas de mármol blanco con portada de oro puro, el cortejo se detuvo. Por una pequeña abertura lateral aparecieron más soldados a quienes el jefe habló de esta manera:

—Os entrego a este prisionero. Encerradlo en el calabozo y dadle sólo pan y agua. Vuelvo con mi gente a continuar la vigilancia del reino.

Saltoncito fue conducido por un estrecho corredor hasta una puerta que abrió el carcelero eligiendo en su llavero la más grande llave. Y la puerta volvióse a cerrar y el joven sapo, solo ya, se sentó en un rincón a llorar sus desdichas.

Mucho rato después, el carcelero entró.

Era un enorme sapo de mirada tan severa que Saltoncito tembló cuando la sintió posarse sobre él.

—Aquí tienes el pan y el agua.

—¡Ay, señor, yo no hice nada! —sollozó Saltoncito, de rodillas—. ¡Perdonadme! ¡Dejadme ir con mi madre!

—Todos dicen lo mismo. Y luego resulta que son unos fascinerosos. Por lo demás, yo no tengo nada que ver.

El viejo, dando un portazo, volvió a dejar solo a Saltoncito.

Este no probó el pan. Bebió un poquito de agua y se quedó dormido.

Lo despertó alguien que lo sacudía. Era el carcelero.

—¡No has comido nada! ¡Eres caprichoso, pequeño! Hay que comer porque, si no, morirás.

—¡Yo no quiero comer, yo quiero irme!

—¡Pero, hijo mío, me hablas como si yo pudiera libertarte! Yo no puedo hacer nada. Come y espera. He preguntado a los soldados y, según ellos, tú no has cometido delito alguno. Pronto te soltarán, quizá.

El sapito volvió a arrodillarse, sollozando.

—¡Perdón! ¡Perdón, señor! —imploró.

—¡Eres insoportable! —exclamó el viejo abandonando la prisión.

Pero, al poco rato, volvió con dulces manjares y, ahora sonriente, dijo:

—Come de esto. Veremos si te gusta. Y no te inquietes, que pronto estarás libre, seguramente. ¿Cómo te llamas, hijo mío?

El, con la boca llena, respondió:

—Saltoncito, señor.

—¡Vaya un nombre bien puesto! Porque me figuro que no has de estar un momento quieto. ¡Como él! ¡Igual a él!

El viejo sacó un gran pañuelo a cuadros y se enjugó los ojos.

—¿Por qué lloráis, señor?

—¡Ay, yo tuve un hijo igual a ti! ¡Era más bueno!...

—¿Y ahora?

—¡Se murió! ¡Por andar al sol sin sombrero! ¡Tú nunca andes al sol sin sombrero! ¡Es malísimo, Saltoncito!

El viejo, levantándose rápidamente del banco donde se había sentado, agregó:

—Me voy porque, si me ven aquí mucho tiempo, desconfiarán.

Saltoncito, más tranquilo, observó su prisión.

Había un pequeño lecho, dos bancos y una mesa. Luego, sólo las paredes duras, como que eran de roca.

Se sentó en la cama, moviendo sus colgantes piernas.

—¡Si yo pudiera huir! —pensaba.

Y hacía horas que buscaba el medio de fuga, cuando la puerta se abrió dando paso al carcelero.

Éste caminó algunos pasos, silencioso, encendió su pipa y, después, sentóse en la cama junto a Saltoncito.

—¡Qué diablillo era aquél! —suspiró.

—¿Quién?

—¡Mi hijo, pues! Tenía tu misma cara. Y, te lo aseguro, era tan despierto como tú.

El viejo se detuvo, con la vista perdida en las blancas espirales del humo. Y, al cabo de un momento, continuó:

—Fue una gran desgracia. ¡Quién sabe adónde hubiera llegado!

—¿Y yo, señor? —saltó Saltoncito—. A mí todos me decían lo mismo. Y ahora, encerrado aquí, ¿adónde podré llegar?

El viejo se revolvió en la cama. Después, mirando fijamente al pequeño, dijo:

—¿Sabes que tienes razón? Evidentemente... Mira, yo...

Se detuvo un instante. Después:

—Pero iba a decir tonterías —agregó—. Me voy, que es tiempo ya.

Saltoncito quedó un momento inmóvil. Luego, rompió a llorar.

Al segundo día de prisión, el carcelero llegó seguido por varios soldados.

—Tienes que ir al Tribunal —enteró.

—¿Y qué es eso? —preguntó Saltoncito.

—Allí lo sabrás. En marcha.

Los soldados cogieron al pequeño y lo condujeron por sombríos pasadizos hasta llegar a un salón donde, en enorme pupitre, estaban tres sapos de cara patibularia, con negras togas y grandes lentes. Frente a ellos había un banco hacia donde los guardias empujaron al tembloroso prisionero.

—Sentaos, acusado —ordenó con voz severa uno de los sapos de lentes.

Saltoncito, sin darse cuenta que era el aludido, permaneció de pie.

—¿Queréis sentaros, acusado?

—Yo no me llamo Acusado. Yo soy Saltoncito. Me habéis confundido y por eso estoy preso. Yo no soy Acusado. Dejadme ir con mi madre.

—Se burla de la Justicia! ¡Anotad, secretario! —rugió con voz de trueno el juez.

En un pequeño pupitre, junto al grande, un sapo viejecito anotaba las indicaciones.

—Chingón, el comerciante, ha sido asesinado. Todas las sospechas recaen sobre vos. ¿Qué decís a esto?

Saltoncito, sin salir de su asombro, respondió:

—¿Yo? ¡Nada!

—¡Sois un cínico! Anotad las palabras del reo, secretario. Y no es posible, por la dignidad misma de la Justicia, continuar el interrogatorio.

Inclinóse el juez hacia cada uno de los magistrados que tenía a su lado, conferenció un momento y, luego, de pie, alzando la voz, dijo solemnemente:

—Estáis condenado a muerte. Mañana, al salir el sol, se hará Justicia. Y vos, secretario, llevad al Rey la sentencia para que la firme.

Los soldados cogieron a Saltoncito, que daba alaridos desgarradores, y lo llevaron, arrastrándolo.

Y después, la puerta de la celda volvió a cerrarse tras él.

Saltoncito dió unos pasos, abrumado, se arrojó sobre el lecho y empapó la almohada con su llanto; llanto que inútilmente trató de contener al sentir que alguien entraba. Era el viejo carcelero.

—No llores, hijo mío —balbuceó éste, conmovido.

—¡Me matarán, señor! ¿Y mi madre, entonces?

—Alégrate, alégrate, dulce criatura mía! ¡Estás libre!

—¿Yo?

—Sí, escucha: me enteré por los guardias de tu condena injusta. Y he decidido dejarte huir y quedar yo en tu lugar.

—Pero, ¿y vos? ¡Os matarán, señor!

—No —mintió el anciano—. A mí no porque... diré... ¡bah!... cualquier cosa.

—Bueno, entonces, sí. Y mi madre os lo agradecerá mucho; ¡tanto como yo!

El anciano registró en sus bolsillos hasta encontrar el gran pañuelo a cuadros y suspiró, llevándoselo a los ojos:

—¡Es igualito! Su voz, su gracia, su dulzura... ¡todo!

—¿Y por dónde se sale, abuelito?

—Mira. Esto es cárcel y, además, el palacio del monarca. No tendrás otro remedio que pasar por los departa-

mentos reales, ya que allí hay menos soldados. Toma el corredor de la derecha y síguelo, síguelo y, después, que la buena suerte te proteja.

Inclinóse sobre el pequeño, dióle un beso y lo empujó suavemente hacia la puerta.

—¡Adiós, Saltoncito!

—¡Adiós, y muchas gracias, señor!

El pasadizo era estrecho y obscuro. Al final encontró una escalera por la que subió, miedosamente, hasta llegar a una puerta entornada.

Se asomó y vió un amplio salón, desde cuyo techo poderosos focos proyectaban viva luz. El joven tuvo que apoyarse en la pared para no caer, tal fue su asombro al mirar las riquezas que allí habían depositadas. La enorme alfombra era de escamas de peces raros y en ella se veía, hecho con piedras preciosas, un espléndido cuadro, en donde un rey hermoso se inclinaba ante una humilde sapita que, con el dedo en la boca, contemplaba asombrada al regio enamorado. De las paredes pendían escudos de irisadas conchas marinas y espadas, puñales, cascos y lanzas de plata y oro...

Largo rato hubiérase quedado allí Saltoncito, pero comprendió que no tenía un momento que perder. Atravesó la sala, pues, y llegó a la única puerta que veía. Al entreabrirla, se detuvo, oyendo voces. Miró sigilosamente y vió un sapo cubierto por un bellísimo manto de púrpura, sentado en trono de oro con gradería de plata. Más abajo, de pie, había otros cinco con trajes hermosísimos. Y escuchó que uno de entre ellos decía al Rey:

—Es nuestra última palabra. Elegid, pues, entre el trono y la muerte. Mañana, al salir el sol, responderéis.

Con ceremonioso paso el grupo desapareció por una puerta que volvió a cerrarse sin ruido. Y Saltoncito vió al Rey descender algunos peldaños y detenerse con la mano puesta en la empuñadura de su espada, hecha de una esmeralda singular.

¡Qué hermosura la de aquel rostro! ¡Qué nobleza se pintaba en sus facciones! Y, sin embargo, ¡cuánto dolor las ensombrecía!

Contemplábalo sin respiro Saltoncito, cuando oyó murmurar al abrumado personaje.

—Me han dado a elegir entre el trono y la muerte y ¡tendré que decidirme por la muerte! ¡Soy el sapo más desgraciado de la creación!

Saltoncito, por ver mejor, empujó un poco más la puerta. Y la puerta rechinó.

—¿Quién anda ahí? —gritó el Rey, iracundo, desenvainando su espada—. ¡Espías! ¡Espías de mis ministros en mi propio palacio!

Y abriendo la puerta, se encontró con Saltoncito que, trémulo de espanto, había caído de rodillas, con los brazos tendidos.

—¡Perdón! ¡Soy inocente! ¡Perdón!

El Rey lo cogió de un brazo y lo introdujo en la sala del trono.

—¡Cómo era que estabas ahí!

Saltoncito, atropelladamente, contó cómo había sido tomado por los soldados, condenado a muerte y salvado por el carcelero. Y terminó:

—¡Dejadme, señor, irme con mi madre!

Pero el Rey no lo atendía. Se había quedado con los ojos dilatados, fijos en la solapa de la chaqueta gris de Saltoncito. Y, de pronto, preguntó con angustiosa nerviosidad:

—¿De dónde has sacado esa chaqueta?

—De mi casa. Me la dió mi madre. Era de mi padre, que ya murió.

El Rey dejó caer la desenvainada espada que aún tenía en su mano, corrió hacia Saltoncito, le tendió los brazos y exclamó:

—¡Hijo mío! ¡Eres mi hijo! ¡Esa chaqueta es mía! La reconocí por el rasgón. Y tu madre, ¿dónde está?

—Está en casa —respondió Saltoncito, sin comprender nada.

El Rey, siempre con él del brazo, se sentó en el trono. Y mientras lo seguía besando, repetía con frenético júbilo:

—¡Yo soy tu padre! ¡Bésame!

Saltoncito, sin dudar ya, se abrazó a su padre.

—Sabe, hijo mío —contó el Rey— que cuando tú eras un pequeño de cuna, salí una tarde a buscar alimentos. Súbitamente me sentí cogido y elevado con brusquedad en el aire. Estaba entre las garras de un águila terrible que me devoraría. Contábame perdido cuando noté que en nuestra persecución volaba otra águila más fiera y poderosa, de la cual huía la que me aprisionaba. No sé la distancia que recorrimos; pero, al cabo de un rato de vertiginoso vuelo, sentí que la garra se abrió para defenderse y que yo caía. Cerré los ojos, sabiendo que mi muerte era segura; mas, felizmente, di en el agua y me hundí, perdiendo el sentido. Cuando recobré el conocimiento, vi con espanto que me hallaba rodeado por una muchedumbre heterogénea, compuesta por soldados y gente civil. Todos me miraban silenciosos y sobrecogidos. En eso, la multitud se abrió para dar paso a un cortejo compuesto, al parecer, por altos dignatarios que rodeaban un palanquín donde venía un venerable anciano. Éste descendió. Hincándose en el suelo, dos esclavos presentáronle una bandeja cubierta por fino paño negro. Lo sacó el anciano y vi que abría un gran libro. Del palanquín fueron traídos, en estuche de oro, los lentes del extraño personaje que, poniéndoselos, leyó: *"Y nuestro Rey llegará por los aires. Y despertará entre nosotros. Y él y su descendencia reinarán"*. El anciano cerró el libro, y exclamando: "¡Él es! ¡No hay duda!", se arrodilló ante mí. La muchedumbre gritaba: "¡El Rey! ¡El Rey!" No había salido de mi asombro, cuando ya marchaba hacia este palacio seguido por todos.

Saltoncito escuchaba entusiasmado.

Su padre continuó:

—Pero muy pronto llegaron las desdichas a mi corazón. Pensaba en ti y en tu madre, con quienes me era imposible volver a estar. Yo quise huir del reino para buscaros; pero una tarde salí a la orilla y comprendí que nunca podría llegar porque no sabía el camino. Decidí consultar a los sabios, sin enterarlos, claro está, de mis intenciones. Reunidos aquí, yo los interrogué, tratando de orientarme. Pero ellos me aseguraron que el mundo llegaba sólo hasta las colinas que rodean el lago y que, más allá, no hay nada. "No" —les decía yo— "debe de haber mucho más". ¿Y sabes, hijo mío, qué me contestaron? El más anciano, el más sabio entre los sabios, dijo: "Majestad, con la mayor humildad os digo que hacéis mal en querer saber más que la Ciencia". ¡Ay, hijo mío, todas las tardes, al morir el día, dejaba el lago ordenando que ninguno de mis servidores me acompañara. Y me ponía a mirar los verdes campos en los cuales había una ruta, ignorada por mí, que conducía a ti y a tu madre. Y las primeras sombras de la noche me encontraban todavía entre los juncos, mirando, mirando siempre, aunque sin esperanzas. Después, cierto día, mis ministros tuvieron una reunión secreta y llegaron hasta mí en corporación.

—El Libro Sagrado —habló el más anciano— dice textualmente: *Y él y su descendencia reinarán.* Ved, pues, Majestad que no cumplís la profecía. Elegid una de nuestras princesas, que las hay bellísimas y muy dignas de tan alto honor, u ordenad, si así lo preferís, que salgan emisarios por los otros tres reinos del lago a buscar a la alta princesa que ha de reinar sobre nosotros y sobre vuestro corazón.

Así habló el anciano y se retiró con los demás ministros. Yo no podía olvidaros, hijo mío. Los fui entreteniendo con diversos pretextos hasta que hoy, tú lo oíste, me fijaron un término que expira al amanecer. La suerte ha querido que viva y sea feliz.

Inclinándose a un lado del trono, golpeó con un martillo en una campana de plata. Varias puertas se abrieron

y una fila de guerreros de brillantes armas se tendió frente al trono.

—Id por los heraldos —mandó el Rey—, y que anuncien por todos mis dominios que tienen reina, ya.

Dos oficiales salieron corriendo a cumplir el mandato.

El Rey hizo señas al Jefe de la Guardia de que se aproximara, pronunciando por lo bajo algunas palabras. El viejo guerrero volvióse hacia su gente, ordenando con voz tonante:

—¡Soldados, presentad armas a vuestro Príncipe!

En eso un servidor entró y, arrodillándose frente al Rey, tendióle una bandeja negra sobre la cual había tinta, pluma y un pergamino.

—Del Sagrado Tribunal de Justicia. Para que firméis la condena que, por la ley, corresponde al carcelero que deja escapar un prisionero.

—Firmaré ésta, pero mañana investigaré el porqué de tantas penas de muerte como hay aquí —dijo el Rey cogiendo la pluma.

—¡Papá! ¿Qué vas a hacer? —gritó Saltoncito—. Él fue quien me dejó huir. A él le debemos todo. Y yo quiero que lo suelten en seguida. ¿Para qué soy Príncipe?

Y encarándose con el empleado del Tribunal, agregó con imperio:

—¡Que vengan inmediatamente los jueces! ¡Lo ordeno yo, vuestro Príncipe!

Al poco rato aparecieron los tres magistrados, trémulos de espanto, con la cabeza inclinada y el sombrero en la mano. Frente al trono hicieron una profunda reverencia.

El Rey, entusiasmado, dejaba hacer a Saltoncito.

—Quitaos también vuestros lentes. Frente a un Príncipe hay que sacarlos junto con el gorro —indicó Saltoncito.

Y, luego, agregó:

—¡Os castigaré severamente por vuestra injusticia y vuestra crueldad! ¡Soldados, prended a esos sapos! Ponedlos en calabozos separados y nos les déis más que pan y agua hasta nueva orden.

Algunos soldados salieron empujando a los jueces, quienes se agarraban la cabeza con desesperación.

—Ahora, papá, ven conmigo. Vamos a visitar a mi amigo, el carcelero.

Atravesaron la sala por donde llegara anteriormente Saltoncito y tomaron el obscuro corredor iluminado ahora por soldados que llevaban antorchas.

Al llegar a la puerta de la celda donde se hallaba el héroe, el cortejo se detuvo.

Uno de los guardianes puso la llave en la cerradura y la hizo girar.

Cuando se abrió la puerta, oyóse una voz desde el interior:

—¿Venís a buscarme ya? Moriré contento.

—¡No, no morirás! —grito el Monarca, abrazando al anciano.

—¡Mi Rey! —balbuceó éste con asombro.

Saltoncito saltó a su cuello y dijo alegremente:

—Sí, tu Rey y tu Príncipe, querido viejo. Yo soy el Príncipe que viene a buscar... al Jefe de su Guardia.

Y dirigiéndose al guerrero de más alta graduación, solicitó:

—Prestadme, general, vuestro uniforme más nuevo.

El Rey, democráticamente, se sentó en el lecho, e hizo poner de un lado a Saltoncito y del otro al anciano, que sollozaba. Pero Saltoncito, desobedeciendo la real orden se tiró al suelo y se sentó en las rodillas de su carcelero. Cuando volvió el general, seguido por un asistente que llevaba la ropa requerida, Saltoncito hizo salir a todos, hasta al propio Rey, del calabozo. Miró el uniforme, miró al viejo, y afirmó:

—Te quedará como de medida. Sácate la ropa.

Él obedeció cohibido. Se sacó sus pantalones llenos de remiendos y metió las piernas en los otros; luego quitó su viejo saco y púsose la chaquetilla bordada en oro y el casco con hermosas plumas verdes y rojas. El viejo se

miraba, daba unos pasos, volvía a mirarse, y todavía no se animaba a sonreír

Saltoncito comprendió que producían muy mal efecto los burdos zapatos deslustrados, pero hizo como que no lo advertía y dijo:

—Salgamos, Mariscal, que el Rey y su séquito nos esperan.

—¿Pero y tú? —reparó el Monarca, al verlos—. ¡Te has olvidado de ti!

¡Era verdad! Saltoncito estaba con su vieja chaqueta de pana gris y sus zuecos llenos de lodo.

—Después... después hay tiempo. ¿Adónde vamos, padre mío?

—Primero a mis habitaciones, a cambiarte de ropa. Luego a la sala del trono donde debe de estar toda la corte esperando.

Llegaron a la cámara regia y entraron sólo el Rey, Saltoncito y el anciano carcelero.

—¿Y cómo te llamas, querido Mariscal? Me había olvidado de preguntarte el nombre —dijo Saltoncito.

—Kum-Guam, Alteza —respondió el aludido, que no sacaba los ojos del joven, embobado.

—Pues Mariscal Kum-Guam, te aseguro que tengo más ganas de quedarme aquí con papá y contigo, que de ir a la corte. Indudablemente, la vida de los príncipes tiene cosas fastidiosas. Ordena que te cambien tus zapatos por unas buenas botas de charol.

Los pajes habían quitado la ropa y el calzado al joven Príncipe y lo empezaron a vestir. Primero, le pusieron medias de seda blanca. En seguida, zapatos de raso negro con hebillas de brillantes. Después, camisa de seda, anudándole al cuello una hermosa cinta, blanca también. Luego, pantalón corto de terciopelo negro y negra chaquetilla por el extremo de cuyas mangas asomaban blancos encajes. Colocáronle al fin un cinturón de plata, del que colgaba elegante espadín, y el propio Rey le puso en la

cabeza una gorrita, asimismo de negro terciopelo, con una pluma blanca que caía graciosamente junto a su cara.

—¡A ver! —exclamó el joven Príncipe, dando un salto—. ¡Espejos para mí y mi Mariscal!

Traídos que fueron los espejos, ambos se miraron y dieron algunos toques al arreglo; después se contemplaron mutuamente, riendo Saltoncito, aún con asombro el viejo carcelero.

—Partamos. Los cortesanos están ansiosos por vernos. Y vosotros —previno dirigiéndose a los pajes— sois responsables de mi traje viejo. Guardadlo en un arca y ponedle llave.

El Rey y el Príncipe delante, detrás el flamante Mariscal Kum-Guam, cuyas piernas se trababan con la espada, y luego la espléndida comitiva de guardias, llegaron a la sala del trono.

Los soldados se detuvieron al llegar a la puerta. Sólo el Monarca, el Príncipe y Kum-Guam pasaron al recinto rutilante por las joyas que las damas ostentaban. Toda la corte se abrió en doble fila, inclinándose al verlos llegar. El Rey y el Príncipe contestaban con finas sonrisas y pequeños movimientos de cabeza a las profundas reverencias de los cortesanos.

Detrás, tan rígido como su espada y terriblemente serio, seguía el viejo Mariscal.

Después de esta ceremonia, el Rey se detuvo a conversar con algunos de sus favoritos, y el pequeño Príncipe encantó a todos con su afectuosa dulzura.

Adonde quiera que fuera seguíalo el Mariscal, sudando a mares.

—¡Yo no puedo aguantar más las botas, Alteza! —confesó al fin, al oído de Saltoncito.

—Pues vete a mis habitaciones, sácatelas y espérame.

El Mariscal, en cuanto traspuso la puerta, quitóse las botas y, descalzo, llegó a la cámara.

Mientras tanto, en la sala, por lo bajo, claro está, no se decían más que palabras como éstas:

—¡Qué esbelto! ¡Qué hermoso! ¡Y qué distinción! ¡Y qué sencillez!

Las marquesas, las condesas y otras altas damas quedaban de pronto silenciosas, soñando con que un día aquel hermoso joven les dijera: "Os pido, señora, la mano de vuestra hija".

El Rey estaba encantado viendo a su hijo desempeñarse tan correctamente. Y de pronto, habló a los caballeros y damas que le rodeaban:

—No veo jóvenes. ¿Por qué se ha hecho tan rigurosa la invitación? Os ruego, señoras y señores, que mandéis invitar a vuestros hijos en nombre mío y del Príncipe.

Media hora más tarde, el salón resultaba pequeño para la concurrencia.

El Rey y el Príncipe se habían retirado un momento a sus habitaciones. Un heraldo llegó al fin y anunció en alta voz:

—El Príncipe recibe en el Salón Blanco.

Hacia allí se dirigieron todos por entre una doble fila de soldados que presentaban armas.

La sala era tan hermosa, que jamás hase visto semejante en la tierra. De mármol las paredes; de mármol sobre el cual el marfil dibujaba deliciosas escenas y las conchas marinas multiplicaban sus imágenes. De alabastro los asientos, calados prodigiosamente y con airosos espaldares. Y en el centro de la sala se alzaba un gigantesco coral blanco que extendía hacia todas partes sus ramas delicadas, de las que blancas perlas irradiaban blanquísima luz.

Una invisible orquesta empezó a tocar.

Luego que le fueron presentados todos, el Rey rogó:

—¡Danzad, danzad, hijos míos! Yo y vuestros padres nos iremos a la sala del trono.

—Iniciad la danza, Alteza —solicitaron los jóvenes.

Saltoncito iba ya a invitar a una dulcísima joven, cuando tuvo un sobresalto. Recordó que él no sólo no sabía sino que ni había visto nunca bailar.

—Dispensad, amigos míos —balbuceó—. Los médicos, por un tiempo, me han prohibido el baile. ¡Abusé tanto!...

Se formaron, entonces, parejas de danzantes. Los demás, o tomaban asiento o hacían grupos deliciosos.

Saltoncito quedó junto a la joven a quien pensó invitar a bailar. Sus compañeras se habían alejado y ella permanecía allí, inmóvil, con los ojos bajos, sin resolverse a ir con sus amigas. No vestía tan ricamente como las demás, pero la sencillez del traje realzaba su esplendor.

—Yo iba a invitarte a bailar cuando recordé la orden de mis médicos. ¿Te gusta mucho, amiga?

—No, Alteza. Y, además, yo no podría bailar con vos, Alteza.

—No me digas más Alteza. ¿Y por qué no podrías?

—Porque no soy noble.

—¿Qué?

—Mi padre, que es médico, fue quien curó a Su Majestad cuando los médicos de palacio no sabían qué tenía. Y entonces lo hizo su médico y le rogó que me presentara a la corte. Por eso vengo.

—No preguntaba eso. Decía por qué no puedes danzar conmigo...

—¡Sería un escándalo, Alteza!

—Pues mira, yo no sé bailar, pero aprenderé y daremos un escándalo a la corte, ¿quieres?

—¡Alteza!

—¡No me digas Alteza! ¿Quieres sentarte conmigo?

Ambos atravesaron el salón y tomaron asiento. Ella, de cuando en cuando, hacía correr entre sus nerviosos dedos el collar de pequeñas perlas, su única joya.

—Creo que seremos grandes amigos, ¿quieres tú?

—¡Yo, tan humilde!... ¡Vos, tan!...

—¿Yo tan qué? —interrumpió él—. Yo soy un pobre sapo, amiga mía, un pobre sapo que ha tenido mucha suerte y nada más. Y si el ser Príncipe me prohibiera tu amistad, pues les tiraría el principado y asunto concluído.

—¡Señor, vos sois!...

—No me trates más así, que me disgustas. Dime tú, como yo te digo.

—Vaya, pues... pues tú... ¡eres un Príncipe muy extraño!

—Y tú una joven muy buena y muy hermosa.

Ella se turbó y no supo responder.

Un paje, en bandeja de nácar, presentóles licores y dulces. La concurrencia era servida también.

Mientras bebía un licorcillo de dulce sabor, el Príncipe inquirió:

—¿No tienes novio, amiga?

—No, Alteza, ¿y tú?

—Tampoco. Es una desgracia esto de no tener novia. ¡No sé qué voy a hacer, te lo aseguro!

La música volvió a oírse y, dejando copas y golosinas, las parejas se entregaron nuevamente al baile.

—¡No sé que voy a hacer! —repitió el Príncipe con trágico acento.

—Tendrás que buscar —dijo ella, avivándose.

—Sí ¿y dónde?

—Aquí, entre las de tu clase.

—¿Y si me dice que no?

—¿Quién no va aceptar a un Príncipe?

—¿Tú lo crees?

—¡Claro!

—Bueno, amiga mía, te elijo a ti! ¿Quieres ser mi novia?

—¡Pero Alteza!... ¡Vos os burláis! ¡Sois cruel! ¡Vos...! —exclamó, casi sollozando, la joven.

—¿No ves? ¡A pesar de ser Príncipe, me dices que no! —reprochó él, contemplándola con los ojos brillantes de lágrimas.

—¡Pero Alteza! —volvió a hablar ella, cada vez más atribulada —yo no os digo que no, yo os digo que...

—¿Que sí? —interrumpió el Príncipe.

Ella guardó silencio, con la vista baja. Y luego, alzándola y sin atreverse a fijarla en la de su compañero, murmuró temblorosa:

—¡Que sí!

—¡Cuando mi madre se entere —dijo el Príncipe— será muy feliz!

—¿Y Su Majestad consentirá, Alteza?

—Y si no consiente, es lo mismo. Le entrego su principado y nos vamos del reino a vivir en cualquier parte.

—¡Eres intrépido! —suspiró ella, arrobada.

El Príncipe llamó a uno de los servidores y le ordenó algo. Poco después, el Rey llegaba a la cámara y se dirigía hacia ellos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó rápidamente el Príncipe, al ver aproximarse a su padre.

—Flor del Nenúfar.

—¿Qué deseas, hijo mío? —interrogó el Rey después de inclinarse ante la dama.

—Padre —confesó serenamente el Príncipe—, Flor del Nenúfar me ha dispensado el alto honor de admitirme como novio. Deseo tu consentimiento.

—¡Lo tenéis, hijos míos! ¡Y qué alegría me causáis! Flor del Nenúfar, hija mía, toma como recuerdo de esta inolvidable noche.

Y quitándose del pecho un prendedor hecho de una sola perla maravillosamente irisada, se lo entregó a la joven.

Para esto la danza había cesado y los bailarines no sacaban los ojos del Rey y de los dos jóvenes. Diéronse perfecta cuenta de la alegría del Monarca y vieron a Flor del Nenúfar colocar en su palpitante seno el extraordinario prendedor. No salían de su asombro, cuando el Rey, dejando al Príncipe con su novia, se les aproximó para decirles:

—El Príncipe ha elegido a su prometida y entrará con ella en la sala del trono. Preparaos, hijos míos, para formar su cortejo.

Inmediatamente ordenó que un heraldo fuera hacia allá para esperarlos preparado. Luego, uniéndose al Príncipe y a la joven, salió seguido por el fastuoso acompañamiento.

Al llegar, una voz anunció, estentórea:

—Su Majestad, el Rey. Su Alteza, el Príncipe. Su Alteza, la Princesa Flor del Nenúfar.

—¿Qué? —gritó un anciano al oír las últimas palabras del heraldo.

—¡Como lo oís! ¡Flor del Nenúfar! ¡Vuestra hija ha tenido suerte, mi querido Doctor —respondió una duquesa que estaba con el médico.

El Rey, el Príncipe, Flor del Nenúfar y su séquito aparecieron.

El Príncipe, sonriente, con la cabeza erguida; ella tenía los ojos bajos, humildemente.

Los vivas atronaron el espacio. Todos estaban contentos aquella noche a la que el Rey, con justicia, había llamado inolvidable.

—¡Ah, si tu mamá estuviera aquí! —decía Flor del Nenúfar a su novio.

—¿Mamá? ¡No la conoces! A estas horas estaría en su cámara, frente a su cesta de costura. Ya lo verás. Ya lo verás.

Pronto, la joven y su padre se despidieron del Monarca y de su hijo, quienes poco después se retiraban a sus habitaciones, donde el viejo médico y Flor del Nenúfar —que habían simulado irse— los esperaban ya.

Saltoncito quiso que su antiguo carcelero y flamante Mariscal conociera a su novia. Este estuvo con ellos un momento y dió un gran suspiro de alivio cuando le permitieron retirarse, yendo en seguida a sacarse las botas.

Al rato, Saltoncito apareció en la habitación del Mariscal. Arrojó su gorra sobre uno de los lechos, quitóse el espadín, se sentó y, mirando alegremente al viejo, dijo:

—¿Qué te pareció, amigo?

—Tienes buen ojo y buena alma, hijo mío. En mis años vi nada más lindo y más angelical que Flor del Nenúfar, mi Princesa.

—¡Muchas gracias! Y ahora, a dormir, que mañana tendremos mucho en qué ocuparnos y, al anochecer, saldremos del reino en busca de mamá.

Acostáronse ambos y quedáronse profundamente dormidos.

Cuando Saltoncito abrió los ojos, halló en los suyos los ojos de su padre que, ensimismado, lo contemplaba desde largo tiempo. Saltoncito se abrazó a su cuello y permanecieron así, sin decir palabra.

—Hijo mío —participó después el Rey—, el Consejo de Ministros desea presentarte sus respetos.

—Muy bien. Que se me vista inmediatamente.

Los pajes cumplieron su misión.

El joven Príncipe salió con su padre de la cámara. Y una bronca voz, entonces, gritó:

—¡Soldados! ¡Presentad armas!

Una espada brilló en el aire, cegadora, al hacer el saludo de ordenanza: ¡la espada del Jefe de la Guardia, la del antiguo carcelero!

—Buenos días, mi Mariscal. Veo que pisas con seguridad. Muy hermosas son tus nuevas botas.

El Mariscal permaneció rígido, con la empuñadura frente a sus ojos, tomando muy a lo serio su papel.

—¡Mariscal, mi Mariscal, yo no puedo estar sin ti! Deja la guardia al mando de tu segundo jefe y ven con nosotros.

Kum-Guam, resonando las espuelas de sus botas, se unió a ellos y con ellos entró en la sala del trono.

Los siete ministros hicieron una profunda reverencia.

El Rey habló:

—Mis amados ministros, desde hoy el Príncipe tiene tantas atribuciones como yo en los asuntos de Estado. Que

a todos nos inspire siempre el deseo de hacer la felicidad del Reino, y... ¿Pero qué es eso? ¿Qué rumor se escucha?

Parecía como si el lejano mar estuviera en la calle.

—¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo que quiere conocer a su Príncipe! —exclamaron los ministros.

Saltoncito, entonces, ordenó:

—¡Abrid los balcones!

Se abrieron éstos, y el joven, seguido por su padre, Kum-Guam y los ministros, se asomó.

Las aclamaciones, tanto tiempo contenidas, brotaron en el pecho de la multitud.

—¡Viva el Príncipe! ¡Viva! ¡Que hable!

Luego ya no se oyó más que:

—¡Que hable! ¡Que hable el Príncipe!

Saltoncito vaciló, pero después tendió la mano hacia la multitud. Se hizo un profundo silencio.

El joven Príncipe comenzó:

—Amigos míos: yo os quiero mucho y...

La multitud lo interrumpió aplaudiendo frenéticamente.

—...y trataré de hacer vuestra felicidad.

Nuevas interrupciones.

—Yo no sé nada de nada, os lo aseguro. Pero soy bueno, y eso, con vuestra ayuda, bastará. Cuando traiga a mi madre venid a verla. Os encantará porque es buenísima. Adiós.

El público se enloquecía gritando.

—¡Es un dios! —decían—. ¡El cielo nos lo ha enviado!

El viejo Mariscal sollozaba.

Los ministros buscaban sus pañuelos debajo de las togas e, inadvertidos, se lo pasaban por los lentes en vez de pasárselo por los ojos.

El Rey habíase quedado con una mano de su hijo apretada nerviosamente entre las suyas...

De pronto, un grito unánime atronó el espacio.

—¡Que baje! ¡Que baje hacia nosotros! ¡Que venga con nosotros!

El Príncipe, el Rey, Kum-Guam y los ministros ya no estaban en el balcón.

Y las pesadas puertas del palacio abriéronse de par en par, y la figura del Príncipe apareció frente a la multitud y se dirigió hacia ella.

Iba solo el Príncipe. El Monarca, el Mariscal y los ministros permanecían inmóviles en lo alto de la escalinata. Iba solo, con su traje de terciopelo negro, sus blancas medias largas, su espadín y su gorrita de airosa pluma.

—¡Es un dios! ¡Es un dios! —exclamó de nuevo la multitud, cayendo de rodillas.

Y el Príncipe decía, con los ojos brillantes de lágrimas:

—¡Yo sólo soy un pobre sapito! ¡No digáis esas cosas, que me haréis llorar!

Bello ramo de flores le ofreció una pequeña y, luego, otros imitaron su ejemplo, brindándole las suyas. Saltoncito ya no podía tener tantas. Entonces, la gente se las arrojaba al pasar. Y cual policromados fuegos de Bengala, así atravesaban el espacio, tirando de sus tallitos verdes, las perfumadas corolas azules, rojas, amarillas, blancas...

Pero, ¿qué es eso, allí? ¿Allí, a la izquierda del Príncipe? ¿Aquel grupo que rodea a un anciano? ¿Qué dice el viejecito? ¿Habla? ¡No, llora!

Saltoncito, deteniéndose, clavó sus ojos en él y preguntó:

—¿Por qué lloráis, abuelo?

—Porque no puedo veros. ¡Soy cieguito!

El Príncipe llegó hasta él, cogió entre sus manos la cabeza del anciano y púsole en la frente sus labios, con dulzura.

—¡Ya os vi! —gritó el anciano—. ¡Os vi el alma, Alteza!

Y era tal su alegría, que de nuevo rompió a llorar.

Pasó mucho tiempo antes de que Saltoncito volviera al palacio.

—Padre mío —rogó entonces—, quiero conferenciar con los ministros. Déjame a solas con ellos.

Desde el vestíbulo se oyó, poco después, la acalorada voz de Saltoncito.

En la mesa recién volvió el Rey a encontrarse con su hijo.

—¿Cómo es eso, padre mío? —reconvino Saltoncito—. El pueblo está completamente desorganizado, las contribuciones son terribles, los...

—¡Yo no pensaba más que en ustedes! —balbuceó el Monarca, disculpándose con los ojos bajos.

—Sí, ya lo sé, papá. Pero... pero debiste...

—¡Perdóname! —musitó el Rey sin alzar la vista.

—No, no hables así. Mas ahora hay que recobrar el tiempo perdido. Ya he rebajado los impuestos. Proyecto varias cosas que no tengo bien meditadas todavía...

Y dirigiéndose a Kum-Guam, preguntó:

—¿Tienes todo dispuesto, Mariscal?

—Sí, Alteza.

—Bien. Ya sabes. Al atardecer partiremos del lago.

Después del almuerzo, el Príncipe se tendió a descansar un rato, hasta la hora en que concurrirían de nuevo los ministros.

Venidos éstos, conferenciaron largamente e impartió algunas órdenes. Cuando se retiraron hizo llamar a los jueces prisioneros.

Al llegar, recordando la amonestación del Príncipe, se quitaron los lentes aun antes que los gorros.

—Sabed que estáis libres y, también, cesantes. Yo me encargaré desde hoy de administrar justicia. Y, por si algún día os repusiese en vuestros cargos, no olvidéis nunca que la justicia es bondad. Marchaos y sed felices, amigos míos.

—Alteza —dijo el más viejo de los jueces—, disponed de mí si necesitáis algún código, algún...

Saltoncito, con violento esfuerzo para conservar su seriedad, respondió, inclinándose:

—Os agradezco. No lo echaré en olvido.

A orillas del lago, más allá de los juncos, se notaba una gran animación. Los soldados iban y venían haciendo sonar sus armas; jóvenes agrupadas alrededor de lujosas literas colgábanles cintas y cortinas de seda; y en un arca enorme, con doradas agarraderas, otras doncellas depositaban hermosos trajes femeninos de riquísimas telas, y joyas y flores...

Seguidos de un espléndido cortejo compuesto por altas damas y nobles caballeros, aparecieron el Rey y Kum-Guam. Esperaban algo, al parecer. De súbito, todos dirigieron su vista hacia un lugar de la orilla. Entre los juncos y las flores del agua que dejaban posar sus pétalos sobre la blanda superficie ondulante, recortada en la vaguedad crepuscular, una pareja se acercaba lentamente, ensimismada: eran Flor del Nenúfar y su Príncipe.

—¡Verás qué buena es! —decía él.

—Ansío estrecharla sobre mi corazón —decía ella.

Cuando llegaron al grupo, el Príncipe habló así, observando el cielo:

—Hay que esperar, aún. ¿Y esas nubes? ¡Sería una gran contrariedad!

En efecto, las nubes tendían su manto...

Pero pronto siguieron su camino y el cielo apareció con sus estrellas.

—¡Miradla! ¡Esa es la que nos guiará! —indicó el Príncipe tendiendo su mano.

—¡Es la más hermosa y brillante del cielo! —exclamó la multitud, con entusiasmo.

Ya iban a ponerse en marcha, cuando el Príncipe volvió a hablar.

—¡Ay!, mi madre llevaría una impresión demasiado fuerte si me viera con este traje. Esperad un momento.

Poco después apareció con sus zuecos y su traje de pana gris.

—Te juro —aseguró a Flor del Nenúfar al tomar asiento junto a ella en la litera y hundiendo las manos en

los profundos bolsillos—, te juro que con esta ropa me siento más cómodo y más calentito.

Ella aprobó:

—Y te queda... ¡monísima!

En marcha ya, el Príncipe entornó los ojos y siguió hablando con voz que cada vez parecía más lejana.

—¡Qué felicidad! ¿eh?... Estoy muerto de fatiga, pero contento. Trabajé todo el día. ¡Qué lindo es ser bueno, ¿eh?... Mamá se pondrá muy contenta... La estrella que nos guía es hermosa, ¿verdad?... ¡Pobre Conversa con la Noche!... ¡Si él me viera, ahora!... Glu-Glu... el bosque... Flor del Nenúfar, amiga mía...

Y su cabeza, ya sumido en el sueño, se posó dulcemente, como una paloma, sobre el hombro de la joven amada.

—Pero Mángoa, me invitaste a cenar y resulta que tienes también otro invitado.

—¿Por qué, Glu-Glu?

—Has puesto tres cubiertos.

—Es que siempre pongo el de Saltoncito. Aunque quisiera dejar de hacerlo, no podría.

El anciano Patriarca bajó la cabeza.

—¡Pobre mi hijo! ¡Quién sabe dónde estará ahora!

—¡Oh! Tengamos fe en él. Nuestra fe dará, a él, fuerzas para seguir; a nosotros, para esperar.

—Yo lo que quería era tener siempre a mi hijo conmigo! ¡El mundo está tan lleno de peligros! ¡Es tan difícil triunfar! ¿Qué puede obtener mi hijo sino dolores? ¡Ya lo veo llegar! Triste, desilusionado... Pero yo lo alegraré y le haré olvidar todo con mis besos y mis caricias...

En eso golpearon a la puerta. Y la puerta se abrió. Y Saltoncito, con sus zuecos y su traje de pana gris, se precipitó en brazos de su madre.

Ésta sollozaba de alegría. Glu-Glu habíase quedado mudo. Y a ambos estrechó Saltoncito contra su corazón.

Al cabo de un momento en que los otros, creyendo al joven fracasado en sus sueños, no preguntaron nada, Saltoncito observó:

—¡Caramba, tres cubiertos!

—¡Yo siempre ponía el tuyo, hijito! —aclaró la madre, todavía con lágrimas.

—Pues habrá que poner dos más.

—¿Qué? ¿Traes amigos contigo?

—Sí. Prepárate para recibir grandes alegrías. Uno de mis amigos es... ¡mi novia!

—¡Pero, hijo mío! ¿Cómo es eso? ¡Ay, qué felicidad! —decía a tropezones la madre.

—Y el otro amigo es... ¡Madre, el otro amigo es papá!

Y ambos, entonces, entraron en el comedor. Y la escena que sucedió es indescriptible.

Bajo los altos astros, la suntuosa comitiva se puso en marcha. La primera litera era ocupada por los reyes y los príncipes. Mángoa y Flor del Nenúfar, en un asiento; frente a ellas, el Rey y Saltoncito.

Detrás, en la otra, el Mariscal Kum-Guam iba cómodamente reclinado, la espada entre sus piernas, oyendo con vivo interés episodios de la niñez de Saltoncito que Glu-Glu le contaba.

—¡Siempre fue igual, os lo aseguro, Mariscal!

—¡Yo lo suponía!... Sacad vuestra pipa y llenémosla de este buen tabaco, querido amigo.

Al llegar al Reino, el pueblo los recibió con grandes fiestas que duraron tres días. Poco después, se celebraron las bodas de Flor del Nenúfar con el Príncipe. Realizáronse en plena plaza pública, rodeada por la multitud que lloraba de alegría.

Y fue el pueblo el que, ya para siempre, llamó a Saltoncito *El Bien Amado.*

El rapto

LA pequeña Margarita, casi en puntas de pie, revolvía lentamente, con una cuchara, dentro de una olla puesta al fuego. Era ya noche. El rumor de la lluvia, que parecía querer contener todas las estridencias, apaciguarlo todo, envolvía la casa. De cuando en cuando el viento traía un gemido fugitivo como si algo pasara sufriente por los aires. Y el monótono son del agua ahogábalo en seguida en su murmullo de plegaria; de plegaria sorda y empecinada.

De la calle, una voz de mujer estrujó el corazón de Margarita.

—¡Pero ¿por qué eres así? ¡Entra! ¡Entra!

Otra voz, varonil, ronca, insegura, gritó:

—¡Usted es una perra! ¡Usted es una perra!

—¡Bueno! ¡Entra! ¡No seas así!

Y surgieron en la puerta de la cocina: él, chorreando agua, la cara descompuesta; ella, cubierta la cabeza con un paño, mojado el rostro y los ojos secos y brillantes como los de un pescado.

La pequeña se volvió un momento hacia sus padres. En sus cabellos rubios se ataba una cinta azul. Tenía una carita linda y pálida y unos grandes ojos oscuros en cuya mirada había ese algo que se puede encontrar en el mirar inocente de las gacelas y en el de las mujeres muy desgraciadas y muy buenas. Los niños no miran así.

El miedo contrajo sus pupilas obligándola a abrir desmesuradamente los ojos. La cuchara, pendiente de su mano, dejaba caer gotas sobre el piso.

El hombre fijó en su hija los ojos turbios.

—¡Al padre se le saluda! —masculló con ira reconcentrada.

Margarita, temblorosa, sin saber qué hacer, se dió vuelta y siguó revolviendo en el recipiente.

—¡El padre es el padre! —insistía él—. ¡Siempre y siempre es el padre!

Luego su voz se hizo débil y llorosa.

—¡Todos están en contra! —exclamó —¡No hay respeto! ¡No hay cariño!... ¡Todo está perdido!

Caminó vacilante hasta desplomarse como un saco de trapos en una silla.

—¡Todo está perdido! — repitió.

Y ocultando la cara entre las manos comenzó a sollozar.

La madre se le acercó, le clavó sus ojos fríos y quiso decir algo. El alzó vivamente la cabeza.

—¡Silencio! — ordenó con imperio.

—Pero...

—¡Silencio, he dicho!

Un silencio angustioso se hizo en la habitación. Margarita continuaba de espaldas a sus padres. Al apagarse todo ruido turbador volvió a escuchar el manso rumor de la lluvia, que llegaba a su espíritu como una presencia apiadada...

El hombre todavía permanecía erguido, con gesto autoritario. Su mujer, irresoluta, había clavado los ojos, aquellos ojos fríos, vidriosos y secos, de pescado, en la niña que, siempre de espaldas, seguía revolviendo el cocimiento; y vió de pronto cómo el pequeño ser se estremecía. Primero fueron las azules alitas de la moña, que se bajaron al inclinarse la cabeza; luego, los hombros se sacudieron también; después, el cuerpo todo... Y un sollozo ahogado tembló en el cuarto.

—¡Dios mío! —exclamó la madre—. ¡Estamos matando a Margarita! ¡Ay, Dios querido!

Y con ella en brazos huyó de la cocina.

El hombre miró asombrado la escena. Con enormes dificultades, porque nacían en su mente extrañas asociaciones que lo alejaban de lo que quería, trataba de pensar. De la habitación vecina llegaban los sollozos de la niña mezclados con las palabras tranquilizadoras de la madre. Y aquellos gemidos, precisamente, eran lo que perturbaba la atención del hombre. Había surgido en su mente la escena, vista en la mañana, de un cuzquito que se quejaba en la calle entre un corro de chiquillos. Y mujer, hija, perro, chicos, ahora se mezclaban en turbio tropel en su alma...

El silencio volvió a reinar. De puntillas, la madre entró en la cocina con el pelo en desorden. El hombre, que estaba adormecido, abrió los ojos. Un momento su mirada vacilante cayó en la mirada de su mujer que era como el reflejo de la luz en un vidrio turbio. Y frente a aquellos ojos secos, helados, llenos de odio, él agachó la cabeza. Su mano, que se había levantado de la rodilla donde posaba, se agitó un instante en el aire, se elevó un poco, aún, y

lentamente, volvió a buscar apoyo. Y con aire de humildad y cansancio, dijo:

—¿Por qué no me das la comida?

Recién entonces ella le sacó la vista.

Desde que Margarita comenzó a pensar, sintió la vida como una cosa fea y contrariadora. De todo cuanto anhelaba sólo muy poco llegaba a ella. Los tres chicos que durante la primavera y el verano vivían en la lujosa mansión de enfrente solían aparecer en el jardín con juguetes hermosos. A Margarita se le antojaba todo lo que desde su ventana veía. Y, más tarde, a veces días después, su madre ofrecíale un carrito demasiado vulgar o un caballito de lata o una muñeca entristecedora de tan pequeña y sin encantos. Cierto día, cuando su madre, sonriente, abría el pequeño envoltorio en el que traía un bebé de goma, Margarita exclamó, contrariada:

—¡Ay, yo quería uno grande y de celuloide, como el de ellos!

La madre enrojeció hasta el cuello; sus ojos llamearon un momento y brillaron con lágrimas de vergüenza. Todo el orgullo de una raza altiva, venida con ella a menos, le sacudió los nervios.

—¿Por qué te has puesto colorada, mamá?

Ella no respondió. En su mano trémula el pequeño bebé mostraba su inexpresiva sonrisa.

—¡Eres mala conmigo, Margarita! —reprochó al rato, resolviéndose, por fin, a envolver de nuevo el muñequito.

Y abrió un cajón y hundió en su interior aquello que la estaba haciendo sentirse a sí misma empequeñecida, ridícula.

Lentamente la niña iba pensando con intensidad en la vida. Y comprendió que de nada servían los juguetes ya que poco podrían distraer y alegrar. Para ella la vida se reducía a un conjunto de hogares constituídos por los padres y los niños, adonde el hombre llega borracho, dice palabras terribles a su mujer y se golpea en ocasiones contra

las cosas hasta hacerse daño; donde la madre trabaja silenciosamente y llora con frecuencia y donde los niños se pasan el día atisbando a los padres. Una mirada, sólo, basta para que el niño deduzca muchas cosas que van a suceder. Cuando el padre vuelve temprano de su trabajo y está sonriente, todo irá de una manera encantadora. El hablará a su mujer con cordialidad; ella sonreirá frecuentemente, y él cogerá a sus hijos, los pondrá en las rodillas y les contará historias de lejanos países y tiempos remotos o, después de comer, dispondrá trocitos de madera que, pegados hábilmente, resultarán una hermosa sillita o un sofá o una cama de muñeca. Pero cuando es ya tarde y el padre no viene y luego aparece tambaleante, con los ojos torvos, entonces, ¡oh!, entonces hay que huir a un rincón y permanecer inmóvil mientras la casa tiembla. Tal era la vida para Margarita; algo desatado, rabioso, cruel a veces, y, otras, una cosa linda y dulce que entristece porque de antemano se sabe que será fugitiva.

Margarita fue adaptándose a aquello. Sufría, pero tomaba su dolor como algo natural, a lo que no se le puede buscar explicación porque no la tiene.

Hubo unos días, en primavera, cuando el jardín vecino estaba más hermoso que nunca y entre los senderillos cubiertos de arena aparecieron nuevamente los niños, en que empezó a ser llamada por éstos. Una tarde Margarita se resolvió y, pidiendo permiso a su madre, atravesó la calle. En la puerta de hierro se detuvo, indecisa.

—¡Entra! ¡Entra! — exclamó el mayor de los chiquillos.

Margarita, con su humilde trajecito blanco y su gran moña azul en los cabellos, jugaba feliz, al poco rato, con sus nuevos amigos.

Eran tres: dos varones y una niña. Los varones se mostraron muy amables y obsequiosos. El primer día ya uno de ellos quiso, de todas maneras, hacerle aceptar el ferro-

carril de cuerda que se deslizaba a gran velocidad sobre un ancho círculo de rieles. El otro hizo caer a Margarita a fuerza de sacudirla en su propio caballo de hamaca. La niña había acogido a Margarita con más mesura, como a una antigua amiga. Entre otras cosas, contóle confidencialmente que a los varones no se les deben prestar muñecas porque las destrozan...

Una amplia escalinata conducía al jardín, desde la casa. Y Margarita vió venir por ella a la señora. Era joven y hermosa; tenía unos ojos oscuros, pequeños, muy alegres. La dama la acarició, rogándole que fuera todas las tardes a jugar con sus hijos. Margarita había visto al señor conversar momentos antes con ella, arriba. Como la expresión de la señora era tan feliz, pensó:

—El papá hoy no está borracho.

Y simultáneamente se imaginó a aquellos tres niños agazapados en un rincón, y a la señora, llorosa, frente al esposo que rugía con las manos en alto: "¡Usted es una perra!" "¡Usted es una perra!"

—¡Qué suerte que yo haya venido en un día tan bueno! —se dijo—. ¡Hoy todos están contentos aquí!

Esa noche Margarita tardó en dormirse pensando en sus amigos. Era que al imaginarse sus caritas dulces y buenas, crispadas de terror —como a veces su propia cara— cuando aquel señor tan alto e imponente llegaba ebrio, empezó a sentir por ellos una pasión casi maternal, penetrante, que iba creciendo hasta refluir y proyectarse sobre todos los niños que había visto y sobre todos los que presentía. Una muchedumbre infantil apareció desde todas partes y hacia su alma con ojos de dolor, las manitas frías, los hombros curvados. Había una agitación astral en el triste conjunto que permanecía pendiente de Margarita. Y ella, saliendo de sí misma, desbordante de ternura, experimentaba la sensación de estrecharlos a todos contra su pecho, esperando más, aun más niños de los que, sofocados, concebía en el mundo misterioso y enorme.

Todas las tardes Margarita atravesaba la calle y se reunía con sus compañeros. Empezó a conocerlos bien. De los dos varones, el mayor, de once años, delgado y pálido, era violento y, como todos los impulsivos, no tenía medida en la ira y en el cariño. El otro, el menor de los tres hermanos, grueso y de blandas mejillas, era pacífico y llorón. En realidad tenía sus motivos para ser esto último porque en todas las cosas salía siempre muy mal. La niña adoptaba con Margarita una fineza extraña, como deliberada, quizá como inducida por alguien con premeditación. Margarita sintió desde el principio eso de raro que había en su trato; pero no llegó a analizarlo. Fue más tarde, en sus últimos días, en los días de triste y acariciada soledad, cuando sospechó que acaso su amiga fue advertida por sus padres de cómo tenía que comportarse con ella.

Había un juego elegido por el mayor de los hermanos: el de los matrimonios. Margarita pasaba a ser su esposa y tenían la casa debajo de un pino gigantesco, en medio del jardín. El niño había decidido que sus hermanos constituyeran otro hogar en un pino cercano, adonde irían frecuentemente de visita, ya a caballo, ya en coche, ya en ferrocarril. Su hermana aceptó de muy buen grado la idea; pero hubo un obstáculo insalvable: el gordo quiso a toda costa permanecer soltero, al igual que su tío, el siempre expansivo joven que solía ir a visitarlos en un larguísimo auto en donde venían siempre juguetes y dulces y más juguetes. Hubo, pues, que resignarse a constituir un solo matrimonio, y los otros dos niños quedaron como simples amigos de los esposos.

Lo primero que hizo él fue regalarle el bebé de celuloide de su hermana. Margarita se sintió muy dichosa. La señora, enterada, mandó esa vez a una criada con deliciosas confituras para el bautizo...

Todas estas cosas distraían algo a Margarita; pero a medida que amaba más a sus amigos deseaba más conocerles íntimamente su vida; es decir: su desgracia. Y empezó a observar con extrañeza que en ningún momento

había huellas de desdicha en los niños y en la madre. Además, el señor —a quien solía ver por una ventana que daba al jardín escribiendo sobre una mesa enorme cubierta de libros y papeles— venía en ocasiones y se les acercaba. Más de una vez acarició a Margarita con su mano blanca y fina. Más de una vez, también, su joven esposa, al verlo, bajaba la escalinata, lo cogía del brazo y lo invitaba a pasear por los senderillos bordeados de flores.

Esas escenas llenaban de asombro a Margarita, y más aún cuanto que veía a sus amigos contemplarlas con la naturalidad de quienes están habituados a presenciarlas siempre.

Una tarde, avanzando ya el verano, la reunión de los niños se hizo en el fondo del jardín, donde a esa hora había más sombra. Fue en los días en que el gordo se enteró, por algún criado, de que su tío vivía solo, sin madre, completamente libre, en una lujosa casa donde daba alegres fiestas a sus amigos. Debajo de una acacia enorme estaban colocadas algunas sillas traídas del vestíbulo y una mesita colmada de dulces y refrescos. La mamá había accedido generosamente a los deseos del gordo que, pensando imitar a su tío, quiso dar esa tarde una brillante recepción. Después que todo estuvo dispuesto, los invitados se habían alejado hacia el exterior, quedando solo el dueño de casa debajo de la acacia. Estirándose, en puntas de pie, su hermano oprimió el timbre de la puerta de calle. El gordo, que esperaba todo oídos el llamado, salió a recibirlos con jubilosa sorpresa. Margarita, su niño en un brazo, apareció dando, muy circunspecta, el otro a su compañero.

—¡Qué criatura tan linda! ¡Deje, señora, que le dé un beso!

El gordo cogió al bebé, lo besó y se lo entregó a la madrecita que, al estrecharlo de nuevo contra su corazón, exclamó:

—Este diablito no nos deja dormir de noche, con sus llantos.

Sonriendo con tolerante comprensión, el gordo los condujo a su casa.

—Espero también a una señora amiga mía — enteró tomando asiento primero que los otros.

De eso se hablaba cuando oyeron gritar en la puerta de calle.

Era la otra niña que, después de luchar en vano por alcanzar el timbre, había decidido anunciarse así.

Mientras se festejaban llegaron los padres y se sentaron en un banco próximo al lugar. Margarita, que los sintió aproximarse, estaba preocupada. No los podía ver; sólo escuchaba el murmullo de su conversación ininteligible por la algazara de los chicos... Y en un momento de calma oyó lo que, dulcemente, decía el esposo. Algunas palabras las olvidó pronto Margarita porque tenían un significado desconocido para ella; pero más tarde, en sus últimos días, en los días de triste y acariciada soledad, le parecía oír frecuentemente: "Yo quisiera ser todavía más bueno, más bueno contigo". "Todo me parece poco para ti que has hecho tan feliz mi vida".

Margarita sintió claramente el golpeteo de su corazón. Con la fugitiva rapidez del relámpago, una sensación de amargo despecho apareció en su alma. Pero fue un momento, no más. Demasiado pequeña para tener la fuerza de atención que le permitiera fijar las ideas y analizarlas, aquello se ahogó pronto en un dolor profundo, oscuro y, asimismo, puro, que empezó a subirla y a recorrerla como en ondas.

Mientras intervenía en los juegos —se cansaron de estar sentados y habían abandonado la hospitalidad del gordo que siguió a sus invitados sin preocuparse del desaire— un turbión de ideas la asaltaron. ¿Aquel hombre no hacía daño a nadie? ¿La señora no sufría y podía estar siempre dichosa? ¿Sus pequeños amigos no sabían lo que era despertarse de noche al sentir vomitar a su padre mientras la habitación se llenaba de un olor acre y repugnante? Ella

quería saber; ella quería enterarse de si era la única niña en el mundo que tenía una casa espantosa.

El gordo y su hermana, con pequeñas palas, estaban atareados en hacer montículos de arena. Más lejos, Margarita y su compañero dormían al bebé por décima vez en la tarde.

—Cuando este niño sea grande, será general —se decía él, ensimismado.

Ella, decidiéndose por fin, preguntó, mirándolo fijamente:

—Dime, ¿tu papá le pega a tu mamá?

—¿Estás loca?— exclamó él con los ojos ardientes de fiereza—. ¿Qué te crees tú? ¡De mi padre no se habla!

—No —repuso, tranquilizadora y demudándose, Margarita—. Yo decía... sabes... si le pega cuando se emborracha.

El niño se irguió furioso, con una mueca que le mostraba los dientes; cogió a la niña por los hombros, la sacudió con fuerza y profirió, ahogado por la rabia y el llanto:

—¡Mi papá es bueno! ¡No vengas más aquí! ¡Mala!

Margarita cayó, pero se levantó rápida y huyó perseguida de cerca por el niño, mientras los otros dos chicos presenciaban la escena con ojos de asombro. La niña dió algunos pasos antes de echar a correr tras de su hermano. El gordo permanecía inmóvil, como alelado. Cuando el perseguidor estiraba ya el brazo para coger a Margarita, tropezó y se dió de bruces. Ella siguió corriendo desesperadamente. Sobre su cabecita rubia la moña azul parecía una mariposa en una mata agitada.

Al día siguiente, una criada llegó a lo de Margarita.

—La señora y los niños —dijo a la madre— le ruegan que deje a Margarita ir a jugar.

Pero todo fue inútil. Margarita se arrinconó a llorar en un cuarto y de allí no hubo forma de sacarla. Cuando su madre, desistiendo ya, volvió al patio a seguir el lavado de ropa, Margarita entreabrió el postigo de la ventana

y miró a la calle. En el jardín, con la cara entre los barrotes de la verja, los tres niños miraban tristemente hacia su casa.

—¡Margarita, ven! ¡Ven, Margarita!

—¡Ven! —repitió la niña.

—¿Por qué eres mala? ¡Ven, Margarita! —imploró el que fuera su mejor amigo.

Margarita cerró violentamente el postigo. Y en los días sucesivos ya no volvió a aparecer en la ventana. Sólo alguna vez, muy de tarde en tarde, se asomaba mirando recelosa a través del cristal. Y siempre que los niños la advertían, le gritaban con cariñosa tristeza:

—¡Adiós, Margarita! ¿Ya no vas a venir nunca más?

Llegaba el otoño, las hojas se dejaban caer de las ramas y cubrían el suelo, los pájaros habían desaparecido y todo se iba envolviendo en una calma profunda y melancólica. Una mañana hubo gran movimiento en la quinta. Varios hombres cargaban muebles sobre carros detenidos en la calle. Margarita, tratando de ocultarse, observaba desde su ventana. Los habitantes de la casa, como todos los años, iban a pasar el invierno en el centro de la ciudad. De pronto Margarita vió a los tres niños y, detrás, a sus padres, aparecer en la puerta del edificio, descender la escalinata y atravesar el jardín hacia la calle. Entonces Margarita abrió completamente la ventana y se asomó.

Al verla, la pequeña y el gordo gritaron:

—¡Nos vamos! ¡Nos vamos! ¡Adiós Margarita!

—¡Adiós! ¡Adiós! —contestó ella. Y clavó los ojos en su mejor amigo.

Instintivamente él se había detenido un poco y, separándose así de sus hermanos, caminaba ahora junto a su padre, con los ojos bajos, serio, más palido que nunca.

—Vayan a despedirse de Margarita —dijo la madre al subir al auto.

Los dos pequeños cruzaron corriendo la calle y, trepándose al balcón, besaron a la niña.

El otro, gravemente, avanzó y esperó a que sus hermanos descendieran. Entonces le tendió su mano temblorosa y dijo con amarga tristeza:

—¡Adiós, Margarita! Yo... ¡no estaba enojado contigo!

—¡Adiós! —balbuceó ella, trémula.

El auto partió velozmente.

Al cerrar la ventana, Margarita sollozaba. Y como pocas veces en su vida, se mostró imperiosa, terca. Su madre no consiguió sacarla del rincón donde se puso a llorar. Cuando a la hora del almuerzo llegó su padre, quiso hacerla comer. No estaba borracho. Por eso mismo temblaba más y su voz era más débil. La acarició, trató de hacerle comprender que "el que no come no puede vivir..."; pero todo resultó en vano.

Este estado de rebelión duró poco. Después fue cayendo en una tristeza a la vez honda y apaciguadora que, secretamente, la alejaba de todo y la hundía en sí misma. Por la noche, al acostarse, ya no veía frente a ella una muchedumbre de niños sufrientes sobre los que podía volcar su ternura. Un sereno dolor la envolvía entonces. Y aparecía ella misma ante sus ojos; sólo ella, sólo ella en el mundo misterioso y enorme.

La piedad que experimentaba por su madre extinguíase lentamente. Y se borró de golpe, sin dar paso a la menor sombra de odio, el día en que la sorprendió sacudiendo con rabia a su padre, mientras éste hacía arcadas horribles y arrojaba una saliva gomosa que quedaba colgando en hilos de sus labios. Entonces recordó que varias veces, sobre todo en sus primeros años, cuando su madre quizá pensaba que ella no podía comprender aún, le había visto el mismo gesto de asco y odio altivo. Y que una noche, en la oscuridad del cuarto, desde su cama, oyó a su madre decir en el patio, entre rabiosos sollozos, después de ser golpeada:

—Yo no hice caso a mis padres. Y en vez de vivir en un palacio, elegí tu casa perversa e inmunda.

Y como cuando él pegaba no hablaba, Margarita sólo sintió un gemido y el ruido de un cuerpo que se daba contra el suelo. Caída aún la madre, a Margarita le pareció que su voz salía de abajo de la tierra, al exclamar:

—¡Maldito, maldito seas!

Mas, ahora, su padre ya no era violento; su cuerpo y su alma se habían como aflojado, y en sus ojos húmedos existía siempre una indescriptible expresión de entrega. Por eso, a Margarita le pareció más cruel la actitud de su madre. Y los últimos restos de su ternura se proyectaron con ardor sobre aquel desgraciado. Pero sólo dos veces se sentó en las trémulas rodillas de su padre y lo abrazó, besándolo. Desacostumbrado a esas expansiones de amor, él no se dejaba besar y acariciar sin estallar en sollozos. Eran unos gemidos tan extraños que sacudían el alma; Margarita, al oirlos, sentía el mismo estremecimiento misterioso que experimentaba cuando en la alta noche, más allá del jardín de enfrente, ladraba un perro desconocido. Dos veces se sentó en las rodillas de su padre, sí. La primera vez empujada por su amor; la segunda, reflexivamente, ya. Después vió que la comprobación de sentirse asistido conmovía a su padre hasta el daño. Un sollozo, entonces, brotó de la garganta de la niña. Y se mordió los labios.

Todos los días, a esa hora en que las sombras de la noche empiezan a fluir de la tierra y, como trabajosamente, van levantando, levantando la luz hasta alejarla de los ojos del hombre, Margarita penetraba a oscuras en el dormitorio, entreabría el postigo de la ventana que daba a la desierta calle y se sentaba allí. El jardín vecino estaba en sombras y la gran mansión destacaba por encima su silueta.

Poco a poco el espíritu de la niña se iba alejando de lo que la rodeaba y un estado semejante al del éxtasis la poseía por entero. Margarita no comprendía nada, no imaginaba nada, su voluntad en nada intervenía. Pero se

sentía como acariciada, como atraída, como mecida, y le gustaba adormecerse así. Tal cual entra y pasa la luz por un cuerpo transparente, así llegaba, la atravesaba y seguía algo que no dejaba en ella sino una vaga sensación de embeleso. Todo se reducía, pues, a un inexplicable bienestar que la empujaba a aislarse desde que las primeras sombras se alargaban hacia el cielo. Al principio, aquello pasaba debajo de su conciencia; después, aguardaba a la noche como se espera algo muy puro, muy amigo. Y al sentirla llegar misteriosa, maternal, íbase debilitando su atención y se entregaba íntegra a las sombras, cuyas ondas negras la envolvían en la dulzura infinita de sus pliegues y ponían entre ella y el mundo su presencia defensora. Fue entonces cuando Margarita tuvo la sensación de que empezaba a ser firme, tenazmente protegida. Y con toda su alma se dedicó a ahondar en el corazón de la noche. Aquella paulatina, irresistible identificación se operaba fuera de sus sentidos. Ella no comprendía, pues, al retornar a la realidad, lo que había sucedido en los contactos cada vez más íntimos y largos; pero una frialdad intensa empezaba a extenderse por su conciencia, volviéndola insensible a todo lo exterior; y pudo presenciar sin que su corazón se conmoviera la caída de su padre en oscuro estupor, y el cada vez más inexorable desquite de su madre. Como una cuerda permanece muda mientras las demás suenan y, de pronto, vibra sin que la pulsen porque otra se ha sacudido con vibración idéntica a la suya, y confunden su música, entonces, y se estrechan así, de tal manera el alma de la niña sólo se abría al nocturno llamado. Luego en su profundo amor, en su entrega absoluta, se dejaba penetrar, desprender silenciosa y acunar, al fin, en el regazo tranquilo de la noche.

Sobre una mesa se amontonaban los frascos de medicamentos; de los nuevos medicamentos que el doctor recetó el día en que, por fin, dijo a la madre:

—Todo hacía suponer que no; pero, sin embargo... La niña está muy débil y en muy mala edad. Habrá que tener mucho cuidado.

Cuando el reloj indicó las seis, la madre, que no sacaba de la blanca esfera sus ojos de pescado, fríos, turbios, secos, se incorporó, cogió un frasco y una cuchara y se acercó a la cama de la niña.

Margarita, pálida, con los ojos cerrados, parecía un varón, porque sus cabellos rubios, aquellos cabellos de oro tibio, de oro que vive, donde se alzaban antes las alitas azules de su moña, habían sido cortados.

La madre le levantó la cabeza y vertió la cuchara entre sus labios secos. Luego volvió a sentarse en su sillón, postrada por el cansancio y el sueño. A su lado, inmóvil, como aterrado, como culpándose de aquella desgracia, el hombre no sacaba los ojos del suelo.

La noche se aproximaba lentamente y empezó a tenderse por el cuarto. Al advertirlo la mujer encendió una bujía cuya claridad amarillenta y débil hizo retroceder un poco a las tinieblas. El airecillo que penetraba por la puerta agitaba la llama. Así, a cada movimiento, las sombras y la luz se desplazaban. El lecho de Margarita quedaba en un ángulo oscuro. Y desde allí parecían impulsarse las tinieblas y reducir la llama que, irguiéndose de nuevo, temblorosa, empujábalas otra vez hacia atrás.

La tibia lucecita se tornó luego como un barco en el mar; en un mar tranquilo, pero inconteniblemente empujado de abajo, que mece todo lo que cae en él...

Sólo Margarita sintió el ladrido del perro desconocido que debía de vivir más allá del abandonado jardín. Sólo ella lo escuchó. Entonces abrió los ojos. A su lado vió a la noche tranquilizadora y envolvente. Margarita le sonrió con dulzura. Y aquellos labios para siempre quedaron entreabiertos. Porque Margarita ya no estaba allí. Porque, piadosamente, Ella la había sacado.

Los cinco

EL primer sábado de Carnaval, exactamente a la hora desde la que se permite el disfraz —doce de la mañana— muy ansiosos después de largo aguardar ya prontos aparecen los cinco jinetes por el camino del pueblo. Espantadizas hasta de la sombra, a veces sólo con paciencia consiguen que sus cabalgaduras avancen. A fuerza de "¡Bah!... ¡Bah!... ¡Caballo!..."

El caballo lo constituye una tramoya de alambres en forma de sección horizontal de equino, que se sujeta con un cordón desde los hombros y pende al nivel de la cintura.

Queda, pues, el armatoste por la mitad del cuerpo. El poncho del hombre cae alrededor y oculta los alambres y sostenes. A su vez, el armazón que insinúa las formas del animal mantiene una tela de arpillera que llega hasta el suelo y oculta los pies. De trapo bien forrados son el cuello y la cabeza. Con crin y todo. Como de bestia estimada. Las colas, eso sí, copiosas.

Así vienen, camino del pueblo, los cinco. Arriba, gente; abajo, caballos. Caballos más bien ariscos, redomones, que se echan atrás por cualquier cosa levantando nubes de polvo. Entonces, los brazos armados de rebenque se alzan y se abaten, punitivos. Y los parejeros saltan locos de furia, de lado a lado del camino. Y los jinetes también rabian, ya agotada la paciencia. Y a golpe y grito obligan a adelantar a sus pingos que, con brincos, en vano hacen por librarse de los crueles emponchados.

Pasan el camposanto, serias las caras, sombreros en mano —las cosas allí no son juguete— aunque permitiendo ciertos recelos a las bestias, que caracolean al llegar y sólo a fuerza de "chupadas" pacientes, cruzan. En seguida aflojan riendas. Y al airoso galopito avanzan hacia las canteras que bordean el camino, profundas, llenas de agua. Allí, entre ellas, del boliche de Pantaleón, sale la gente por ver. Y otra vez hay que recurrir al rebenque, porque los fletes se asustan. Y si bien los pescuezos y las cabezas permanecen tiesos, abajo es una cosa tremenda. Los corcovos, en ocasiones, dejan ver alpargatas y piernas. El polvo arde en las narices...

En la puerta de la taberna azuzan con gritos, aviesamente.

—¡Flor de jinete!

—¡A qué no lo voltea!

Y al que marcha adelante —patrón o jefe— parece que ya lo va a tirar su parejero. O, peor, que el flete ya se va a precipitar con él en las aguas de la cantera, hasta cuyos bordes llegan en brincos. A los otros cuatro también los traen mal. Porque son botes arteros, inesperados, los

de estas bestias de cola casi dura y completamente rígidos cogote y testa...

Nadie vio quién fue; pero lo cierto es que, de pronto, un fósforo arrojado con malhadada puntería enciende el poncho y el arnés del que va adelante. Y mientras los otros cuatro se paran en seco, aquél, dejando el inquirir y la venganza para después, sujetando el sombrero que se le cae por un costado, corre entre llamaradas hacia la cantera, con la cara trágica.

—¡Hepe! ¡Hepe! ¡Hepe! ¡Hepe! — y se precipita en el agua.

Del despacho de bebidas salen todos.

—¡Eso está mal! ¡Eso está mal! — protestan, imposibilitados de apearse, los compañeros del accidentado al galope hacia la profunda cantera y dejando lo otro también para después.

Se corona de gente el ancho pozo. Abajo, a cinco metros, flota el caballero y emergen la cabeza y el cogote de su indesprendible cabalgadura.

—¡Consigan una piola!... ¡Pero mire qué cosa! — grita con voz lastimera.

—¡Si se corre más acá, hace pie, don!

—¿Para dónde? ¿Para allí?

—Síiii.

—¡Bueno!

Y se corre. Y hace pie.

—Bueno, ¿y van a traer piola?

—Síiii! ¡Pantaleón fue a traer la del pózoo!

—¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Dejennos pasar a nosotros, que somos los compañeros de él, pues!

—¡Pero mire qué cosa!

Para ver, los compañeros deben asomarse de lado. Con engorro acomodan sus caballos paralelamente al borde de la cantera y, bien echados a un costado, sacan la cabeza. Cuando sube un "¡Pero qué cosa!", ellos sueltan, también, hacia abajo:

—¡Pero, pero qué cosa! ¡Pero, pero qué cosa!

—¿Se mojó el caballo? — hace descender uno.

—¡Sí, está empapado!

—¡Pero mire qué cosa!

—¡Guarda! ¡Den paso! ¡Guarda!

Son Pantaleón y su cuerda.

—¡Agarresé, don!... ¡Y con los pies vaya ayudándoo!

—Sí, pero... ¡y no ve! — sube del fondo.

El caballo, bien sujeto a los hombros, lo estorba.

—¡Ladeeló para el costado! Echelé el cogote para el costado y usted corrasé para el otro costado!...

—¿Cómo? ¿Así?

Nadie responde. Es que se oye ruido de cascos a todo lo que dan.

—¡Viene el sargento! ¡Ahí viene Mansilla!

En efecto: ya pasa frente al camposanto un indiazo uniformado.

Pantaleón, que ha tornado la cabeza, vuelve a atender al foso porque hacen fuerza en la piola. Es que ya vienen subiendo cabalgadura y jinete. Aquélla, rígidos cuello y cabeza; éste, de costado, como cabalgando a lo mujer. Los dos, a chorros.

—¡Ayude uno, que pesa una barbaridad por el agua!...

Y suelta la piola, dándose vuelta para atender a sus espaldas. Y chasquea abajo un violento chapoteo. Porque, ya cerca, el caballo del sargento se asusta de los otros cuatro caballos y se sienta en los garrones.

Castiga el policía. Clava espuelas. La bestia, bufando, se hace un arco, corcovea, mientra al frente los otros cuatro jinetes se arremolinan sin saber dónde meterse. Son brasas los ojos del caballo policial. Y por la boca le asoma como una espuma.

Pantaleón, volviendo a atender a la piola, grita a los amigos del caído:

—¡Retirensén para que se acerque el señor!...

—¿Y para dónde?

—¡Retirensén para atrás del montecito!

A extraño, largo tranco desgarbado, provocando otra sentada y nuevos bufidos, los cuatro atraviesan media cuadra y se ocultan entre unos sauces.

Todavía con dificultades, el sargento llega al borde de la cantera. En eso asoma el jinete, sin sombrero y hecho sopa. En seguida, la cabeza y el cogote de su martirio.

El caballo del sargento se para de manos. Abre la boca con horror. Revuelve los ojos.

—¡Pero retiresé, pues, usté también, hasta que este otro acabe de salir!

Ante lo imperioso del tono, el sargento talonea hacia el montecito de sauces...

—¡Para ahí, no! ¡Para ahí, no, que están los otros!

Desvía el policiano y va a apostarse junto al cementerio.

—¡Pero qué cosa, amigo!

Ya ha pisado en firme el emponchado. Se escurre el agua. Y dispone el poncho en torno al armazón en cuyo medio está. El incendio ha sido abajo. Se le ven las piernas casi hasta las corvas.

Por eso, porque esto ya se aleja demasiado de la forma equina, el sargento pudo acercarse casi sin dificultades. Su cabalgadura apenas si resopla entre un brillar de ojos siempre desconfiados.

—¡Pero qué cosa, amigo!

—Bueno, ahora tiene que acompañarme hasta la comisaría.

—¡A mí!, ¡a mí que no hice nada!, ¡por Dios bendito!

Sus movimientos, fatalmente acompañados por el armatoste que pende de sus hombros, hacen retroceder entre grande botes al sargento, cuyo caballo vuelve a dar miedo con esos ojos y boca.

Se arremolina la gente. Y allá, del monte donde echando sus pingos para un costado conseguían los cuatro amigos asomar medio cuerpo, surge un clamor.

—¡Para llevarlo a él, tienen que llevarnos a todos nosotros!

Y salen del sauzal a galope tendido, mientras el sargento se afirma en las crines para contrarrestar nuevas costaladas y saltos, bajo bufidos.

Va a dar el policía, contra su voluntad, otra vez al camposanto. Y desde allí, sacando el silbato, toca llamada de auxilio.

Cada aguda pitada produce a su bestia el efecto de un espolazo. Tiembla y se arquea como si le sangrasen los ijares.

Junto a la cantera, los otros cinco de a caballo conferencian en voz baja.

—Yo creo que si no nos entregamos va a ser peor.

—Sí, vamos a entregarnos.

El sargento descabalga en este momento para poner las riendas en manos de un negro cuya marcha detiene con imperio. Se acerca a pie. Le resuena el sable.

—Tienen que marchar a prestar declaración, los señores.

Pantaleón, la piola de rastras, se aleja corriendo al recordar que dejó el despacho a solas y con parroquianos.

Nadie ha acudido a las pitadas. El sargento decide emprender la marcha.

—¡Pero mire qué cosa!

Delante, por el medio de la calle, ellos; detrás, el sargento, de ya más tranquilizada cabalgadura. Al accidentado se le ven claramente los pantalones y las alpargatas. A los otros, como marchan al tranco, no se les ve nada. Los cinco han perdido bríos. Nadie reconocería en éste al mismo grupo que, ratos antes, con tanta fogosidad se aproximaba al cementerio.

Ya entran en el pueblo, cuando el jinete delantero, es decir, él y su caballo, empiezan a caminar con dificultad, casi cojeando. Es que se les ha aflojado una alpargata.

A trechos se detienen y afirman el pie en el suelo, restregándolo. Por conservar la distancia, gracias a la cual mantiene tranquila a su cabalgadura, el sargento también se detiene.

Uno de los compañeros se aparea al del engorro. Este saca el pie hacia atrás, con la alpargata que cuelga ya casi suelta. Pero cuando el otro, estorbado por su propio caballo, consigue tocarla, la falta de equilibrio lleva al descalzado, costalando, contra una casa.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¿Ahora se van a quedar toda la tarde? ¡Si se cae que se caiga, no más!

Se asoma gente a la calle. Y llama alborozada para que acuda más.

Un niño, advirtiendo el abandono de la alpargata, corre solícito y la entrega al de pie en el suelo. Este la agarra, abrumado; mira y la apoya sobre el duro cuello de trapos retorcidos de su parejero. Pero de un despacho parten pullas. Los caballeros se enardecen. Y como de la otra acera también los befan, ellos dan el frente a un lado y a otro, mudos, con ojos de brasa. Los armatostes siguen sus movimientos, acentuándolos. Dan la sensación de que se reaniman, de que retornan por sus arisqueces.

Sin entender la causa, el sargento grita, a la distancia:

—¡Oh! ¿Y ahora vuelven a creerse que están de fiesta? ¿Se creen que esto es chacota?

Los arreados, sudorosos, llegan. En la puerta está un soldado de guardia. De estatura tan pequeña que el más pequeño traje policial de todo el Departamento le quedó grandísimo. Hasta que se halló otro más chico que también le quedó grande.

Se echa atrás el casco para observar a los cinco, con los párpados entornados.

Salvo uno, los demás están insuperables. Recuerda al instante que, cierta vez, un tío suyo se disfrazó así. Pero no tan, tan igualito...

—¡Páselos! — grita el sargento, deteniendo su caballo a quince metros.

Se descubren los jinetes y entran circundados por el suave rumor de las zapatillas.

Es un corredor largo. A la izquierda, están los calabozos. Delante de los cinco, que a la vez, inexorablemente,

van detrás de un cogote y de una cabeza rígidos, el arrobado soldadito pasa sin detenerse frente a las pequeñas puertas y sigue hasta llegar al fondo.

—¡Qué colosales! — se dice tornando la cabeza de vez en cuando, con encanto.

E indicando, no hacia los calabozos sino hacia el portón de las caballerizas, dice:

—¡Adentro!

Se asoman los caballeros. Se asoman, apenas. Porque derribándolos entre un brusco estrépito, derribando también al embelesado, saltan sobre ellos tres caballos, hacia la calle, despavoridos.

¡Qué lástima!

PARÓ la oreja Sosa al oír exclamar al desconocido:
—¡Qué lástima, qué lástima, que la gente sea tan pobre!

Sosa ni caso había hecho cuando, media hora antes, vio recortarse en la puerta del despacho de bebidas al escuálido forastero. Siguió absorto en una sensación penosa que lo embargaba frecuentemente. Pero al rato, cuando separado ya el pulpero oyó al otro cerrar la conversación con "¡Qué lástima que la gente sea tan pobre!", la sensación, de golpe, cambió de efecto. Y comenzó a reconfortarlo algo así como un desahogo.

¡Con qué extraña dulzura había sido pronunciada la frase! Sin rabia, sin rencor... A nadie culpaba. Como si de las desgracias del mundo los hombres no fueran responsables.

—¡Eso está bien! — se dijo para sus adentros Sosa.

Y le pareció que rozaba todo su cuerpo desmirriado, como acariciándose a sí mismo, contra un muro sin fin de largo y de color gris pizarra.

Con interés afectuoso observó. El desconocido era casi tan alto como él; y él era largo, de veras. Y, como él, flaco. Lampiño, y él tenía bigote. De botas raídas, y él con alpargatas. Los pantalones, a lo mejor, eran a media canilla, como los suyos. Pero, con las botas, los extremos no se veían.

—A ver, caballero, ¿qué se va a servir?

El otro se tornó hacia Sosa y miró en derredor. El invitado era él porque no había más nadie.

—Otra caña — respondió posando en Sosa una mirada tiernísima.

El patrón, negro, ya viejo, de encasquetado sombrero muy copudo, sirvió sin decir palabra, llenó asimismo su gran "vaso particular" y tornó con él al rincón donde, entre el mostrador y la desmantelada estantería, sobre una pequeña mesa, escribía entre borrones la carta que cierta muchacha de las mancebías le encargó para el amor que estaba preso. Además de sombrero tenía lentes, el negro. Unos lentes de níquel, comprados de ocasión cuando el vendedor le dijo a boca de jarro: "Usté lo que precisa es lentes".

Si no se lo hubiera dicho así, de golpe... El negro, desde su candidez tocada, aunque cabeceando un poco, sintió que no podía hacer otra cosa que sacar el dinero...

—¿Es forastero el señor?

—Es verdá. Vengo de Santa Escilda. Y medio ando por encontrar conchabo en la curtiembre de los Bastos.

—Buena gente, sin despreciar... ¡Salú!

Y alzó el vaso amarillo.

Entró un perrito a la taberna. Y tras él una mujer muy llamativamente acicalada que, mientras adquiría, buscó inútilmente con los ojos la mirada de los que estaban allí.

—¡Este hombre es muy gente! — pensaba Sosa.

Y comprendió que estimaba al desconocido con un cariño sin tiempo.

Cuando la joven se retiró sin haber conseguido ni por un momento atraer la atención de los amigos, Sosa se había alejado un poco de sus pensamientos, pues le andaban en la mente un carrito de pértigo y una yegua tordilla sobre la cual se vio al momento salir del monte con una carga muy grande. Con ahínco trató de echar las imágenes por lo menos dentro del monte, otra vez. Pero infructuosamente. Tuvo que volver, pues, con ellos, al hombre que tenía al frente. Y dijo, al principio sin saber a dónde iría a parar; después, desde una grave firmeza:

—Yo tengo un carro y una yegua, caballero... Me la rebusco monteando y vendiendo leña en el centro. Yo, el carro y la yegua estamos a la disposición.

—Se agradece en lo que vale. ¡Salú!

Se alzaron los vasos, inseguros.

Sobre el mostrador pendía la lámpara. Las sombras de los amigos se acortaban. Ellos callaban. Bebían caña. Sosa sentía algo imposible de expresar, pero que era como el desarrollo de aquel "¡Qué lástima, qué lástima que la gente sea tan pobre!", que le había hecho parar la oreja. O, tal vez, era un "¡Qué lástima!", sólo, que crecía y embargaba todas las cosas del mundo, y con ellas subía más allá de las nubes y las mostraba así, desoladas, míseras, a alguien capaz, si mirara, de acomodarlas mejor.

Con el índice mesaba los pelos del bigote contra ambos lados del labio.

Se oyó el pitar de un silbato. Otros, lejos, sonaron también. De la calle llegaron voces. Y una voz de mujer, clara y metálica. Más atrás, del fondo de la noche, ladridos. Y el jadeo de una locomotora.

El patrón, en un instante, al beber gran trago de caña, los miró fijo. Pero sin verlos, abstraído, inclinando a un costado el sombrerazo para rascarse las motas ya grises. Era que, escribiendo cada vez con más empeño lo que la muchacha le recomendara, se inquietó de súbito. Desde el principio de la escritura el corazón del negro se había ido conmoviendo secretamente. El nunca hizo cartas. No tenía a quién. Y esto que anotaba a pedido venía tan bien con lo que podía confiar a un amigo lejano, si lo tuviera, que, repitiendo un sorbo de caña, ponía sobre el papel, despacio, tembloroso, como algo íntimo: "Las cosas marchan muy mal. Viene muy poca gente. Ya los tiempos de antes no volverán nunca más..."

El negro vaciló, parpadeando. Se alejaba de las palabras de la muchacha. Pero continuó por su cuenta, atraído como por una voz que lo llamaba desde el fondo de su ser: "Y cuando no hay nada al lado, cuando no hay nadie, nadie al lado, entonces se piensa en cuando la niñez. ¡Tan linda que era!"

Algún recuerdo muy hundido fue tocado por esta frase; pero la conciencia manoteó de nuevo, por suerte, la imagen de la muchacha y, con ello, las verdaderas palabras a revelar en la carta hicieron presente su expectación. Lo que debía seguir era: "Voy a comprarme una pollera azul y un saquito blanco...". Esto, pues, lo volvió por entero a la realidad. Allí fue donde el negro quedó en desazón. Inclinó a un costado el sombrero. Sin verlos, miró a los dos largos parroquianos. Dejó la pluma. Se quitó los lentes. Llevó a los labios su gran "vaso particular". La vista le oscilaba.

—Otra vuelta, haga el bien.

Estaban bastante cargados. El tabernero sirvió y tornó a su pequeña mesa. Y por no recordar el acongojante giro que había tomado la misiva, comenzó a turbarse con cosas menos embargadoras. Las manazas sobre el manchado pliego de papel, ante el temor reciente y bienhechor a un pedido de fiado o a una fuga intempestiva o a un seco

"Aquí no pagamos nada y se acabó", él se puso en guardia.

—Yo en seguida me di cuenta, Juan Pedro, que usté era una persona gente — confiaba con ternura Sosa al que acababa de revelarle el nombre.

Juan Pedro sonreía. Y posaba en su reciente amigo, alto, flaco, pantalón muy por encima del tobillo — como el pantalón de él, sí, si él no tuviera botas—, posaba una mirada tan dulce que casi no miraba nada.

Y vuelta a aparecérsele a Sosa el carro y la yegua tordilla. Y vuelta a llevarlos, ahora ufano y dichoso, hacia su compañero.

—Usté, Juan Pedro, cuando quiera la yegua, va a mi casa y la saca. ¿Fuma otro, Juan Pedro?

Juan Pedro, ya con las manos muy torpes, lió un cigarro, encendió y dejó que saliera libremente, de toda la boca, el humo.

—Usté, cuando la precise, va, no más, a mi casa y saca la yegua... Y si yo no estoy, la saca lo mismo.

Vaciló. La realidad no daba más y su ardiente pasión quería más, todavía. Y arrolló la realidad. Y salió al otro lado, terriblemente amoroso, diciendo:

—Y si la yegua no está... ¡usted la saca, lo mismo!

Esto de sacar la yegua aunque la yegua no estuviera, conmovió hasta el estremecimiento a Juan Pedro. No advirtió que faltaría la yegua. O le pareció que la yegua podía estar y no estar. Porque lo cierto es que "si la yegua no está, la saca lo mismo", se le quedó bien grabado y era lo único que permanecía firme entre cosas que comenzaban a tambalearse.

Volvió a mirar a su amigo. Pero apenas si lo veía. Se veía él, él solo, ya. Hasta la perenne sonrisa se le daba vuelta. Como si se le hubiera hecho convexa. Se quería a sí mismo, ahora, y ascendía en alas de su amor, sobre los mundos. Llevándose la mano a la cara, comenzó a acariciarse la sonrisa.

—La yegua es suya, amigo Juan Pedro — seguía Sosa por su lado, implacablemente generoso, con los ojos apagándosele.

Juan Pedro, que no pudo soportar sino por breve tiempo su delirio, había posado otra vez en tierra, ahora contrito. ¿Qué podía dar él en retribución a aquel corazón fraterno? ¿O qué decir, al menos? Juan Pedro tenía ganas de llorar. Cierto caballo de que una vez fue dueño de pronto se le apareció y espantó su sonrisa. Lo vendió al llegar a Santa Escilda porque, por desgracia, ¿para qué quería caballo en aquel pequeño villorrio? Cuando comprendió para qué lo quería —para quererlo, precisamente— era ya tarde. Se había gastado la plata en las pulperías. Y el caballo zaino siguió con un tropero hacia "La Tablada", allá tan lejos. Y pasó de regreso, a los días. Y volvió a cruzar como al mes. Hasta que caballo y tropero desaparecieron. ¡El, él lo había vendido! ¡A aquel caballo amigo! Y el amigo pasaba y repasaba. Y él, a veces, ni plata tenía para emborracharse a cada pasada. Y sobre todo cuando ya no pasó más. Ni en un mes, ni en dos: nunca, nunca más.

—La yegua es suya...

—¡No, compañero! ¡La yegua no es mía, es suya!

El negro, con inquietud, se acomodó el sombrero y, a una señal de Sosa, trajo otra vuelta.

—Es suya, digo.

—¡No, no, Sosa! ¡No, no! ¡Es suya!

—¡Es suya, amigo!

—¡No, Sosa, no!

Y la mirada se le mojaba en lágrimas.

—Vamos, compañero, la yegua es suya.

—¡No, no es mía; no es mía!

—Es que usté no me entiende lo que le quiero decir — advirtió Sosa, por fin.

Bebió un trago, chupó, sin advertir que inútilmente, la apagada colilla y explicó, recalcando las palabras:

—Yo, lo que le quiero decir, es que la yegua es suya.

Juan Pedro, vencido, abrió los brazos. Y los dos amigos, tan altos y flacos, de botas el uno, de alpargatas el otro, se estrecharon palmoteándose suavemente las espaldas, bajo los ojos del negro cuyo espíritu había caído en la conversación como en un remolino y no hallaba nada en qué agarrarse.

Un indio que entraba desaprensivamente a la taberna se detuvo bruscamente. Pero convencido de que aquello no era pelea, se aproximó al mostrador, pidió y bebió sin respirar.

—¿Y qué es de esa preciosa vida?

—Bien, por el momento — contestó el negro después de un silencio, porque la pregunta le tardó en llegar y la respuesta en salir.

De inmediato, sin embargo, tuvo la sensación de que lo habían sacado como de un sumidero.

Salió el indio. Ya en la calle su voz se oyó entre risotadas.

¡Cómo ladraban los perros, lejos desde el fondo de la noche!

—¡Yo soy así! ¡Yo soy así! — sostenía Sosa golpeándose el pecho frenético de dicha.

Ahora sí lo había empezado a ver otra vez Juan Pedro. Medio borroso, pero lo veía. Percibía el bigote de Sosa, sus pantalones por encima del tobillo, sus alpargatas. ¡Era tan extraño aquello! El no le miraba más que la parte superior del cuerpo. Y lo veía, sin embargo, hasta los pantalones y las alpargatas.

Ya no podían más de caña.

—¿Qué le parece... si saliéramos... un poco... a refrescarnos... y después volvemos... a tomar?

Juan Pedro aceptó con un cabeceo. El tabernero se caló los lentes, echó atrás el sombrero y sumó. Sucesivas rectificaciones fueron contraproducentes. A cada vez el resultado era distinto. Se sacó el sombrero. Llevó al mostrador su "vaso particular" y le bebió el último sorbo. Su ca-

beza de grises motas volvió a inclinarse. Después de aquel breve descanso se resolvió a sumar por última vez y a tomar aquel resultado como definitivo. Con la conciencia ya más firme dio a cada cual su vuelto. Pero perdió pie de nuevo cuando oyó que Juan Pedro decía a su amigo Sosa:

—¿Vamos saliendo, Juan Pedro?

El espíritu del negro, quien ya se acomodaba otra vez el sombrero, flotó un momento en el vacío. Y como el ventarrón a una hojita, así se lo llevó lejos lo que, desde la puerta, al rodear con el brazo el cuello de su camarada, exclamó Sosa:

—¡Cuidado, Sosa, cuidado con el escalón!

Sin mirar, el negro vio la mesa, el lapicero, la carta. Y vio cruzar todo veloz. Y hundirse allá en el fondo de aquello donde ladraban, ladraban los perros...

Se sacó el sombrero.

Rancho en la noche

Sobre la tierra de los hombres, nada verá el ojo más blanco que aquel blanco.
D'Annunzio.

A la luna luminosamente inmóvil, lejana y casta hija de los cielos, ¿qué dicen, palpitantes, las estrellas? — "¡Qué bella eres! — cantan—. ¡Qué blancura tan blanca! ¡No hay blancura más blanca que tu blanco! ¡Santo blanco, tu blanco! ¡Blanco santo!"

Pero ella no escucha. Embebecida en sí misma, sueña un blanco que es más blanco, más blanco, todavía: más

blanco que lo blanco. Y el aire difunde sobre los bosques y los ríos y la pradera y el inmenso océano; y sobre este rancho, aquí, mísero: "¡Qué bella eres, blanca! ¡No hay blancura más blanca!"

Dentro —negro terrón paja dorada—, dos Malvones se estiran por ver; y un Cisne. Por ver entrar al Angel y al Perro. Del brazo. Marcial éste en su marcha para darse ufanía. ¡Qué hermosa cola y qué alas tan finas! Blancas, éstas. Negra la cola rígida. Tremenda.

—¡Qué manera de hacer calor!

—¿Dónde?

—Aquí.

—¡Ah, sí, hace un calor! Pero no es nada, ¿no es cierto?

—No es nada, no; no es nada.

—Un Gallo, dos mustias Margaritas, León remendado, rodeándolos. Y tornan todos la mirada hacia la puerta. Claveles y Juan Pérez, son. Gordos, los Claveles, y rojos. El, de inmaculadas zapatillas blancas. Junto al grave silencio del Perro y del León, Juan Pérez ha puesto el suyo, dulce. Y la blancura de sus zapatillas.

—¡Adiós, querida! ¡Qué alas tan lindas!

—¡No, qué...! ¡Lindas son tus hojitas verdes en la cintura!

Estrépito de latas chisporrotea y crepita. Que en el patio, sobre tarros y escandalosos jarros, una cabalgadura de alambre y trapo ha ido a costalar, resonándolos. Jinentes barbudos irrumpen en la sala. ¡Oh!, a saltos en la sala, desparramando sillas y gente hacia los rincones, contra la pared.

—¡Mis alas! ¡Ay mis alas!

En los botes y brincos las gualdrapas descubren, en vez de casco, pantalón y alpargata. El polvo se levanta. Nubecillas al techo, paja de oro. El Arbol, que va a entrar desaprensivo, piensa en su frágil profusión de ramas y, prudente, permanece en el patio, expectante. El polvo es como humo. Un ventanillo ya ábrese a la noche. A la diá-

fana libertad ofrecida entrégase el polvo, desvanécese entre cánticos: "No hay blancura más blanca que su blanco..." Embebecida en un sueño más blanco, todavía, ella, la cantada, no puede escuchar. Imposible librarse de sí misma. Sorda y ciega de tan blanca está. Y el polvo sube y trema asordinado y exacto: "¡Oh, qué blanco tan blanco el de su blanco!".

—¡Que lo tira! ¡Sujete! ¡Ay, Dios, qué brincos!

Se ha escapado una alpargata. Voló y posó sobre las faldas verdes.

—¿De cuál de los tres es esto que me cayó en las faldas?

Hay que volver al patio a sujetar mejor la cinta, pues... Al patio pálido de luna y de dos linternas, dos faroles amarillos; de luna embebecida en sí misma, cerrada en blanco, abierta sólo a su interior, más blanco, todavía, y demasiado alta e inasible, empero, para la corta mirada macilenta y sucia y desvanecida de amor, de las linternas. Suena la tierra entera: piedra y monte y agua y carne, ahora emblanquecidos. Sueña la tierra entera, ahora: "¿Dónde, dónde blancura ya más blanca? ¡Ninguno así de blanco entre los blancos!"

Y Juan Pérez, ahora, en medio de la sala, con sus zapatillas blancas y su sonrisa pegada, que aletea y no huye, como mariposa viva con alfiler. Y el León, el Perro, Margaritas, el Cisne, muda Sota de Espadas, y Claveles y el Angel. Y ya también, asimismo —tras el Arbol al que hay que doblarle las ramas con dificultad para que pueda transponer el estrecho, bajo dintel... la Muerte. La Muerte, sí, con su guadaña y su farol que ha dejado en el suelo para ayudar a que el Arbol logre el pasaje; filo mellado y color de lumbre que empuña nuevamente, ahora, entrando.

—¡Jesús! ¡Por Dios! ¡Que salga!

—¡Que la echen!

El Oso lento y dócil y cansado. Enhiesto, arriba; abajo, chueco. Y el domador cazurro: parla y látigo. Más

polvo hacia lo blanco, a cada golpe y a aquel danzar como de escobas, levantador de polvo, patizambo.

—¡Qué tierra!

—¡Pare al instante el bicho!

—¡A ver, que riego! ¡Juan Pérez, que salpico!

—¡Para atrás, Juan Pérez, por su bien, que salpica!

Ya van a sonar las guitarras. Ya están sonando. Y el acordeón se apresta a seguirlas, jadeante, cojo.

—"¡Oh! ¡Oh!... ¡Oh! ¡Oh!... ¡Qué cosa!" —musitan las guitarras, cuchichean entre ellas, obscuramente.

—¡Qué linda, ay, Dios!, ¡qué linda pieza es la que va a empezar!

—¿Por qué, Clavel, es tan indiferente? Yo soy bueno... Yo soy trabajador — ha dicho el Perro, trémulo.

—¡Esas ramas, ay!

—¡Cuidado con sus ramas!

—¡Ay, qué fastidio! ¡Esas ramas que arañan!

—¡Es que es de balde, no se puede bailar así vestido! Tíreme esta rama para aquí y la otra para allá. ¿No ve que de frente se me doblan todas para atrás? Y ahora sáqueme a mí despacito para el patio. ¿No ve que me estoy descascarando y se me ve un poco la camiseta?

—"¡Oh!" —ha gemido el acordeón—. "Estaba lloviendo mucho, y yo me mojaba todo. Y golpeaba a su puerta... Y ella no abría. Pero me oía, sí. No estaba durmiendo. Me oía. Me oía... Me oía..."

—"¡Oh! ¡Oh! —las guitarras dejan brotar en trabazón obscura—. "¡Oh! ¡Oh! ¡Qué cosa!"

—"¡No estaba durmiendo, no! ¡Me oía! —vuelve a quejarse, desde su fatiga, el acordeón—. "No estaba dormida... Y había puesto trancas a la puerta. Y me dejaba golpear... y mojarme mucho, ¡todo!"

—"¡Oh! ¡Oh!" —murmuran las guitarras, obscuramente—. "¡Oh! ¡Oh!, ¡ha puesto trancas; ha puesto gruesas trancas! ¡Y ella, detrás, escucha todo... y ríe!"

Y el acordeón, tosiendo, desde su cansancio, desde su asma, las alcanza, cojeando. Y ya para callarse, les confía:

—"¡Estoy todo mojado!... ¡Me estoy muriendo de frío!... ¡Me estoy muriendo de este frío!"

Las cuerdas agudas sufren un grito lastimero. Y una mano se interpone para que no vean las inocentes Un brusco bordoneo —sí, una mano— que las ciega, piadosa...

—¡Ah!, le han dicho a la Muerte que se vaya al patio, entre los borrachos, y no vuelva más aquí; que a cada momento se pega una en su guadaña o da en su farol ¡y se horroriza!

—Y a Juan Pérez también se lo han dicho. Si no sabe bailar, le dijeron, váyase al patio, porque la sala es chica... ¡Y él estorba por diez porque tiende las manos para que no se le acerquen y le pisen las zapatillas!

—¡Qué lindo es, Sota de Espadas, estar de fiesta y no acordarse de nada!

—¡Sí, pero usted lava, ¿no es cierto?

—Sí, ¿no ve las manos? Antes todos tenían que hacer con mis manos. Y me gustaría sentarme, pero tengo que estar parada toda la noche por las alas. En el respaldo se me arrugan todas...

Por el ventanuco, desde afuera, el Arbol y la Muerte miran la danza, tristemente. Y tragan polvo. Que éste sube hacia el fleco multicolor de las guirnaldas. Y sigue, vaga arriba, rozando la pajiza techumbre de oro muerto, y sale entre los cariacontecidos asomados, y se pega a los pliegues del humo de la hornalla del patio, por ascender más pronto hacia lo diáfano. Donde las estrellas... Pero no, ¡ay!, están gimiendo; gritan, ahora las estrellas. Claman, gritan porque la blanca, tan blanca luna advierta, saliendo de su ensueño, a la famélica nube negra, agazapada, en acecho tras los horizontes. Con rabioso, sierpe pérfida. Toda ojos de cueva, agazapada frente a la ensoñante...

Otra vez ruedan latas con escándalo. Que en la doma del patio, un potro de arpillera, ahora en jirones, ha volteado al Oso —dormido en su borrachera— patas arriba sobre jarros y tarros... Pata de Palo —bota y palo— tira del en tierra y lo levanta. Y el Oso retribuye, a su vez, sosteniendo al salvador, que tambalea.

—"¡Oh! ¡Oh!... ¡Oh! ¡Oh! —murmuran adentro ellas, las guitarras, obscuramente—. "¡Oh! ¡Oh!"

—¡Qué trabajo para hacerse la cola!

—No, parece. Y es del año pasado.

—¡Ah, usted... la guarda!

—Sí, la guardo... y después me la pongo.

—"¡Oh! ¡Oh!... ¡Oh! ¡Oh!"

—"Pero me oía, sí! No estaba dormida, me oía!..."

—"¡Oh! ¡Oh! ¡Ha puesto trancas; ha puesto gruesas trancas! ¡Y ella, detrás, escucha todo, y ríe!"

—¡Ay! ¡A bailar conmigo entre Pata de Palo y está borracho como una cuba!

—¡Pata de Palo, no empuje!

—¡Pata de Palo, que me pisa!

—"¡Oh! ¡Oh...! ¡Oh! ¡Oh!..."

—"¡Estoy mojado, todo mojado! ¡Y me oye golpear porque está despierta!... ¡Me oye, sí... sí... sí!..."

—"¡Oh!, ¡oh! ¡Ha puesto gruesas trancas! ¡Se va a morir de frío, de este frío!"

—¡Pata de Palo, no bailo más!

Hecho una furia sale Pata de Palo en busca de Juan Pérez para que lo consuele. Juan Pérez vigila la bota y el palo y sus zapatillas inmaculadas, mientras se pone a consolar, caído el alfiler, volada la mariposa.

—Venga, Pata de Palo. Venga, Muerte. Vengan a tomar. Cuelgue su farol, Muerte, al lado de ese farol.

—"Oh!, ¡oh! ¡Ha puesto trancas! ¡Oh!, ¡oh! ¡Qué cosa! ¡Lo va a matar... de frío, de este frío!"

—Siéntese en estos bancos. Beba, primero, Pata de Palo. Y, ahora, que beba la Muerte. Yo, después, el último... Y, después, nosotros dos nos vamos y no vendremos

nunca más. ¿Y usted, Muerte?

—¡Yo también me voy... y los tres no vendremos nunca más!

Otro farol, ahora, en el patio. Amarillo, sucio, desvanecido, el de la Muerte. Tres faroles, ahora, estirada su luz sin bríos hacia el polvo demasiado alto ya y hacia el humo lejano, que ascienden, ahora, enloquecidos, remolineantes, en torbellino. Porque las estrellas gritan, trizándose, que ya se arrastran, se arrastran la nube y su negrura: can rabioso, sierpe pérfida, ojos de cueva.

¡Y la luna, tan pálida, soñando!

¡Murió la blanca! La malvada nube negra duerme. Y las estrellas, dejando sin rutas al humo aquél y al polvo, en su fuga enloquecida...

Silencio... Silencio... Junto a macilento color de lumbre que se pone en como cauteloso movimiento ya, silencio. Y, ahora, silencio y golpe... silencio y golpe... silencio y golpe...

—Sosténgame, Pata de Palo. Me voy a sacar las zapatillas, así no me las humedece el rocío. Sosténgame...

—"¡Oh!, ¡oh!... ¡Oh-ía!... ¡Oh-ía!..."

¡Se cayó Pata de Palo!

—"¡Oh!, ¡oh-ía!... ¡Oh!, ¡oh-ía!..."

Silencio y golpe... Silencio y golpe... Silencio y golpe... Silencio y golpe...

Silencio.

Las ratas

ME veo, siendo muy niño, siguiendo una mañana hacia el fondo de la casona familiar a una criada que, entre aspavientos, portaba una gran caldera de agua hirviente. El fondo era extenso. A un lado, estaba la caballeriza y el altillo para los forrajes, largos de varios metros. Al frente, las habitaciones de la servidumbre y de los recogidos. Cuando la criada se detuvo frente a una trampa de alambre que encerraba dos ratas, el espanto estrujó mi corazón. Al vernos, ellas se debatieron contra las paredes de la jaula, arañando los alambres. Luego, se echaron con las cabecitas pegadas al suelo, jadeantes. Sus ojillos abiertos no querían mirar.

De pronto, profiriendo a gritos:

—¡Destrocen, ahora! ¡Traigan pestes, ahora! —la mujer alzó la caldera.

Un chorro quemante, un solo, breve chorro, cayó sobre las ratas, cuyos lomos humearon, despeinándose, y se encogieron entre ahogados chillidos. La maldita jaula se estremeció, se dió vuelta, rodó, saltó, despidiendo un pegajoso tufo a carne recocida. Como ositos se paraban en dos patas las infortunadas, rascando con las uñas los fatales alambres. Y caían. Y en botes de epilepsia se destrozaban los hocicos buscando salida. Inexorable, la criada dejó caer un nuevo chorro; esta vez prolongado, perseguidor. Sin voz de horror, yo permanecía inmóvil, con los ojos secos, vueltos vidrio. Entre el clamor ya desvaneciéndose, la jaula daba tumbos, crujía a influjo de las pequeñas garras urgidas. Y aparecían los dientecillos en las crispaciones del martirio.

—¡Destrocen, ahora! ¡Traigan pestes, ahora!

Hasta que una cayó encogiéndose en brusca crispatura y se estiró luego, imperceptiblemente. Entonces, enloquecida, la otra quiso guarecer la cabeza bajo el cuerpo inerte. Pero alcanzada otra vez por el agua, tocó el techo, de un brinco, rodó también, temblando, y quedó quieta.

Cayó todavía más agua, acabando con la tersura de aquellas pieles grises. La mujer se alejó sin mirarme. Yo... yo no había recibido todavía el golpe de saber que las oraciones aprendidas eran sólo para los humanos; que lo demás, las plantas, las bestias, la tierra toda quedaban fuera, en horroroso desamparo. Cuando pude salir de mi anonadamiento, me arrodillé, pues. Y elevé mis preces a Dios por las almas de las dos bestezuelas quemadas.

Momentáneamente, una dulce paz se posesionó de mí. Volví al patio. Entré en el cuarto donde mi madre yacía en cama, enferma. No sé por qué, guardé el secreto de la escena que acababa de presenciar. Ella extendió el brazo,

y acarició mis mejillas. Estaba ojerosa y pálida. Bella como la que, allí mismo, rodeada de flores, me contemplaba desde su nicho, a la luz permanente de una veladora.

Mi madre me cantaba siempre la canción de un viejo arpista muy pobre, con varios niñitos, a quienes tenía muy poco qué darles de comer. Una noche de lobos en que llegó sin nada, al oír "¡Danos pan! ¡Tenemos hambre!", desesperado, se puso a tañer el arpa. Ellos danzaban. Danzaban hasta caer, dormidos, a sus pies, para no abrir ya nunca más los ojos.

Bajo la mano de mi madre, el reciente martirio y la idea de los roedores que todavía vivían en sus cuevas del fondo volvieron a turbar mi corazón. Asocié la canción del viejo arpista con sus niños hambrietos.

—Mamá —dije, trepándome a la cama—, cántame lo de los niños.

Ella sonrió, melancólica. Me situó de manera que yo no tocara su vientre, y accedió con su cara junto a la mía. Pero su acento, ahora, evocaba para mí más que niños danzando hasta morir bajo los sones del arpa. Yo veía también ratas, muchas ratas, extenuándose hasta caer inanimadas...

De pronto, algo cálido cayó sobre mi mejilla. Alcé la cabeza. Estaba llorando mi madre. Evocaba por su parte, sin duda, ahora lo comprendo, algo más que los hijos del arpista. Y derramaba lágrimas por dos niños, yo y el que iba a nacerle, que nos hundiríamos pronto en el incierto, hosco porvenir. Recién terminaba una guerra. El padre, herido, todavía no había llegado: en los fogones revolucionarios las brasas ardían, aún... Pero siguió con un acento triste como nunca, como jamás había cantado, mientras mi alma se iba sintiendo presa de un obscuro y poderoso infortunio que me fue estrechando cada vez más a ella, hasta que, de pronto, lanzó un gemido mi madre. Y una anciana negra, arrojando su cigarro a medio fumar, entró en el cuarto y me llevó afuera a pesar de las protestas.

En el patio, junto al pasillo de la puerta de calle, sobre una pequeña mesa, había siempre una bandeja con monedas para los mendigos que acudían diariamente. Al pasar junto a ella me asaltó una súbita idea que quise rechazar lleno de susto; pero que lenta y seguramente fue ganando mi voluntad. Se disimulaba entre otras, aparecía en parte, se desnudaba y se ocultaba en seguida, conducía mi imaginación hacia los estantes del vecino almacén y la tornaba presto, con sabrosas adquisiciones, hacia las negras cuevas de las ratas...

Desde ese momento, muchas veces me dirigía a la caballeriza, subía por la escalera hasta el vasto altillo, me tumbaba entre los fardos de pasto, y allí acariciaba la ensoñación, conmovido... ¡Ah! Era de noche, imaginaba yo, era de noche en una inmensa planicie solitaria. Me veía, a la luz de una luna pálida, con las manos desbordantes de exquisitas confituras. Y de todos los puntos del horizonte irrumpían, entonces, las ratas. Silencioso, sin sorpresa, multiplicándose en las sombras, avanzaba el pardo tendal como tibia marea de lava. Mis manos se abrían inagotables. Y los míseros roedores devoraban, junto con los dulces dones, mi ternura irresistible y desbordada. Lejos las trampas traidoras, las criadas crueles, los humeantes calderos. En la vasta planicie ellas y yo. Y la luna pálida. Y mi pasión, cuyo ardiente conjuro incorporaba en el vago horizonte más y más acercantes animalillos. Saltaban éstos entre mis piernas. Cogían en el aire los trozos de pan, de queso, de chauchas de algarrobo. Y en amplios movimientos mis brazos arrojábanlos en derredor a los lejanos. Luego, calladamente, bajo la luna pálida, íbanse retirando hacia detrás del confín. Y quedaba yo solo en la vasta planicie. Solo, grave y amoroso como un dios. Protegiendo el sueño de la confiada multitud maldita.

Pero pronto la realidad volvía. Y me asaltaba la desolación. Deambulaba sin sombra por la enorme casa. Yo,

niño, entre las campanadas de las altas torres que me envolvían y envolvían el pueblo y seguían hacia los campos, desfallecía de angustioso amor. ¿Malditas las que roban, destrozan, contagian las pestes? ¿Trampas para ellas? ¿Muerte?... ¡Ah, Dios mío! Y me escurría entre las patas de los caballos, y trepaba al altillo a resoñar con la planicie bajo la luna pálida.

Hasta que, para mantenerse, el ensueño empezó a exigir algo, aunque fuese un poco, de verdad. Se me aparecía de nuevo, insistente, la bandeja con monedas del patio. Y el almacén vecino, de sabrosas provisiones. Entonces, me ahogaba la congoja. Y la sensación del mundo subterráneo y desdichado de las ratas, infundiéndome infinita piedad, no era bastante para mover mi mano. Llegaba de abajo, de la cuadra, el sordo mascar de los caballos. Este rumor obscuro, paciente, se fundía al obscuro y paciente infortunio de las cuevas. Mi alma, que después sabría de las cuevas desdichadas y obscuras y pacientes de los hombres, se agitaba en un desesperado delirio. El miedo a robar me rodeaba con barrotes de jaula. Hundía la cara entre el pasto seco, cuyo perfume traía también sus peculiares sensaciones de obscura resignación, de mansedumbre. Y lloraba. Cierta imagen desolada aparecía fatalmente. La de un hombre de piernas atadas por debajo del vientre de su cabalgadura, de manos atadas a la espalda, llevando en pos a una pareja de policías emponchados, que atravesó el pueblo cierta tarde de lluvia. Tan abatida iba su cabeza, que la hundía casi entre las negras barbas. Me veía atado yo, tan pequeño, a un enorme caballo, bajo la lluvia. Yo, en un peregrinaje sin descanso ni retorno, atadas las manos, atadas las piernas por debajo del vientre del caballo, seguido de patibularios emponchados, cada vez más lejos, más lejos de mi madre...

Pero triunfó mi piedad. Y atravesé el patio. Y robé Y compré. Y repartí entre mis invisibles amigos, echándoles dentro de las cuevas el botín de mis robos.

Pasaron los años. Dejé el pueblo por Montevideo. Pero me ahogaba. Regresé. Y mi corazón me fue arrastrando hacia las míseras cuevas de quienes suelen destrozar, llevar las pestes. Ahora, éstos eran hombres. ¡Ay, Dios mío!

El milagro del Hermano Simplicio

—HERMANO Simplicio, perdonad que os diga que preferir la sopa de ajos al pavo trufado significa una barbaridad.

—Es que a mi... no sé... —quiso disculparse el Hermano Simplicio bajando la vista ante los ojos severos del Hermano Damasceno.

—Os digo, venerables Hermanos —intervino el Prior—, que a pesar de ser un absurdo, indudablemente, la preferencia del Hermano Simplicio...

Estas últimas palabras no llegaron al Hermano Simplicio. Al desviar la mirada de la del Hermano Damasceno, habíala posado sobre la gran rodaja rellena de su plato. Dentro del arco de un rosa desvanecido de la carne, minúsculos hilos verdes y el círculo amarillo de un huevo duro, tronchado a la perfección como por filo de navaja... Sol sobre la pradera; la comarca natal del Hermano Simplicio —verde y oro— de donde él no salió nunca hasta que oyó la voz de la altura mientras daba bellotas a los cerdos: "¡Simplicio, hijo mío, déjalo todo y ven a mí!"...

—Pero el gusto del Hermano Simplicio —continuaba para los demás el Prior— está más cerca de la verdad cristiana. El pavo trufado, si bien se mira...

Interrumpióse para llevarse a la boca un trozo pequeño. Lo acompañó con otro de pan. Mientras masticaba cogió el vaso de vino. Con los ojos fijos en lo rojo, continuó:

—Siempre que se habla de estas cosas, aparécenme aquellas piedras preciosas y perlas de la Roma Imperial disueltas en vinagre, con lo que se colmó la paciencia del Todopoderoso; aquella Egida de Minerva que inventara Vitelio y para cuya preparación, Suetonio nos lo denuncia, debían recorrer sus galeras desde el Golfo de Venecia hasta el mismo Gibraltar, pues contenía, del rodaballo, el hígado; del faisán y del pavo real, los sesos; la lechecilla de la lamprea y la lengua del flamenco.

Bebió el Prior su vino de un trago. Enjugóse los labios. En la larga mesa del refectorio, todos los vasos, menos uno, se elevaron, también. El del Hermano Simplicio permanecía en su sitio. Que él, envuelto en verde y dorado, pies desnudos, calzones y camisa en hilachas, habíase alejado y trepaba por el tronco altísimo y arrojaba castañas a los niños, manos tendidas, abajo. "¡Simplicio! ¡Simplicio! —clamaban los pequeños—. ¡Ahora queremos almendras, no castañas!"... Era antes del tiempo en que escuchó la voz de la altura que le decía: "¡Simplicio, hijo mío, déjalo todo y ven a mí!". Simplicio se deslizaba hacia el suelo. Rodeado por los niños, júbilo en todos, se dirigía al bos-

quecillo de almendros y trepaba... Hasta que, de pronto, recordando, bajaba a tierra y corría, corría con alarma y fastidio hacia sus cerdos dispersos. Reunidos ellos, se sentaba sobre un tronco abatido, todavía cejijunto. Pero el rencor alentaba un instante, tan sólo. Simplicio olvidaba en seguida el disgusto. El jocoso cerdo negro le desataba carcajadas. "¡Pezuñas de Satanás! —gritábale—. ¡Y tú, Colmillo Largo! ¡Ya estáis los dos enfadados! ¡Qué desvelos me traéis! ¡Ni que fuerais bellos cervatillos del Rey! ¡Aprended de vuestra hermana, tan blanca y dócil, que ha de darnos blancos lechoncillos para la mesa de nuestra santa Abadesa!" Y reía entre el ansioso, desaprensivo hozar...

—¡No habéis probado vuestro plato! — observó a su lado el Hermano Crisóstomo cuando iban a retirárselo.

Con penosa zozobra el Hermano Damasceno interrogó, entonces:

—¿Os ha disgustado mi observación sobre la sopa de ajos, Hermano Simplicio? Yo sólo quise...

—¡Por Dios, Hermano! ¡No! ¡No!

—La carne asada, Hermanos —sostenía engullendo ahora carne asada el Prior— es, entre todas, la que menos contraría los humores. Me lo reveló en Colonna el Hermano Aristóbulo, un sabio, si los hubo, que buscó la Cuadratura del Círculo y la Piedra Filosofal hasta que, ya viejo, Dios lo iluminó y se arrepintió de sus pecados. Al extremo de largos hilos ataba trozos de distintos alimentos, se los daba a comer a siete espléndidos cisnes que tenía en el Monasterio... "Amicus Plato —murmuraba siempre, socarrón—, sed magis amica veritas". Y vigilando su clepsidra, extraía sus hilos y anotaba con letra menuda en sus infolios. El fue quien me dijo: "Comed carne asada, Hermano, y viviréis muchos años para servir al Señor". Explicábanos la ciencia de Aristóteles. Pero nosotros preferíamos, y él prefería, también, la narración de sus viajes por el Asia Menor...

Irreflexivamente, el hermano Simplicio se llevó su vaso a los labios y lo bebió todo, de un sorbo. Aquel vino, llegado por la mañana como obsequio del Príncipe piadoso, era, indudablemente, exquisito; terciopelo líquido y perfumado...

Cogió luego la garrafa y llenó hasta derramar, atolondrándose. Encima de la mancha posó la servilleta. Y como si con eso hiciera menos ostensible su torpeza, se puso, todo oídos, a escuchar. Pero las palabras, ahora del Hermano Leandro —voz cascada y dorada sabiduría—, fueron estirándose, desformándose hasta trocársele en sonidos sin significación. Era que, sin darse cuenta, el Hermano Simplicio, zurrón al hombro, cayado entre las manos, había puesto los pies en la hora recóndita de un atardecer lejano, entre cada vez más oscuros verdes y dorados enrojeciéndose hacia el oeste. Su corazón, en aquel remoto entonces, frente a los extensos collados, adquirió de pronto un extraño poder de presencia y obligó a prestarle toda su atención. Se le había puesto tibio y tan suave como la piel del corderillo. Simplicio llevóse las manos al pecho tal como si de verdad sostuviera un cordero. Se le abrió una sonrisa inefable. Cantaba desde una rama un pajarillo, pero Simplicio ya no lo oía. A su frente la tierra descendía graciosamente colina a colina, sobre el río. Pero él no la veía ni lo veía. El sólo sentía entre sus brazos a su corazón tibio y dulce y melodioso, que brincó, cordero en júbilo, cuando llegó la voz de la altura: "¡Simplicio, hijo mío, déjalo todo y ven a mí!"

La mano del Hermano Simplicio se alargó hacia su vaso. Mas, casi rebosante ¿cómo alzarlo sin derramar?... Inclinó la cabeza, estiró los labios y así, sin moverlo, fué que bebió.

—¡Hermano Simplicio! —reconvino dulcemente el Prior—. ¡Bebéis como un parvulillo!

El vino distaba ya un dedo de los bordes, por lo menos. Alzó el vaso, entonces, el Hermano Simplicio, disculpándose con una humilde sonrisa, aunque, lo que nunca

en circunstancias semejantes, sin sombra de contrariedad; diríase que como gozando todavía de una felicidad nacida por haber bebido sin coger el recipiente.

En un ángulo de la mesa el Hermano Teofrasto se inclinó al oído del Prior.

—Nuestro Lego —musitó— ¡es inocente como un niño!

Sonriendo beatífico, el Prior contestó, sin mirar a su interlocutor para más disimulo:

—Su corazón sirve al Señor como el Señor ama que le sirvan. Yo me asombro, Hermano Teofrasto, me asombro de que nuestro Hermano Simplicio no haga milagros. Ese su candor... ese su candor ya... no es... de...

—¿Quién puede llegar a descubrir los designios de Dios? En verdad os digo, Padre Prior, que yo he meditado muchas veces sobre lo mismo. Ni nuestro Hermano Teodoro, ciento diez años de vida y ochenta de perfección; ni nuestro Hermano Teodoro ha alcanzado tamaña inocencia...

Asaltado por brusca sospecha, el Prior se revolvió en su asiento llevándose un dedo a la sien.

—Hermano Simplicio —dijo intempestivamente, aunque sin violencia— hoy, a medio día, el cocinero gustó por casualidad el plato del Hermano Teodoro después que en su lecho éste se hubo servido. Y su guisado de arroz, hecho expresamente sin sal... ¡tenía sal!

El Hermano Simplicio palideció a ojos vistas.

—Estáis en estrecha alianza con nuestro Hermano Teodoro. Pero, a sus cientos diez años, no podéis hacer caso de sus ruegos. En Colonna, el Hermano Aristóbulo, que siempre tenía junto a impasible clepsidra sus ojos y siete cisnes, me dijo: "La sal, Hermano, trae a los viejos la muerte como la luz trae consigo el calor".

Quiso hablar el Hermano Simplicio. Mas su confusión le trababa la lengua. Rojo, sudoroso, bebió otro vaso de vino.

—No escuchéis nunca sus reclamos quejumbrosos, Hermano Simplicio. Provecto es, y su razón tiene ya la irresponsabilidad de la de un niño. ¡Nada de sal! ¡Nada de sal! Me lo dijo en Colonna el Hermano Aristóbulo. "Ella trae a los viejos la muerte —decía— como la luz trae consigo el calor".

*

Ya en su celda, en vez de desnudarse, el Hermano Simplicio se sentó en la cama. Tenía su lengua el regusto del vino que aquella mañana llevó al monasterio la principesca generosidad. Y, al mismo tiempo, se sentía, manos al pecho, abrazado a su corazón. Estaba tibio y suave su corazón. Tanto, que un deseo que en otro momento hubiérale parecido absurdo y poco edificante, en estas circunstancias ni le perturbó, siquiera. Empujado por él, se incorporó, pues, tranquilo, abrió la puerta y se encaminó de puntillas por un largo corredor. El aire del pasillo era fresco. Se acercó a un adusto ronquido, le llegó a toda su aspereza, se le fue alejando. El Hermano Teofrasto dormía del lado izquierdo, sin duda. Abrió una puertecilla...

Cuando regresó a su celda, tenía en la boca como terciopelo líquido y perfumado. Tornó a sentarse, las manos al pecho, acariciando el pecho donde repercutía dulcemente el palpitar del dulce corazón. Sentía ganas de caminar con él en brazos, el Hermano Simplicio; de llevarlo bajo la fresca noche por los campos, como a inocente cordero que era su corazón. Le mostraría los hatos dormidos, los riachos placenteros, la tierna flor del prado. Se reiría él de gozo ante el ingenuo arrobo del cordero...

Ya no de puntillas, aunque en silencio lo mismo por lo gastado de las suelas, tomó de nuevo el largo corredor y atravesó el ronquido del Hermano Teofrasto. Desaparecido tras la puertecilla, un oído próximo, durante un rato, hubiese podido escuchar suspiros dichosos en las tinieblas, y el glu-glu provocado ex profeso —otro motivo de alborozo—, por el tragar violento.

¡Glu!... ¡Glu!...

El líquido, perfumado terciopelo cantaba ¡Glu! ¡Glu!... en la garganta. ¡Glu!... ¡Glu!... cantaba, y callaba luego, detenido el beber. Y el Hermano Simplicio estrechaba a su cordero tibio y suave.

—¡Ja! ¡Ja! —se oía de pronto. —¡Escucha! ¡Glu! ¡Glu!... ¡Glu!...

Y ya salió el Hermano Simplicio. Pero por otro corredor; el que termina a la puerta con trancas del Monasterio. Retiró las trancas; abrió de par en par...

La noche era alta y diáfana, vestida de estrellas. Grave, alta y pura como la voz del órgano bajo las manos virtuosas del Hermano Leandro. O como aquel momento santo del salmo entre los salmos cuyo significado conocía: "Elevamini portae aeternales", tan subyugantemente cantado por sus hermanos ante su silencio humilde, porque ni palabras ni melodía consiguieron fijarse jamás en la memoria del Lego.

El sendero descendía retorciéndose jubiloso. Jubiloso descendía por él el Hermano Simplicio. Manos al pecho, oído izquierdo hacia el pecho, sonriente. ¡Qué estrellas tan hermosas! ¡Qué aire tan fino! La flor blanca es estrella. Y la estrella es la flor. Bendito el Señor que cría la flor para la tierra y la estrella para el cielo. Tierra sin flor, triste tierra. Cielo sin estrella, triste cielo. Pongo flor en la tierra, pongo estrella en el cielo... ¡Y a sonreir todos alabanzas al Señor!

*

Descendían la colina con violines y flautas cuando lo divisaron al celeste resplandor.

—¡Mirad! ¡Mirad! ¡Un Monje!

—¡Lo que faltaba! ¡Buen disfraz! Completemos con él esta noche la locura del alegre Carnaval.

—¿Vendrá con nosotros?

—¡Claro! ¡Vaya una diversión el andar solo! ¡Venid, Hermano, venid!

Los laúdes danzaban alegremente en torno al canto alegre de las flautas. "¡Venid, Hermano, venid!" Y, detrás, el birrete del Magíster, hacha en mano y cuerpo rojo, el Verdugo; y el Trovador desmirriado y el Físico barbudo y el Mago de largo bonete zodiacal.

—¡Hermano, dadnos la bendición y marchad hacia el llano, con nosotros!

Complacido los dejó acercar el Hermano Simplicio. Bendecíales de corazón, desde lejos. Y cuando lo rodearon, saltando como cervatos al son saltarín de los laúdes y las flautas, les ofreció su sonrisa más resplandeciente.

—¡Qué bien! ¡Qué bien! —gritaba, engañada, la farándula—. ¡Es el mejor de todos! Aprende tú, físico vanidoso. Y tú, princesa de manto en arrugas y chapín descolorido...

—Que él vaya delante, con la música.

—¡No, vosotros delante, hijos!

—¡No, no! ¡No! ¡Avanzad, musicantes! Y él delante, todavía!

—¡Marchemos!... ¡El delante!... ¡El delante!

—¡Deteneos! ¡Deteneos un momento! ¡La Princesa se arrepiente de su vida pecadora! ¡Va a implorar misericordia!

—¡Perdón, Hermano! ¡Perdón, en nombre del Señor! ¡Ved mi cara en el polvo y mi lágrima en mi ojo! ¡Dadme un pañuelo para enjugar su gota antes de que caiga en el suelo y se aplaste!

—¡Hermana! ¡Hermanita! ¡Alzaos! ¡El Señor, en mí, os perdona! —exclamaba Simplicio tomando por cierto lo fingido—. ¡Alegrad el rostro! ¡Y moved ligeras las piernas, con alegría!

—¡Notable! ¡Notable! ¡Es el mejor de todos el Hermano... el Hermano...

—Simplicio; yo soy el Hermano Simplicio.

—¿Simplicio? ¡Ja! ¡Ja!... ¡Estupendo! ¡Estupendo! ¡Es el mejor de todos el Hermano Simplicio!

—¡No, no habléis así! ¡El mejor, no!

—¿Quién, entonces? ¿El Físico o el Mago?

—¡Ésta, ésta es la mejor!

—¡Adulación! ¡Galantería! ¡Con su manto en arrugas y el chapín descolorido, la Princesa no es la mejor!

—¡Adelante el Hermano con la música! ¡Tañed fuertemente, laúdes! ¡Soplad con brío, flautas!

—¡Adelante! ¡Seguidme, buena gente!... ¡El Señor es con vosotros! ¡Os bendigo de corazón!

—Adelante, sí, adelante y de prisa. Dejemos el sendero. Marchemos por derecho. Que la aldea es lejana, todavía. Y allí nos esperan la danza y el vino.

—¡Adelante! ¡Tañed con brío, laúdes! ¡Soplad más animosas, flautas! ¡Que vuestro son llegue primero y les advierta; que el vino caiga en la copa y nos aguarde!

—¡Os bendigo de corazón! ¡Perdonad que me recoja el sayal hasta las rodillas... Me estorba el ruedo entre las hirsutas zarzas... ¡Os bendigo de corazón!

*

Amanece.

Peso en los pies, peso en la frente, manto en jirones, bostezos que lo paran, el Hermano Simplicio sube por la senda del Monasterio. Se tenderá en la cama y quedará dormido, siente.

Negra la puerta. ¡Qué alta, la puerta, y qué ancha! ¡Cómo nunca ancha y alta, la puerta!

Empuja.

Sí, las trancas están detrás, rígidas. Por eso es...

¡Tan! ¡Tan! —golpea—. ¡Tan! ¡Tan!...

Y bosteza largamente.

¡Tan! ¡Tan!

Bosteza.

¡Tan! ¡Tan!

Y oye abrir, chirriando, el ventanillo de lo alto. Entonces, mira y se sorprende. Está el Prior allí, amenazante, sacudiendo los brazos, el aire extraviado y la boca con muecas.

—¡Padre Prior! ¿Os habéis puesto malo? — hácele llegar, lastimero, con el sueño rasgado, el Hermano Simplicio.

Los puños se agitan hacia él, allá arriba; los ojos se revuelven en las órbitas; pero la boca del Prior, iracunda, se contrae, sólo, pugnando tan desesperada como inútilmente por proferir una palabra atroz, una palabra de maldición, de las que abren las puertas del Infierno.

—¡Padre! ¡Padre Prior! ¿Estáis malo, Padrecito?

Mas ¿qué es eso? Bruscamente, la mirada del Prior, allá en lo alto, se ha dulcificado. Y su faz ilumínase, arrobada. Y desde allí tiende, ahora amoroso, los brazos al Hermano Simplicio — manto en jirones y sueño rasgado — mientras grita en el colmo de frenético júbilo.

—¡Acudid! ¡Milagro! ¡Acudid todos, Hermanos! ¡El Señor enmudeció mi lengua, trabó el anatema en mi boca! ¡Milagro! ¡Acudid, Hermanos!

—¡Oh! —clama llegando presurosa la comunidad—. ¡Oh, el Señor ha trabado el anatema en su boca! ¡Milagro! ¡Milagro!

Y las puertas, negras, altas, anchas, ábrense de par en par...

—¿Qué hacéis, Hermanos? ¿Por qué os arrodilláis ante mí, ante el mísero Hermano Simplicio? ¿No véis que soy el Hermano Simplicio?... ¡Hermanitos míos!... ¡Que me llenáis de susto y me hacéis llorar!

—¡Milagro! ¡Milagro! ¡El Señor trabó el anatema en mi boca! ¡Gloria a Dios en las alturas! ¡A vuelo las campanas, Hermano Eusebio! ¡A vuelo las campanas!

—Gloria a Dios... ¡Oh, sí, voy corriendo, Padre Prior!

Rodríguez

COMO aquella luna había puesto todo igual que de día, ya desde el medio del Paso, con el agua al estribo, lo vió Rodríguez hecho estatua entre los sauces de la barranca opuesta. Sin dejar de avanzar, bajo el poncho la mano en la pistola por cualquier evento, él le fue observando la negra cabalgadura, el respectivo poncho más que colorado. Al pisar tierra firme e iniciar el trote, el otro, que desplegó una sonrisa, taloneó, se puso también en movimiento... y se le apareó. Desmirriado era el desconocido y muy, muy alto. La barba aguda, renegrida. A los cos-

tados de la cara, retorcidos esmeradísimamente, largos mostachos le sobresalían.

A Rodríguez le chocó aquel no darse cuenta el hombre de que, con lo flaco que estaba y lo entecado del semblante, tamaña atención a los bigotes no le sentaba.

—¿Va para aquellos lados, mozo? —le llegó con melosidad.

Con el agregado de semejante acento, no precisó más Rodríguez para retirar la mano de la culata. Y ya sin el menor interés por saber quién era el importuno, lo dejó, no más, formarle yunta y siguió su avance a través de la gran claridad, la vista entre las orejas de su zaino, fija.

—¡Lo que son las cosas, parece mentira!... ¡Te vi caer al paso, mirá... y simpaticé en seguida!

Le clavó un ojo Rodríguez, incomodado por el tuteo, al tiempo que el interlocutor le lanzaba, también al sesgo, una mirada que era un cuchillo de punta, pero que se contrajo al hallar la del otro y, de golpe, quedó cual la del cordero.

—Por eso, por eso, por ser vos, es que me voy al grano, derecho. ¿Te gusta la mujer?... Decí, Rodríguez, ¿te gusta?

Brusco escozor le hizo componer el pecho a Rodríguez, mas se quedó sin respuesta el indiscreto. Y como la desazón le removió su fastidio, Rodríguez volvió a carraspear, esta vez con mayor dureza. Tanto que, inclinándose a un lado del zaino, escupió.

—Alégrate, alégrate mucho, Rodríguez— seguía el ofertante mientras, en el mejor de los mundos, se atusaba, sin tocarse la cara, una guía del bigote. —Te puedo poner a tus pies a la mujer de tus deseos. ¿Te gusta el oro?... Agenciate latas, Rodríguez, y botijos, y te los lleno toditos. ¿Te gusta el poder, que también es lindo? Al momento, sin apearte del zaino, quedarás hecho comisario o jefe político o coronel. General, no, Rodríguez, porque esos puestos los tengo reservados. Pero de ahí para abajo... no tenés más que elegir.

Muy fastidiado por el parloteo, seguía mudo, siempre, siempre sosteniendo la mirada hacia adelante, Rodríguez.

—Mirá, vos no precisás más que abrir la boca...

—¡Pucha que tiene poderes, usted! —fue a decir, fue a decir Rodríguez; pero se contuvo para ver si, a silencio, aburría al cargoso.

Este, que un momento aguardó tan siquiera una palabra, sintióse invadido como por el estupor. Se acariciaba la barba; de reojo miró dos o tres veces al otro... Después, su cabeza se abatió sobre el pecho, pensando con intensidad. Y pareció que se le había tapado la boca.

Asimismo bajo la ancha blancura, ¡qué silencio, ahora, al paso de los jinetes y de sus sombras tan nítidas! De golpe pareció que todo lo capaz de turbarlo había fugado lejos, cada cual con su ruido.

A las cuadras, la mano de Rodríguez asomó por el costado del poncho con tabaquera y con chala. Sin abandonar el trote se puso a liar.

Entonces, en brusca resolución, el de los bigotes rozó con la espuela a su oscuro, que casi se dió contra unos espinillos. Separado un poco así, pero manteniendo la marcha a fin de no quedarse atrás, fue que dijo:

—¿Dudás, Rodríguez? ¡Fijate, fijate en mi negro viejo!

Y siguió cabalgando en un tordillo como leche.

Seguro de que, ahora sí, había pasmado a Rodríguez, y no queriendo darle tiempo a reaccionar, sacó de entre los pliegues del poncho el largo brazo puro hueso, sin espinarse manoteó una rama de tala y señaló, soberbio:

—¡Mirá!

La rama se hizo víbora, se debatió brillando en la noche al querer librarse de la tan flaca mano que la oprimía por el medio y, cuando con altanería el forastero la arrojó lejos, ella se perdió a los silbidos entre los pastos.

Registrábase Rodríguez en procura de su yesquero. Al acompañante, sorprendido del propósito, le fulguraron los ojos. Pero apeló al poco de calma que le quedaba, se

adelantó a la intención, y dijo con forzada solicitud, otra vez muy montado en el oscuro:

—¡No te molestés! ¡Servite fuego, Rodríguez!

Frotó la yema del índice con la del dedo gordo. Al punto una azulada llamita brotó entre ellos. Corrióla entonces hacia la uña del pulgar y, así, allí paradita, la presentó como en palmatoria.

Ya el cigarro en la boca, al fuego la acercó Rodríguez inclinando la cabeza, y aspiró.

—Y...? ¿Qué me decís, ahora?

—Esas son pruebas— murmuró entre la amplia humada Rodríguez, siempre pensando qué hacer para sacarse de encima al pegajoso.

Sobre el ánimo del jinete del oscuro la expresión fue un baldazo de agua fría. Cuando consiguió recobrarse, pudo seguir, con creciente ahinco, la mente hecha un volcán.

—¿Ah, sí? ¿Conque pruebas, no? ¿Y esto?

Ahora miró de lleno Rodríguez, y afirmó en las riendas al zaino, temeroso de que se lo abrieran de una cornada. Porque el importuno andaba a los corcobos en un toro cimarrón, presentado con tanto fuego en los ojos que milagro parecía no le estuviera ya echando humo el cuero.

—¿Y esto otro? ¡Mirá qué aletas, Rodríguez! —se prolongó, casi hecho imploración, en la noche.

Ya no era toro lo que montaba el seductor, era bagre. Sujetándolo de los bigotes un instante, y espoleándolo asimismo hasta hacerlo bufar, su jinete lo lanzó como luz a dar vueltas en torno a Rodríguez. Pero Rodríguez seguía trotando. Pescado, por grande que fuera, no tenía peligro para el zainito.

—Hablame, Rodríguez, ¿y esto?... ¡Por favor, fijate bien!... ¿Eh?... ¡Fijate!

—¿Eso? Mágica, eso.

Con su jinete abrazándole la cabeza para no desplomarse del brusco sofrenazo, el bagre quedó clavado de cola.

—¡Te vas a la puta que te parió!

Y mientras el zainito —hasta donde no llegó la exclamación por haber surgido entre un ahogo— seguía muy campante bajo la blanca, tan blanca luna tomando distancia, el otra vez oscuro, al sentir enterrársele las espuelas, giró en dos patas enseñando los dientes, para volver a apostar a su jinete entre los sauces del Paso.

ESTA OBRA SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 29 DE JULIO DE 1961 EN LA IMPRESORA REX S. A. SE TIRARON 2.000 EJEMPLARES Y EN SU COMPOSICIÓN SE UTILIZARON TIPOS BASCKERVILLE 11:11 EN EL TEXTO Y EUSEBIUS BOLD EN LOS TÍTULOS. LA EDICIÓN PARA EL DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD FUE CUIDADA POR EL AUTOR. LA CARÁTULA FUE DISEÑADA POR EL SEÑOR RUBEN PRIETO.